



**Universidad Nacional Autónoma de México**  
**PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA**

**LAS METAMORFOSIS PUBERALES: EXPERIENCIAS DE UN GRUPO DE JÓVENES  
EN RELACIÓN CON SU CUERPO Y SEXUALIDAD**

**TESIS**

**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
DOCTORADO EN PSICOLOGÍA**

**PRESENTA:**

**CAROLINA ALEJANDRA ALONSO IMPERATORE**

**DIRECTORA:**

**DRA. BERTHA BLUM GRYNBERG  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA UNAM**

**COMITÉ:**

**DRA. MARÍA EMILY ITO SUGIYAMA  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA UNAM  
DRA. MARÍA VICTORIA REGO LAGUÍA  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
DRA. ELSA MUÑIZ GARCÍA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, UNIDAD XOCHIMILCO  
DRA. SHOSHANA BERENZON GORN  
INSTITUTO NACIONAL DE PSIQUIATRÍA "RAMÓN DE LA FUENTE MUÑIZ"**

**Cd. Mx.**

**MARZO 2017**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## *Agradecimientos*

A las y los jóvenes que participaron de este estudio, por compartir generosamente sus vivencias y permitirnos, de alguna manera, acceder a su intimidad. A sus maestros, especialmente Dorín y Miriam, quienes fueron un apoyo indispensable en la organización y conformación de los grupos. A Roberto Arellano que me acompañó en la conducción de los grupos focales, contribuyendo a mi trabajo con sus reflexiones y análisis.

A mi querida maestra la Dra. Bertha Blum, quien además de ser quien me dio la bienvenida académica en México, ha sido una importante guía a lo largo de este camino. Agradezco enormemente la tranquilidad y cautela con la que me ha invitado a pensar y repensar la adolescencia, y a interpelar algunas de las teorizaciones psicoanalíticas al respecto.

A la Dra. Emily Ito por su apoyo, dedicación y por enseñarme un acercamiento creativo y riguroso a la investigación en psicología. Muchas gracias por brindarme continuamente una retroalimentación útil y precisa para mejorar mi trabajo.

A todo el comité tutorial, que amablemente aceptó la invitación a formar parte de este proyecto. Agradezco la Dra. Victoria Rego que a la distancia estuvo muy presente con sus pertinentes comentarios y aportes, desde la teoría y la investigación en psicoanálisis. Agradezco también a la Dra. Elsa Muñiz, quien desde una mirada distinta a la psicología, me permitió complementar mis reflexiones, presentándome autores desconocidos en un principio para mí y que se transformaron en aportes fundamentales para pensar la adolescencia. A la Dra. Shoshana Berenzon, por su buena disposición y por su valioso tiempo.

Un especial agradecimiento a la Dra. Silvia Tubert, cuyo estudio fue uno de los inspiradores de este trabajo. Agradezco haber contado con su colaboración como tutora externa antes de su partida.

Por último, quiero agradecer a mi compañero de vida Roberto Thompson, por impulsarme a transformar mis ideas en proyectos concretos, pero por sobretodo, por su paciencia.

## Índice

Resumen.....	4
Abstract .....	5
Introducción .....	6
1. Lo puberal adolescente: un proceso intersubjetivo e intrapsíquico .....	14
2. La sexualidad como estructurante del psiquismo .....	24
3. Género, sexuación e identidad sexual en la pubertad .....	35
4. La corporalidad adolescente .....	42
5. Planteamiento del problema.....	52
6. Método .....	57
6.1. Objetivos específicos.....	57
6.2. Tipo de estudio .....	57
6.3. Técnicas de recolección de información .....	58
6.4. Participantes .....	59
6.5. Procedimiento.....	61
6.6. Plan de análisis de la información.....	62
6.7. Consideraciones éticas .....	63
7. Resultados .....	65
7.1. Mi cuerpo me saca de onda: la nueva corporalidad .....	65
7.2. Candados versus llaves maestras: el camino a la sexualidad genital .....	87
7.3. Menarquia y espermaquia: un cuerpo potencialmente fértil .....	114
8. Discusión.....	129
Conclusiones .....	159
Referencias.....	162
APÉNDICES.....	172
A) Carta de Consentimiento Informado para Padres .....	173
B) Carta de Asentimiento para Participantes .....	174
C) Guía de Conversación .....	175
D) Guía para Taller de Devolución a Participantes.....	176

## Resumen

Este trabajo representa un esfuerzo para contribuir a la reflexión psicoanalítica de las metamorfosis puberales, explorando la forma en que las y los adolescentes están vivenciando los cambios corporales propios de la pubertad y el acceso a la sexualidad genital. Principalmente, buscamos conocer la manera en que quienes experimentan dichos procesos los van significando, razón por la cual pusimos el foco de atención en la dimensión subjetiva de la pubertad, que integra tanto sus aspectos biológicos, como los psicológicos y sociales. Para lograrlo, diseñamos un estudio exploratorio, en el que realizamos seis grupos focales: dos de hombres, dos de mujeres y dos mixtos, a partir de un muestreo intencionado con jóvenes que cursaban secundaria, en una escuela de Ciudad de México. En total participaron 45 sujetos (22 hombres y 23 mujeres), entre los 13 y 15 años. El material emergente de las reuniones grupales fue analizado con una estrategia interpretativa, basándonos en un marco referencial psicoanalítico.

Entre las principales reflexiones, luego de finalizar este trabajo, vemos que las transformaciones corporales ocupan un lugar central en la pubertad y son vividas como algo que irrumpe y rompe la continuidad de la experiencia de hombres y mujeres. Los cambios en la sexualidad resultan inquietantes y el grupo se constituye como un espacio de contención que permite poner en palabras lo innombrable y pensar sobre ello. Sin embargo, escuchar las voces de estas personas jóvenes nos permitió también acceder a una mirada más lúdica y gozosa de sus vivencias, aspecto que habitualmente queda fuera de las teorizaciones sobre la adolescencia.

Palabras clave:

Metamorfosis puberales, sexualidad adolescente, grupos focales, imagen corporal

## Abstract

This work represents an effort to contribute to the psychoanalytic reflection of the pubertal metamorphosis, exploring the way in which adolescents are experiencing body puberty changes and the entry to the genital sexuality. Mainly, we seek to understand the way in which those who experience these processes give significant meaning to it. This is the reason why we put the focus on the subjective dimension of puberty, which integrates their biological, psychological and social areas. To achieve this, we design an exploratory study, in which we gathered six focus groups: two groups with men only, two with women only and two groups with both sexes. These adolescents were attending high school, in a Mexico City's public school. 45 subjects (22 men and 23 women) participated of this study, between ages 13 and 15. The information recollected in these group meetings was analyzed with an interpretative strategy, based on a psychoanalytic framework.

As one of the main reflections, after completing this work, is that we see that the corporal transformations play a key role in the puberty and are lived as something that breaks the continuity of the experience of men and women. Changes in sexuality are disturbing and the group is constituted as a space that allows them to put into words the unnameable and think about it. However, listen to the voices of these young people also allowed us to access a more playful and joyful look of their experiences, issue that is outside of the theorizing about adolescence.

Keywords:

Pubertal metamorphosis, adolescent sexuality, focus groups, body image.

## Introducción

Diversos autores coinciden en situar el comienzo de la adolescencia en los cambios biológicos de la pubertad que, si bien se ven afectados por variaciones individuales (principalmente en la edad de inicio), son relativamente universales (Aberastury, 1973; López, 2008; Mussen, Conger & Kagan, 1991; Smetana, Campione-Barr & Metzger, 2006; Tubert, 2000). A nivel fisiológico, estos cambios dotan al adolescente de una nueva configuración corporal que conlleva la emergencia de distintas funciones y potencialidades; hay un aumento del impulso sexual, se concreta la capacidad reproductiva (Freud, 1905/1984, Moore & Rosenthal, 2006), y aparece la posibilidad de experimentar un tipo de placer sexual desconocido hasta ahora, el que Freud (1905/1984) denomina *placer final* o placer de la relación sexual. Todo esto impacta la subjetividad de las y los jóvenes<sup>1</sup>, y moviliza un trabajo psíquico de auto-reconocimiento e integración.

Freud (1905/1984) titula “Las metamorfosis de la pubertad” a su tercer ensayo de una teoría sexual, para dar cuenta de los cambios que sufre la sexualidad y el sujeto con el desarrollo puberal. En este trabajo decidimos retomar sus conceptualizaciones, porque consideramos que ofrecen una mirada integradora de los aspectos madurativos biológicos-erógenos con los procesos de reorganización psíquica que involucra la pubertad. Junto con esto, hablar de las metamorfosis remite a la idea de un sujeto que está en transformación y movimiento, dado que hay muchos aspectos que se van alterando como parte de estos procesos, razón por la cual, al igual que este autor, utilizamos la palabra en plural. Es decir, las metamorfosis puberales

---

<sup>1</sup> Las nociones de joven y de adolescente son empleadas como homólogas en este trabajo.

comprenden todo aquello que se transforma en ese momento vital: el cuerpo, la sexualidad, la psique, la relación con los padres y con la sociedad.

El principal escenario, protagonista y, a su vez, producto de dichas transformaciones es el cuerpo que, ante la irrupción de una serie de modificaciones y sensaciones, se torna desconocido. El cuerpo en el espejo es otro dice Silvia Tubert (2000), lo que suele confundir y angustiar, dado que se altera al margen de la propia voluntad. Es un cuerpo que no se ha elegido y que no se controla, lo que además de despertar una sensación de extrañeza, suscita un sentimiento de pasividad e impotencia (Jeammet, 1992; 2002).

Todos estos fenómenos son estudiados por una gran cantidad de autores, que se esfuerzan por descifrar y comprender la manera en que las y los jóvenes experimentan sus transformaciones. Así por ejemplo, para Jeammet la pubertad representa un acto violento de la naturaleza que introduce, en sus palabras, “el trastorno”, en tanto desestabiliza el equilibrio logrado en la infancia.

Por su parte, Erikson (1950/1985) afirma que dicho impacto se traduce en la crisis *de identidad* adolescente, la que explica como un periodo de desorganización y confusión, pero que a su vez, ofrece una oportunidad de integración y crecimiento. Es decir, la adolescencia es un momento de vulnerabilidad psicológica y de reorganización, en el que cobra especial relevancia la manera en que se vivencian y significan todos estos cambios. Así también, la valoración que se hace de este nuevo cuerpo, su aceptación e integración, ejerce una importante influencia en el desarrollo de una sexualidad plena.

Si bien es cierto, la discusión en torno a la sexualidad adolescente suele remitir a las teorías psicoanalíticas del desarrollo psicosexual, en las que encontramos una vasta descripción de la psicología de la adolescencia (Aberastury, 1973; Blos, 1970/1981; Dolto, 2004; Freud,



1905/1984; Gutton, 1994; Winnicott, 1960/1995), son escasos los estudios empíricos desde esta perspectiva. Es más bien reciente que el psicoanálisis comienza a incluir evidencia basada en el contexto social actual, a su campo de conocimiento (Lester & Notman, 2001) y por lo mismo, algunas de las críticas que ha recibido se basan en que es una teoría construida desde la observación de casos clínicos, lo que necesariamente implicaría un sesgo psicopatológico en su manera de comprender los fenómenos humanos (Erikson, 1972).

Por otro lado, el psicoanálisis tampoco está exento de la tendencia a dramatizar la adolescencia, mirada que ha predominado en un grupo importante de estudios que persiguen describir, explicar y predecir conductas problemáticas de las y los jóvenes (Steinberg & Morris, 2001). Algo similar ocurre con gran parte de las aproximaciones existentes hacia la sexualidad adolescente, que han puesto su atención en el comportamiento sexual, específicamente dentro de un esquema biológico y enfatizando el modelo de *conductas de riesgo* (Moore & Rosenthal, 2006). De esta forma, vemos que predominan discursos adultocéntricos, hipercríticos y sancionadores de la juventud, que no necesariamente están fundamentados en una escucha genuina de lo que representa e implica para las y los jóvenes sus metamorfosis puberales. Es decir, más que un acercamiento comprensivo, dichos discursos dan cuenta de la dificultad de acceder al fenómeno, muy probablemente por el temor que despierta en todas las épocas y sociedades, las transformaciones e inestabilidad adolescente (Birraux, 2005; Jeammet, 2002).

Tal como señala Le Breton (2014), consideramos que el adultocentrismo es un obstáculo para aproximarse al mundo adolescente, ya que esta posición pierde de vista la subjetividad de las y los implicados en dicho proceso. Para este autor, las características de las sociedades contemporáneas, cuyo sello sería el cuestionamiento y renovación de los modelos tradicionales (en relación a la familia, por ejemplo), ofrecen nuevos desafíos a la adolescencia. Nos

encontramos con una diversidad de alternativas que complejizan el proceso de toma de decisiones y elecciones, pero que no necesariamente implican sólo turbulencia o sufrimiento emocional. En otro sentido, representan una oportunidad de crecimiento, renovación y búsqueda, en un contexto de mayor libertad para la exploración.

Lo que sí es considerado como un obstáculo para algunos autores (Arnett, 2008; Birraux, 2005; Le Breton, 2014; Steinberg, 1999) es el hecho de que en las sociedades discontinuas de Occidente, con un ritmo vertiginoso de cambios y una sobrevaloración del individualismo, hay cada vez menos espacio para rituales de pasaje colectivos, que contribuyan a hacer más fluida la transición al mundo adulto. Desde esta perspectiva, el paso a la adultez sería más difícil y angustioso, al carecer de una instancia de aprendizaje y contención comunitaria.

Sin embargo, podríamos pensar que más que una ausencia de rituales, estamos ante una transformación de los mismos. En este mundo cambiante van apareciendo nuevas prácticas que cumplen funciones muy relevantes en la adolescencia. Por ejemplo, el uso de internet y su espacio virtual permiten intercambios entre las y los jóvenes, a través de las redes sociales, los foros de discusión y los blogs temáticos (sólo por mencionar algunos, pues no es el tema que nos convoca), donde comparten y obtienen información que, en ocasiones les es útil y tranquilizadora. Junto con esto, y tal como veremos, el grupo de pares y lo que se experimenta en él, tiene un rol fundamental para las y los adolescentes, aspecto que puede transformar este momento vital en uno de los más comunitarios de la vida.

En relación con lo anterior, Le Breton (2014) reconoce una cultura adolescente común, que traspasa las fronteras geográficas y socioculturales. Esto plantea una situación paradójica, ya que por un lado, luchan por conquistar su individualidad, por ser originales y únicos, y por otro, parecen verdaderos clones. En medio del fenómeno de la globalización, nuestras sociedades de

consumo, a través de las estrategias de marketing y publicidad, van construyendo nuevos modelos “deseables” para las y los adolescentes. De esta forma, podemos encontrar cierta homogeneidad de apariencia, vestimenta e incluso de intereses, en grupos de jóvenes contemporáneos de distintos contextos.

Birraux (2005), desde el psicoanálisis, más allá de las variaciones culturales y sociales, pone el acento en el trabajo psíquico que debe realizarse en la pubertad para acceder de lleno a la genitalidad. En sus palabras, “si las cosas cambiaron, convengamos que lo nuevo son las herramientas de que dispone el ser humano y no la naturaleza del trabajo a realizar. Los lenguajes adolescentes varían con el tiempo y las culturas; sus conflictos internos a través del tiempo son de una asombrosa constancia” (p.59). Según este argumento, podemos pensar en lo puberal como un fenómeno universal que atraviesa a las y los jóvenes de todas las épocas y culturas. Sin embargo, somos más cautelosos al interpretar aquello de la “asombrosa constancia” del psiquismo en las distintas generaciones. Esto, porque por ejemplo, la integración del nuevo cuerpo puede ser uno de los universales de la pubertad; sin embargo, el cuerpo está también inscrito culturalmente. Por lo tanto, los significados asociados a dichas transformaciones en el mundo interpersonal brindarán características específicas a lo que psíquicamente se pone en juego, a propósito de ello. Es decir, la distinción entre lo variable y lo constante no queda tan evidentemente establecida, como tampoco vemos posible hacer una división tajante entre lo intrapsíquico y lo social, ya que se influyen recíprocamente.

Para el psicoanálisis, el sujeto emerge y se desarrolla a partir del encuentro con un medioambiente estimulante (Erikson, 1972) o ambiente facilitador (Winnicott, 1979), con el cual está en continua interacción y permite ir poblando el psiquismo. Erikson pone un especial acento en la relevancia del entorno social para la comprensión de los fenómenos humanos y recomienda

ampliar el marco de observación, más allá del contexto clínico hacia las manifestaciones de los distintos actores de una sociedad. Por lo mismo, nuestra comprensión de las metamorfosis puberales no puede quedar ajena al contexto psicosocial en el que se imprimen y manifiestan.

Tomando en cuenta todo lo anterior, nos proponemos explorar la forma en que las y los jóvenes están experimentando y significando sus metamorfosis puberales. Junto con esto, pretendemos construir una articulación entre sus discursos y lo que, desde el psicoanálisis, se ha teorizado al respecto. Para ello, comenzamos este trabajo con una síntesis del marco referencial que fundamentan nuestro proyecto, clarificando el uso que damos a los conceptos centrales para la comprensión del fenómeno de estudio, a saber: metamorfosis puberales, sexualidad y cuerpo. Asumimos que estos aspectos están estrechamente relacionados y se entrelazan de tal manera, que no es posible diferenciarlos tajantemente a la hora de estudiarlos. Sin embargo, únicamente con el fin de organizar la exposición y facilitar su lectura y comprensión, la hemos dividido en cuatro capítulos teóricos.

En el primer capítulo, que llamamos “Lo puberal adolescente: un proceso intersubjetivo e intrapsíquico”, comenzamos definiendo pubertad y adolescencia. Luego, ofrecemos una mirada a las metamorfosis puberales como fenómeno medular de todos los procesos psíquicos que se echan a andar en este momento vital. Junto con esto, ponemos acento en que el mundo interno se altera no solamente por los cambios en el individuo, sino también por la interrelación continua con el entorno y los otros, hecho que hace que estos sucesos se jueguen tanto en el terreno de lo intrapsíquico como de lo intersubjetivo.

El capítulo II, “La sexualidad como estructurante del psiquismo”, expone una revisión de la noción de sexualidad para el psicoanálisis como un fenómeno complejo en el que convergen aspectos biológicos, históricos, sociales, biográficos y psicológicos. Además, nos detenemos en

el rol fundamental que ella desempeña en la vida psíquica del individuo, en un comienzo apuntalada en la función nutricia, y más tarde, constituyéndose como pulsión sexual, la que se intensifica y rearma con la pubertad. De esta manera, vamos abordando los cambios cualitativos y cuantitativos en la sexualidad adolescente y sus implicaciones.

El tercer capítulo está muy relacionado con el anterior y lo titulamos: “Género, sexuación e identidad sexual”. En él revisamos brevemente los aportes de las perspectivas de género a la comprensión psicoanalítica de la sexualidad femenina y masculina, y también, algunas de sus disidencias. Junto con esto, damos cuenta del proceso de sexuación y de su engarce con la identidad sexual, como nuevos desafíos para la reorganización del psiquismo, en medio de este momento vital.

Como último capítulo de nuestra revisión teórica, presentamos: “La corporalidad adolescente”. Allí, ofrecemos un acercamiento al peso que tiene el cuerpo en los orígenes del psiquismo. A su vez, revisamos las principales implicaciones de las transformaciones corporales en la pubertad, enfatizando y discutiendo aquello que se ha teorizado, desde la perspectiva psicoanalítica, respecto a lo que representa esta nueva corporalidad para chicos y chicas.

Luego de esto, destinamos una breve sección llamada Planteamiento del problema, a la fundamentación de nuestro proyecto y de la relevancia de estudiar las metamorfosis puberales con las particularidades que proponemos. Dichas particularidades las exponemos en el apartado siguiente dedicado al Método, en el que damos cuenta del cómo nos enfrentamos a nuestro objeto de estudio, utilizando un enfoque cualitativo.

El análisis de los resultados lo exponemos en tres subapartados que surgen a partir de los objetivos propuestos y cuyos títulos se inspiran en las verbalizaciones de las y los participantes:

Mi cuerpo me saca de onda: la nueva corporalidad; Candados versus llaves maestras: el camino a la sexualidad genital; y Menarquia y espermaquia: un cuerpo potencialmente fértil.

Para el capítulo de la discusión, retomamos el análisis de contenido de los discursos de las y los jóvenes, proponiendo una visión comprensiva, a la luz de las teorías psicoanalíticas. Por último, finalizamos este trabajo con una breve conclusión, en la que destacamos los aportes centrales de nuestras reflexiones respecto al tema abordado.

## 1. Lo puberal adolescente: un proceso intersubjetivo e intrapsíquico

Tradicionalmente, la pubertad se ha entendido como el conjunto de cambios biológicos que llevan a la maduración física y sexual, y que hacen posible el logro de la capacidad reproductiva (Arnett, 2008; Brooks-Gunn & Petersen, 1984; Susman & Dorn, 2009). Dichos cambios serían los que abren paso a la adolescencia y a los fenómenos psicosociales que forman parte de este momento de la vida, como aspecto crucial para el logro del status adulto. A partir de esta definición, surge una clásica distinción entre la pubertad, como fenómeno universal, en tanto engloba los procesos biológicos que ocurren en todas las culturas; y la adolescencia, como un fenómeno psicosocial que estaría más ligada a los patrones culturales que definen las características de la transición hacia el status adulto en un contexto específico (Arnett, 2008; Le Breton, 2014). Distinción que, tal como argumentaremos, nos parece bastante cuestionable.

La palabra pubertad proviene del latín *pubertas*, que significa estar cubierto de vellos o pubis con vello, lo que hace alusión a un aspecto biológico madurativo que representa un indicador de crecimiento corporal. La noción de cambio y transformación también está implícita en la definición que nos brinda la Real Academia Española (2012): “primera fase de la adolescencia, en la cual se producen las modificaciones propias del paso de la infancia a la edad adulta”. Ahora bien, esta amplia definición no precisa en cuáles serían aquellas *modificaciones propias* de la pubertad, pero ha existido una fuerte tendencia a verlas como fenómenos biológicos, apartadas de la influencia cultural y social (Diorio & Munro, 2003).

Sin embargo, nuestra postura es que asumir de manera tan radical la distinción entre pubertad como un fenómeno biológico y la adolescencia como los procesos psíquicos y sociales, es una distinción arbitraria, que limita el entendimiento de los procesos puberales. La disputa

entre qué es aquello que pertenece al orden de lo biológico y qué pertenece a lo psicológico, de alguna manera remite al antiguo debate que intenta contraponer mente y cuerpo como dos polaridades del individuo. Por esto, nos parece imposible pensar al sujeto parcializado a tal nivel, dado que cuerpo y mente, biología y psique, naturaleza y cultura, se articulan mutuamente, haciendo borrosa y poco operativa dicha distinción para la comprensión de los fenómenos humanos (Tubert, 2011).

Si bien es cierto que el cuerpo es el principal escenario y protagonista de las transformaciones puberales, no podemos concebirlo únicamente en su condición de organismo biológico, en tanto se constituye en un espacio psíquico y simbólico que es significado por el sujeto (Tubert, 2011). De esta manera, Freud (1905/1984) al introducir la idea de *metamorfosis de la pubertad*, intenta dar cuenta de todo aquello que se moviliza en el individuo, considerando los procesos que integran los cambios fisiológicos y psíquicos, asociados a este momento de la vida. La pubertad marcaría el inicio del desarrollo adolescente y mantiene una compleja interacción e interdependencia con aspectos sociales y psicológicos (Diorio & Munro, 2003).

Aunque los cambios físicos de la pubertad son comunes a todas las culturas, la manera en que son vividos e interpretados varía en función de la historia de cada sujeto y del contexto social al que pertenece. De esta forma, las experiencias relacionales que van constituyendo al psiquismo, en conjunto con los mensajes explícitos e implícitos recibidos con relación al cuerpo y la sexualidad, imprimen un sentido particular a las metamorfosis del individuo. Junto con esto, y de acuerdo con Le Breton (2014), las transformaciones puberales son significadas de diferente manera, de acuerdo con los parámetros con los cuales se rige cada sociedad. Así por ejemplo, en algunas comunidades, la menarquia tiene un carácter sagrado y la cercanía de una niña menstruante es vivida como una bendición; por el contrario, en otras sociedades estas jóvenes



son aisladas del resto del grupo, ya que son vistas como un peligro para los hombres (Le Breton, 2014). Cada una de estas formas de concebir la primera menstruación ofrecerá un contexto específico para el análisis y la valoración de la vivencia personal de las púberes. Tomando en consideración estos aspectos, nos parece fundamental que el estudio de los procesos puberales contemple la comprensión de los fenómenos psíquicos y sociales, asociados a ellos.

Por otra parte, y tal como lo venimos anunciando, la adolescencia también se ha descrito como el periodo del desarrollo que comprende la transición entre la niñez y la adultez, momento que exige la integración de diversos cambios y la adquisición de nuevos roles sociales (Smetana et al., 2006). Sin embargo, enfocar este momento vital centrándose únicamente en su dimensión de transición o paso hacia la adultez, lleva a perder de vista la relevancia de la adolescencia como un *proceso de estructuración del psiquismo* (Tubert, 2000), de la identidad (Erikson 1972/2007) y de la personalidad (Aberastuty, 1973). Siguiendo a Le Breton (2014), la adolescencia es mucho más que el intermedio entre la infancia y la adultez, es un sentimiento, “un tiempo pleno de la existencia” (p. 63) y un proceso de subjetivación, en el que las y los jóvenes se ven en la necesidad de apropiarse de sus vidas y de sí. Dicho proceso implica también adueñarse de su nuevo cuerpo y de su sexualidad, logrando una mayor autonomía, a partir de la renuncia paulatina a la dependencia infantil de los padres.

Entonces, concebimos la adolescencia, más que como una etapa, como un proceso; como un tiempo de transformaciones intrapsíquicas e interpersonales que acompañan y responden a las metamorfosis del individuo, al completar su desarrollo corporal y lograr la madurez sexual (Aberastury, 1973; M. Laufer, 1997; López, 2008). En un comienzo, todos estos cambios desestabilizan al sujeto y más tarde, según Birraux (2005), impulsan un tiempo de elaboración e integración que llevará a una nueva relación con las figuras parentales, con el mundo y consigo

mismo (Aberastury, 1973). Estas nuevas maneras de relacionarse van adquiriendo cierta especificidad en cada sociedad, desde donde se definen algunos criterios para evaluar la “madurez social” alcanzada por las y los jóvenes (Le Breton, 2014). De esta forma, nuevamente constatamos la continua articulación entre los aspectos individuales (biológicos y psicológicos) y los socioculturales.

Gutton (1993) ofrece una manera interesante de entrelazar pubertad y adolescencia a través de sus conceptos de *lo puberal* y *lo adolescens*, como dos procesos simultáneos que forman parte de las metamorfosis puberales. Lo puberal estaría anclado en lo *real biológico* de la pubertad y se constituye como la “sexualización del trabajo psíquico”. En palabras del autor, “lo puberal es en sus cimientos la confluencia exclusiva de las corrientes sensuales de la infancia y de la pubertad, bajo el estandarte de las pulsiones de fin no inhibido” (p. 22). Se refiere al incremento pulsional que irrumpe en la pubertad y que viene a desorganizar la experiencia. En contraposición a ello, lo *adolescens* correspondería al trabajo elaborativo sobre el material puberal, siendo su fin “la desexualización de las representaciones incestuosas conducente a la elección de objeto potencialmente adecuado” (p. 22). Esto quiere decir que, en concordancia con lo que plantea Freud (1905/1984), en medio de la reedición del Complejo de Edipo, que sucede a la latencia, y ante la barrera del incesto, los individuos deben trasladar sus deseos libidinales hacia un objeto exogámico, comenzando un trabajo de separación de las figuras parentales. No obstante, hasta que se cuente con las condiciones necesarias para relacionarse con un nuevo objeto, la libido se vuelca sobre sí, de manera narcisista. Cabe destacar que para Gutton la adolescencia no viene a desplazar a la pubertad, sino que más bien realiza un trabajo constante sobre ella, significándola y subjetivándola.

Como parte de lo real biológico de las metamorfosis puberales, algunos autores hablan del hito dramático que representa la menstruación en la mujer y el descubrimiento de la capacidad para eyacular en el hombre (Aberastury, Dornbusch, Goldstein, Knobel, Rosenthal & Salas, 1973; Aryan, 2014; Simon & Gagnon, 1998). La menarquia y la espermaquia aparecen como un hecho repentino que traza la transición a un nuevo status y, por lo tanto, pone en evidencia que la infancia va quedando atrás. Para la gran mayoría de los teóricos psicoanalíticos, las y los jóvenes suelen vivir este evento con angustia e incluso con cierta sensación de despersonalización, lo que tendría un significado defensivo para no asumir que es el propio cuerpo el que se transforma y el quiebre que ello representa para la propia identidad (Aberastury et al., 1973). Friedman y Downey (2008) hablan de un *cambio sísmico* en la psique, promovido por estos movimientos y que deberá impulsar un proceso de reestructuración.

Desde la perspectiva de la escuela de Aberastury (1973), las y los adolescentes no sólo deben enfrentarse al mundo adulto en un momento en el que no están del todo preparados, sino que también deben desprenderse de su mundo infantil. Esto se intensifica si se considera que en la actualidad la edad promedio de la maduración sexual ha disminuido en los países industrializados de Occidente (Aréchiga, Mejía, Marrodán & Mesa, 1999; Rodríguez de la Sierra & Schachter, 2013; Steinberg, 1999; Walvoord, 2010), lo que contribuye aún más a que haya un desfase entre el logro de la capacidad reproductiva y la disponibilidad de los recursos psicológicos necesarios para hacerle frente a estos cambios (Ahmadi, Anoosheh, Vaismoradi & Safdari, 2009). Otro elemento que nos daría cuenta de las dificultades que atraviesan las y los jóvenes, como parte del proceso puberal adolescente.

En concordancia con lo anterior, Le Breton (2014) pone el acento en la adolescencia como “un tiempo de suspensión en el que las significaciones de la infancia se alejan mientras que

aquellas de la edad de hombre o de mujer sólo se dejan sentir” (p. 8). Es decir, en este tiempo gran parte de las certezas de la infancia dejan de tener sentido para las y los jóvenes, pero todavía no acceden ni se identifican plenamente con la adultez, lo que despierta incertidumbre y angustia. Para este autor, dichas sensaciones se agudizan en medio del individualismo de nuestras sociedades occidentales y de la ausencia de ritos colectivos que faciliten la transición al mundo adulto, haciendo de este proceso un tránsito solitario y doloroso. Llama la atención el exceso de dramatismo en esta forma de acercarse a la adolescencia y, por lo mismo, nos queda la inquietud respecto a cuán ausente está lo comunitario en las vidas de las y los adolescentes de estas sociedades, a las que hacemos alusión.

El foco en el dolor y el sufrimiento, como parte del estudio de los procesos adolescentes, también ocupa un lugar central en la obra de Aberastury. La autora nos presenta un adolescente “doliente” que debe aceptar ciertas pérdidas para lograr integrar sus nuevas experiencias, resolviendo, al menos estos tres duelos: a) duelo por el cuerpo infantil perdido, b) duelo por el rol e identidad infantil y c) duelo por los padres de la infancia. Sin embargo, hoy nos cuestionamos la manera en que se van significando dichas pérdidas y si necesariamente cada una de ellas es capaz de gatillar y movilizar un duelo como tal. En este sentido nos preguntamos, tal como lo hace Alejandro Klein (2012), si no hay en la propuesta de Aberastury una visión idealizada de la infancia que desvía la atención de los logros y/o ganancias de las metamorfosis puberales y la manera en que los y las jóvenes las significan y valoran.

Por su parte, M. Laufer (1997) remarca la idea de que la vida psíquica es un proceso continuo, en el que las distintas etapas del desarrollo brindan una especial contribución. Para él, la adolescencia es un periodo de vulnerabilidad y quiebre, producto de todas las transformaciones ya descritas. Fundamenta esta afirmación en el hecho de que, en comparación

con la infancia, en la adolescencia aumentan los problemas de salud mental, tales como los trastornos de alimentación, las adicciones y los intentos de suicidio. Y es también en esta etapa donde, según el autor, se consolidan aspectos centrales de la personalidad. La especial contribución de la adolescencia al desarrollo sería entonces el logro de una imagen de sí estable y de una identidad sexual, entendida como elección de objeto sexual, específica y fija.

Si bien estamos de acuerdo en que la resolución de la crisis adolescente implica el logro de una identidad que dé continuidad y estabilidad al sujeto, es cuestionable la idea de que la nueva organización y la orientación sexual sean tan fijas e inamovibles, tal como intenta transmitir M. Laufer. A diferencia de este planteamiento, la noción de identidad eriksoniana enfatiza en la existencia de un sentimiento de continuidad y consistencia interna, pero que no se constituye como una estructura fija, sino más bien conforma un equilibrio dinámico, en tanto brinda estabilidad y continuidad a la personalidad, a la vez que permite incorporar nuevas experiencias (Erikson, 1968/1980).

Tal como venimos planteando, entre las conceptualizaciones que hemos expuesto hasta ahora, predomina la idea de conflicto y de turbulencia emocional como aquello que caracteriza a la pubertad para el psicoanálisis. Es así como Erikson (1950/1985) acentúa la crisis de identidad adolescente, como un momento de desintegración e integración. La escuela de Aberastury describe el *síndrome de la adolescencia normal* como una entidad semipatológica que caracteriza la inestabilidad de esta etapa (Knobel, 1973). Por su parte, Winnicott (1960/1965) propone que el mejor “remedio” para la adolescencia es el paso del tiempo. El uso de un lenguaje tradicionalmente ligado a la psicopatología (crisis, síndrome y remedio) puede contribuir a confundir a la adolescencia con un momento de desastre y gravedad. Sin embargo, sabemos que la mayoría de las y los adolescentes cursan este periodo sin mayores problemas en el área

emocional, conductual y social (Smetana et al., 2006; Steinberg & Morris, 2001). Podría ser necesario entonces, hacer más presente en las reflexiones sobre la adolescencia, las nociones de transformación y emergencia (de nuevas funciones y atributos), dado que aquello que la liga a quiebre y ruptura parece estar ya bastante estudiado.

Tubert (2000) intenta dar un énfasis distinto al asumir también una postura crítica de las visiones más desarrollistas o evolucionistas del psicoanálisis. Ella plantea que la adolescencia es también un momento en la que se reviven y reelaboran experiencias anteriores y en la que “lo nuevo no desplaza completamente a lo antiguo ni tampoco lo repite tal cual era, sino que lo transforma y le da una nueva significación” (p. 12). Esta autora rescata la historicidad como aquello que le da continuidad a la experiencia del sujeto, pero no en un sentido evolutivo secuencial, que describiría la transición de una etapa a otra, sino que considerando que el nuevo momento integra a los anteriores y no los deja atrás. La adolescencia brinda la posibilidad de hacer una relectura, una resignificación y lograr una comprensión nueva de aquellas experiencias infantiles que permanecían en el plano de lo enigmático, a la luz de las nuevas potencialidades que se adquieren (Aryan, 2008; Kancyper, 2005; Marty, 2005).

En relación con lo recién expuesto, Gutton (1993) afirma que en la pubertad se sexualizan, o más bien se genitalizan, los recuerdos de la infancia. En sus palabras, el púber *seduce* su pasado. Es decir, en este proceso de resignificación, las metamorfosis puberales brindan nuevos elementos para interpretar la historia del sujeto, uno de ellos es la emergencia de la sexualidad genital. Esto que emerge es lo que también le da un carácter traumático a la pubertad por dos motivos, según afirma este autor. El primero tiene que ver con que es el momento en que se cuenta con los recursos para volver traumático aquello que en la infancia era sólo confuso, en tanto se abre la posibilidad de lograr una comprensión nueva de lo que se ha

experimentado en el pasado. El segundo, se vincula con lo que él considera la violenta intromisión de lo pasional adulto en la ternura infantil, hecho que se vive con perplejidad y confusión, dando un carácter de enigmáticas a las metamorfosis.

De esta forma, utilizando la concepción freudiana de trauma, desde el punto de vista económico, el aparato psíquico es invadido por un exceso de excitación, en un momento en el que no dispone de las capacidades necesarias para tramitarlo (Laplanche & Pontalis, 1996). Las consecuencias de dicho trauma podrán ser o no patógenas para el desarrollo de individuo, dependiendo, entre otras cosas, del nivel de desorganización experimentado con la pubertad y de la posibilidad de poner en marcha un proceso de integración. Así mismo, asumimos que el protagonista de estas vivencias no es un sujeto pasivo, sino que por el contrario, es considerablemente activo en la construcción de su historia, imprimiendo subjetividad a su experiencia, en todo momento (Grassi, 2010; 2013).

Ahora bien, basándonos en Grassi (2010; 2013), concebimos la subjetividad como la producción de sentido, significación y/o de un sello personal a los procesos de metabolización de la adolescencia. En la producción de subjetividad, este autor reconoce tres dimensiones: la intrasubjetiva o intrapsíquica, que alude a lo que ocurre en las y los jóvenes con su cuerpo y consigo mismo, de acuerdo con su historia personal; la intersubjetiva, referida a la interacción con el contexto relacional (familiar, social y cultural), que ocurre en un momento histórico-político y social determinado; y la transubjetiva o intergeneracional, que tiene que ver con la transmisión de la historia a través de las distintas generaciones. De tal manera que cada época va imprimiendo sus marcas características a la producción de subjetividad en la juventud.

Siguiendo una línea similar de pensamiento, Lerner (2006) afirma que “la subjetividad es la posibilidad que tiene un sujeto de crear al otro, al mundo y a sí mismo” (p. 31). Los vínculos

que se establecen a lo largo de la vida y el medio social en el que un individuo se desarrolla irán dando un matiz particular a la experiencia subjetiva. Así también, la subjetividad trabaja ofreciendo al yo algo de continuidad en medio de los cambios y del paso del tiempo, es decir historizándolo (Grassi, 2010). Esto último es crucial en medio de las transformaciones de la adolescencia y es lo que permite que lo puberal-adolescente se vaya articulando como un trabajo psíquico. Por consiguiente, la adolescencia es también un proceso de subjetivación que precisa “una apropiación simbólica de sí”, en palabras de Le Breton (2014, p. 67).

En síntesis, entendemos lo puberal adolescente como un proceso dinámico que, si bien es impulsado por aspectos madurativos (fisiológicos) individuales, está desde un comienzo arraigado en el campo de lo relacional e intersubjetivo. Como hemos señalado con anterioridad, en los orígenes del sujeto, su historia personal se va construyendo a partir de una trama vincular, en la que la mirada del otro imprime sentido a la propia experiencia. De esta manera, a partir de una creación intersubjetiva, donde lo social es a su vez intrapsíquico y lo intrapsíquico se pone en juego en el plano relacional, la vivencia subjetiva va siendo significada y re significada. Por lo mismo, el impacto de las metamorfosis puberales está íntimamente relacionado con los significados que cada joven ha ido articulando y de los que se vale para echar a andar un trabajo elaborativo (lo puberal-adolescente), que permite la reconstrucción o rearmado del psiquismo. Esto, entre otras cosas, apunta a reafirmar su sexualidad y también, a reconocerse ante la sociedad, principalmente ante los padres u otros adultos significativos, como seres sexuados y sexuales (deseantes).



## 2. La sexualidad como estructurante del psiquismo

Desde el psicoanálisis, la sexualidad se constituye como el principal estructurante del psiquismo, idea que se comprende a partir de la concepción freudiana. Freud (1905/1984) propone una visión amplia de la sexualidad que no se limita al placer genital, sino que representa el motor de la vida anímica, de todos los actos humanos y que, como tal, está presente desde el comienzo de la existencia. Es decir, como lo puntualizan Laplanche y Pontalis (1996), la sexualidad incluye “toda una serie de excitaciones y de actividades, existentes desde la infancia, que producen un placer que no puede reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica” (p. 401).

En sus orígenes, la sexualidad se apuntala en la función nutricia, que sirve a la conservación de la vida, y más tarde consigue su independencia (Freud, 1905/1984). Cuando el bebé comienza la vida extrauterina, se enfrenta por primera vez a la tensión que despierta en su organismo una necesidad no satisfecha, ante lo cual llora. En condiciones esperables (o saludables), la madre atiende y codifica el llanto del bebé para calmar dicha tensión, por ejemplo, alimentándolo. Sin embargo, ella no le proporciona únicamente la leche que satisface su hambre, sino que también lo sostiene en sus brazos, lo acaricia, le sonríe, lo nombra y muy probablemente, hace una gran cantidad de gestos hacia él, entregándole un “plus” de placer (Bleichmar, 2006). De esta forma, es la madre, con sus cuidados y atenciones, la que imprime la sexualidad en su bebé e implanta en él, lo que Freud denomina pulsión sexual.

Es importante precisar que el concepto de pulsión remite a aquello que colinda entre lo somático y lo psíquico, siendo definido como “la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir” (Freud, 1905/1984, p. 153). La pulsión empuja hacia

una acción, cuyo fin o meta es suprimir el estado de tensión provocado por la excitación sexual. En los primeros años de vida, dicha acción está dirigida a la creación y estimulación de las zonas erógenas del propio cuerpo. En este sentido, se plantea que la sexualidad infantil es autoerótica y carece de objeto, en tanto es independiente de la existencia de una persona sobre la cual pueda dirigirse la atracción sexual.

Todo esto va adquiriendo más sentido si consideramos que uno de los planteamientos centrales del psicoanálisis es *la acometida en dos tiempos* del desarrollo sexual. El primero, transcurre en la infancia, tal como lo acabamos de describir. Luego de un periodo de inhibición en la latencia, la actividad hormonal de la pubertad y la maduración del aparato reproductor impulsan a una reorganización de la sexualidad hacia la genitalidad<sup>2</sup>. En este segundo momento, la pulsión sexual autoerótica de la infancia debe hallar su objeto, hallazgo que tiene las características de un re-encuentro con los objetos de amor edípicos. La reedición del Complejo de Edipo resulta ahora aún más amenazante, porque hay una nueva condición corporal y erógena que hace posible concretar el acto sexual y, por tanto, el temido incesto. De su resolución dependerán entonces, dos movimientos fundamentales: el desasimiento de la autoridad de los padres, con el consecuente logro de la independencia y el vuelco desde el objeto sexual infantil endogámico hacia un objeto exogámico.

Cabe destacar que, tal como señalan Laplanche y Pontalis (1996), el acceso a una nueva organización de la sexualidad como lo es la genitalidad, no representa una evolución lineal y obvia, dada por la naturaleza. A diferencia de ello, tomando las palabras de Bleichmar (2006), este camino “se constituye como un complejo movimiento de ensamblajes y resignificaciones, de

---

<sup>2</sup> El concepto de genitalidad puede generar confusiones si se comprende únicamente como el ejercicio de sexualidad a partir de la zona erógena genital. Más que eso, Freud plantea la sexualidad genital en contraposición a la sexualidad infantil autoerótica, para dar cuenta de la emergencia de este cambio cualitativo en la sexualidad que imprime un nuevo modelo en la relación consigo mismo y con otros(as).

articulaciones provenientes de diversos estratos de la vida psíquica y de la cultura, de la incidencia de la ideología y de las mociones deseantes” (p. 96). En este sentido, concebimos la sexualidad humana como un fenómeno que involucra una diversidad de elementos. Si bien se asienta en lo biológico, es también una construcción cultural y personal, que va adquiriendo significado en medio de un contexto sociohistórico determinado y a partir de la historia de cada sujeto (Tubert, 2000).

Es así como los cambios físicos de la pubertad crean la necesidad de integrar las funciones que emergen a propósito de ellos y demandan una nueva relación con el cuerpo en transformación, proceso que se va realizando paulatinamente y que es central para el desarrollo de la sexualidad (Aberastury, 1973). Al respecto, Knobel (1973) destaca que uno de los logros evolutivos fundamentales en la adolescencia es el potencial que ofrece la genitalidad para la procreación. Para él, esto representa un hecho biopsicodinámico, que modifica la noción de sí y marca un momento esencial en la adquisición de la identidad adulta. Dolto (2000) es aún más enfática al afirmar que en la medida en que las y los jóvenes se reconocen fecundos, obtienen la certeza de que han entrado a la adultez.

Desde nuestra perspectiva, la cuestión se torna un poco más compleja, ya que no basta el hecho de que fisiológicamente exista el potencial reproductivo para que se tome conciencia de él y, por lo tanto, se desencadene ese impacto al que hacen referencia los autores citados. Para Gutton (1993), contar con un cuerpo potencialmente fecundo se constituye en uno de los tres cambios cualitativos de la sexualidad en la pubertad, junto con la transformación del cuerpo y el acceso a una categoría nueva del placer: el placer orgásmico. Coincidiendo con lo propuesto con la escuela de Aberastury, este autor afirma que la noción que el sujeto ha construido de sí y de su propia sexualidad se ve impactada por dichos fenómenos, ante los cuales comienza un trabajo de

metabolización y subjetivación. Sin embargo, este proceso identitario se va estructurando no sólo en función de una vivencia personal o intrapsíquica, sino también como una construcción intersubjetiva, que incorpora la manera en que el entorno, principalmente los padres y adultos significativos, reconocen a las y los adolescentes como seres sexuados. Es decir, es un trabajo que resulta imposible sin la presencia y mirada de otro.

Tal como lo hemos señalado, lo puberal adolescente implica también un proceso de integración de la identidad, que se ha visto sacudida ante tanta novedad. La sexualidad se transforma en un tema existencial, ya que el sujeto debe hacerse cargo de ella y de asumir una posición sexual ante el hecho de poseer un cuerpo de hombre o de mujer (Ayran, 2008). En ocasiones, la afirmación de que el púber se enfrenta ante la imposición de asumir su condición monosexuada, ha sido pensada como un sesgo biologista y heterosexista del psicoanálisis, al enfatizar la complementariedad de los sexos. Sin embargo, nuestra lectura tiene que ver con un hecho mucho más básico: el reconocimiento de la diferencia, independientemente de la manera en que se participará de la articulación que socialmente se ha hecho de ella, aunque es algo que también se pondrá en juego en estos procesos. Es decir, el trabajo de asumir una condición sexuada en la adolescencia implica un ejercicio de reflexión sobre la inscripción sexual del cuerpo (se es hombre o mujer), la elección del objeto (al que se oriente el deseo sexual) y el ordenamiento de género.

El énfasis de Freud en el hallazgo del objeto sexual como trabajo de la adolescencia, corresponde a una idea que ha recibido apoyo de otros autores. Entre ellos, hay consenso en que la orientación sexual como tal va adquiriendo forma en medio de los procesos puberales (Aberastury, 1973; Blos, 1970/1980, Gutton, 1993; M. Laufer, 1997), aunque ya desde la infancia comienza a prefigurarse y pueda volver a cuestionarse a lo largo de la vida.

Siguiendo el modelo freudiano, la barrera del incesto construida culturalmente y grabada en el psiquismo, promueve la búsqueda de un objeto de amor exogámico que tiene características prefiguradas en la infancia, pero que se consolida en la adolescencia. Es en este momento vital, en el que se toma mayor conciencia de la dirección del deseo erótico y por lo tanto, se pone en juego la orientación sexual como parte de la identidad (Laufer & Laufer, 2002). Dicho proceso se organiza con la interdependencia de aspectos biológicos, biográficos, psicoafectivos, familiares, sociales y culturales (Hamel, 2006), y está estrechamente relacionado con la aceptación del nuevo cuerpo y de los cambios experimentados.

A pesar de que el camino trazado por gran parte de los autores citados tiende a dirigirse al hallazgo de un objeto heterosexual, como lo más deseable en el desarrollo (Aberastury, 1973; Blos, 1970/1980, Gutton, 1993; M. Laufer, 1997), Freud (1905/1984) se pregunta cuáles serían los motivos para que la libido se dirija hacia un objeto del mismo sexo o del otro. Su cuestionamiento se basa en que desde los inicios, la pulsión es independiente del objeto y sus características, razón por la cual no tendría una trayectoria predefinida. En sus reflexiones, afirma que hay una diversidad de factores que intervienen en estos procesos y le da un peso importante a lo social. Principalmente, al momento de señalar que la homosexualidad es más frecuente en contextos que no promueven su inhibición de manera autoritaria y agrega: “donde la inversión<sup>3</sup> no es considerada un crimen, puede verse que responde cabalmente a las inclinaciones sexuales de no pocos individuos” (1905/1996, p. 209).

Tenemos entonces que, a diferencia de la época victoriana de Freud, la sociedad occidental contemporánea ofrece una variedad de caminos posibles para el ejercicio de la sexualidad, lo que se traduce en una mayor apertura y libertad en la manera en que las y los

---

<sup>3</sup> Freud se refiere a la homosexualidad como una *inversión* de la elección de objeto, en contraposición a la elección heterosexual, que era la considerada “normal” para su época.

jóvenes la experimentan (Moore & Rosenthal, 2006). No por eso, ha dejado de prevalecer una visión heterosexista (Connell, 2005), donde la heterosexualidad es la “norma” y la homosexualidad, un camino “alternativo”. Pese a ello, pensamos que el hecho de que sea más visible y exista una mayor aceptación de esta última, al menos en ciertos sectores de nuestra sociedad, plantea nuevas preguntas y desafíos para el psicoanálisis en la comprensión de las dinámicas propias de la adolescencia. Lo anterior cobra relevancia, entre otras cosas, porque tal como afirma M. Laufer (1997), la identidad sexual se resuelve como una formación de compromiso entre lo que se querría ser y, con aquello que la conciencia y, agregamos nosotros, las circunstancias, permiten vivir. Finalmente, dichas circunstancias tienen sus cimientos en lo que está inscrito en la normativa cultural.

Por otro lado, junto al hallazgo del objeto, el advenimiento de la pubertad implica un cambio en la meta de la pulsión, las zonas erógenas se subordinan a la genital y, en palabras de Freud (1905/1984) “la pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decirlo, altruista” (p. 189). En el contexto social del presente, a más de 100 años de este escrito de Freud, entendemos este altruismo como la primacía del encuentro con otra persona, en contraposición al autoerotismo infantil, lo que no estaría supeditado únicamente a la función reproductiva que logra su madurez en la pubertad. Es decir, la *genitalización* de la pulsión posibilita la vinculación, con una cualidad diferencial de lo que eran las relaciones en la infancia, en tanto comienzan a integrarse las corrientes tierna y sensual (Grassi, 2013).

Para Freud, es también con la llegada de la pubertad que se establecen más concretamente las diferencias en la sexualidad y el psiquismo de hombres y mujeres. Con anterioridad a su texto “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas de los sexos” (1925/1984), él tiende a homologar el desarrollo sexual masculino y femenino de la infancia. Por lo mismo,

afirma que “sólo con la pubertad se establece la separación tajante entre el carácter femenino y masculino, una oposición que después influye de manera más decisiva que cualquier otra sobre la trama vital de los seres humanos” (1905/1984, p. 200). El autor enfatiza en la relevancia del reconocimiento de la diferencia entre hombres y mujeres como un elemento organizador del psiquismo, partiendo no sólo del hecho biológico de poseer un cuerpo de uno u otro sexo, sino también de todos los significados que socialmente se van construyendo, en relación con lo que representa ser hombre o mujer.

Posteriormente, en el artículo recién citado de 1925, atribuye las principales diferencias en la vivencia de la sexualidad masculina y femenina a las características anatómicas de los órganos sexuales. La primera gran diferencia es que la niña debe resignar su primer objeto de amor, la madre, para cambiarlo por el padre, movimiento que es impulsado por la envidia al pene. Entonces, cuando la niña pequeña descubre el pene del varón lo identifica como una versión más grande y notoria de su propio aparato genital, más pequeño y escondido. A partir de este hecho, la mujer caería presa de la *envidia al pene*. Una de las consecuencias de esto es el distanciamiento afectivo de la madre, a quien ese responsabiliza por la ausencia de pene. Esto deriva en que se toma al padre como objeto de amor (complejo de Edipo). Es decir, para Freud, “mientras el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último” (p. 275).

Desde esta concepción, la niña se sentiría disminuida e inferior ante la constatación de que hay algo de lo cual no ha sido dotada. El complejo de masculinidad se instalaría como una manera de negar esta falta y sería lo que *masculiniza* la sexualidad de la mujer en la infancia. En otras palabras, el hecho de que la sexualidad infantil de hombres y mujeres sea homóloga respondería a la masculinización de la sexualidad en las niñas. El desarrollo de la feminidad se

hace posible tras una *oleada represiva* de todas las manifestaciones de la sexualidad masculina en la mujer, característica de la pubertad. Freud (1925/1984) lo expresa de la siguiente manera: “la naturaleza de la mujer está más alejada de la masturbación, (...) al menos la masturbación en el clítoris sería una práctica masculina, y el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitorídea” (p. 273). Esto último ha sido fuertemente rebatido, puesto que la evidencia demuestra que el clítoris sigue siendo un órgano fundamental para el desarrollo de una sexualidad plena en la mujer durante toda la vida, independientemente del descubrimiento de la vagina como fuente de placer (Bleichmar, 2006; Notman, 2003). Por ende, la sexualidad clitoriana no sería un rezago de masculinidad, sino algo propio del goce femenino.

De hecho, para el historiador Thomas Laqueur (1994), Freud no contaba con antecedentes biológicos ni anatómicos, en su época, del supuesto traspaso de la sensibilidad erógena desde el clítoris a la vagina. Más bien, sus afirmaciones estaban en sintonía con las representaciones sociales que predominaban en un momento histórico en el cual la vagina, como sede del placer, servía a una meta social: el cuerpo femenino dispuesto para el coito reproductor. Esto lleva a Laqueur a aseverar que lo que realmente hace Freud es “un relato cultural con disfraz anatómico” (p. 402), para dar cuenta de las diferencias entre los sexos.

En consecuencia a lo recién expuesto, algunas autoras psicoanalíticas debaten estos planteamientos freudianos y van más allá en su intento por descifrar la articulación entre los aspectos del ordenamiento de género y la construcción de la sexualidad femenina (Benjamin, 1996; Tajer, 2011). En este sentido, si bien las diferencias anatómicas entre los sexos son un hecho irrefutable, es probable que hoy en día no lleguemos a las mismas conclusiones que Freud, en relación a sus consecuencias para el psiquismo de hombres y mujeres. Por ejemplo, Benjamin (1996) propone una relectura de la envidia al pene, la que estaría representando más que el deseo



de la mujer de contar con el atributo de aquel órgano sexual, el deseo de acceder a la posición de poder masculina en la sociedad. Todo ello implica reflexionar sobre las características históricas, sociales y culturales que enmarcan el proceso de construcción de la identidad sexual de las y los jóvenes. Esto, porque sabemos que el sentido de ser hombre o de ser mujer va cambiando, conforme se transforman las sociedades y de acuerdo con los modelos de identificación, con los que se ha contado a lo largo de la vida.

Ahora bien, el mismo Freud (1905/1984) plantea como una dificultad para pensar lo masculino y lo femenino, el hecho de que conceptualmente estos términos se han utilizado indistintamente con diferentes significados. En primer lugar, y tal como aún se emplea en psicoanálisis, se ha atribuido a lo femenino la pasividad y a lo masculino, la actividad o agencia. En segundo lugar, en un sentido biológico, hombres y mujeres asumirían roles complementarios en lo que a reproducción se refiere, en tanto las mujeres producen óvulos y los hombres semen. El tercer sentido, y más afín a nuestras concepciones, alude a que desde un punto de vista sociológico, la observación del comportamiento de hombres y mujeres en la realidad no muestra una masculinidad, ni feminidad pura, sino que, citando a Freud:

Más bien todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos (1905/1984, p. 200).

No nos resulta fácil comprender a lo que alude con el “carácter sexual biológico”, porque como él señala en otros momentos, la articulación entre la biología y lo social se hace presente desde los comienzos de la vida. Entonces, la pregunta en relación con qué se desprende del hecho de producir óvulos o semen resulta imposible de responder, si no consideramos lo que ello

representa en un contexto social determinado. Siguiendo a Benjamin (1996), no sería la constitución anatómica en sí la que explicaría las diferencias entre hombres y mujeres, sino más bien la manera en que tales diferencias son interpretadas e impactan a los sujetos en un contexto determinado. Es decir, concluye la autora, “la integración psicológica de la realidad biológica es en gran medida obra de la cultura, de los ordenamientos sociales que nosotros *podemos* cambiar o dirigir” (p. 116). Esto último, es lo que pensamos que se pone en juego con las metamorfosis puberales, fenómeno que sienta las bases para tomar mayor conciencia de lo que implica ser hombre y ser mujer en la sociedad a la que se pertenece.

Asimismo, en términos de Aberastury (1973), la persona joven debe realizar un trabajo de duelo por la bisexualidad perdida, referida a la fantasía universal planteada por Freud (1920/1984) de poseer ambos sexos a la vez. Los cambios puberales se imponen ante dicha fantasía, en tanto la menarquía en la niña y la emisión de semen en el niño ponen en evidencia el rol que cada uno desempeñará en la pareja y en la procreación. Esto es atravesado por un ordenamiento social que promueve la separación tajante y la polarización extrema de los roles atribuidos a hombres y mujeres (Benjamin, 1996). Desde nuestra perspectiva, dicha polarización podría hacer más difícil el trabajo de duelo, dado que impone una presión por encasillarse en uno de los extremos que definen lo femenino y lo masculino, con la consecuente dolorosa renuncia a la contraparte. Aunque también pensamos que hoy en día existe una gran gama de posibilidades para ejercer la masculinidad y la feminidad, otra evidencia más para cuestionar las consecuencias psíquicas que asignó Freud a la anatomía.

Es indiscutible la relevancia de la teoría freudiana para vislumbrar el proceso de sexuación en la adolescencia. Sin embargo, su riqueza también está en entender estos planteamientos desde el contexto sociohistórico en que surgen y aceptar el desafío de

comprenderlos a la luz de los cambios sociales de la actualidad. Es por ello que en este estudio nos motiva conocer, desde los propios jóvenes, la manera en que están significando los cambios en su sexualidad.

### 3. Género, sexuación e identidad sexual en la pubertad

En la medida en que vamos profundizando en la sexualidad y sus modificaciones a partir de las metamorfosis puberales, necesariamente nos vamos acercando a los fenómenos relativos al género y a cómo éstos inciden en ellas. Es por esto que nos detendremos en este apartado a reflexionar sobre el concepto de género y sus aportes a la comprensión de la crisis de identidad adolescente.

Para Tubert (2001), la principal problemática de la adolescencia se articula, “por un lado, con las transformaciones en la corporalidad y, por otro, con la *sexuación* como asunción de una posición deseante en el marco del reconocimiento de la diferencia entre los sexos” (p. 248). Estos procesos, tal como hemos señalado, se ven influidos por las atribuciones que cada cultura hace al rol de hombre y mujer, en un momento histórico determinado. De esta forma, la sexuación, en tanto asunción de una identidad propia implica reconocerse como ser “sexuado” en la condición de hombre o mujer y también, construir una forma particular de desplegar lo masculino y lo femenino, de acuerdo con el contexto y la propia subjetividad (Tubert, 2000).

El concepto de género no estaba presente como tal en la obra de Freud, sino que fue introducido por primera vez en el ambiente psicoanalítico por Stoller en la década de los sesenta (Kirkpatrick, 2003). Este autor traza una clara distinción entre el sexo, como un estado biológico que resulta del hecho de poseer genitales característicos de un cuerpo de mujer o de hombre, y el género, como un estado psicológico. El género estaría comprendido para él por tres dominios: la identidad de género, que alude a la convicción que tiene cada sujeto de pertenecer a una u otra categoría (masculina, femenina o ambigua); el rol de género, entendido como la compleja gama de intereses, actividades y comportamientos que son asumidos y promovidos por la sociedad

como características de lo femenino o masculino; y por último, la orientación sexual, que implica la elección de objeto sexual (Stoller, 1968 como se citó en Kirkpatrick, 2003).

Nuestro primer cuestionamiento a la propuesta de Stoller es en relación con la polarización con que presenta el sexo como biológico y el género en el orden de lo sociocultural. Concordamos con Tubert (2011) en que esta visión “no hace más que reproducir la oposición naturaleza-cultura y el dualismo cuerpo-mente que han marcado el pensamiento occidental desde sus orígenes” (p. 8). Dicha visión dicotómica de los seres humanos pareciera responder a una estrategia por simplificar su entendimiento, a costa de adherirse a explicaciones ficticias, muy alejadas de las concepciones psicoanalíticas. Al respecto, la autora explicita cómo el mismo Freud refuta el dualismo cuerpo-mente con el planteamiento del concepto de inconsciente. A partir de éste, el funcionamiento del cuerpo no se explica tan sólo como organismo, sino también por cómo ha sido simbolizado y representado en su calidad de espacio psíquico, quedando claramente establecido el puente entre lo mental y lo corpóreo. En esta misma línea de pensamiento, Bleichmar (2006) agrega que la sexualidad, como fenómeno humano, pulsional y objetal, intercepta la biología y el mundo representacional, y no se reduce a uno ni a otro.

Junto con esto, parte de los desencuentros que ha tenido la perspectiva de género con el psicoanálisis se relacionan con que, tal como plantea Flaake (2005), la discusión de temas de género estuvo en sus comienzos dominada por perspectivas socioconstruccionistas, que prestaban escasa atención a la dimensión intrapsíquica, en la cual el orden simbólico y las relaciones sociales son tramitadas. A diferencia de ello, al psicoanálisis le interesa estudiar aspectos del comportamiento humano que escapan a lo consciente; tales como los temores, deseos, fantasías y defensas, que juegan un rol fundamental en el entendimiento de la experiencia corporal en la pubertad. También es cierto que hay una parte del inconsciente que incorpora el

código moral, las normas y valores de la sociedad a la que pertenece el sujeto (superyó). El superyó promueve la represión de aquello que es evaluado como inadecuado y/o que se experimenta como vergonzoso a nivel consciente, evidenciando la indisoluble y continua interacción entre lo sociocultural y lo psíquico.

Por su parte, Tubert (2011) se posiciona desde un lugar crítico ante el concepto de género. Ella plantea que, a pesar de haber surgido en un paradigma construccionista, tiende a esencializar lo masculino y lo femenino, incurriendo en generalizaciones que pierden de vista las singularidades del sujeto. Dicha crítica es compartida con De Lauretis (1987), quien afirma que uno de los riesgos de los estudios de género, al concebirlo como diferencia sexual, es universalizar a las mujeres y a los hombres, como si hubiese algo arquetípico que define las diferencias entre ambos, perdiendo de vista la diversidad existente al interior de cualquier grupo. Es decir, reducir todas las explicaciones de las desigualdades entre los sujetos a lo relativo al género, simplifica demasiado los fenómenos humanos y desdibuja la subjetividad individual. Por lo mismo, la propuesta de esta autora es deconstruir la atadura tradicionalmente existente entre género y diferencia sexual, con el fin de visualizar:

Un sujeto constituido en el género, seguramente, no sólo por la diferencia sexual sino más bien a través de representaciones lingüísticas y culturales; un sujeto en-gendrado también en la experiencia de relaciones raciales y de clase, además de sexuales; un sujeto, en consecuencia, no unificado, sino múltiple y no tanto dividido como contradictorio. (De Lauretis, 1987, p. 2).

Ella apuesta a que la noción de género no empañe la posibilidad de visualizar la heterogeneidad social, lo que se pone en riesgo ante lo que denomina “las tecnologías del género”. Dichas tecnologías son dispositivos de los que se vale la cultura hegemónica (tales

como el cine, el sistema educativo u otras instituciones) para reproducir y transmitir aquello que, desde esta perspectiva, define y diferencia lo femenino y lo masculino. De esta forma, el género también agrupa y clasifica a los individuos, en función de los criterios recién descritos.

En relación con lo anterior, Tubert (2011) persiste cuestionándose la utilidad de este concepto, en tanto para ella el género únicamente permite señalar la pertenencia de un sujeto a un grupo, “pero es completamente opaco en cuanto al deseo, al inconsciente, al fantasma, a la posición sexual y a la elección de objeto, así como es mudo con respecto a la experiencia y a la imagen corporal de un sujeto” (p. 399). Más bien, la identidad colectiva serviría de refugio ante la angustia de enfrentar en solitario la singularidad del propio deseo. Por lo mismo, extiende sus reparos al afirmar que la noción de género ocupa una posición resistencial ante los descubrimientos del psicoanálisis, en tanto intenta negar los límites del cuerpo, que definen a cada sujeto como hombre o mujer. Concluye entonces que, más que el género, lo que atañe al psicoanálisis es la diferencia de los sexos, como un hecho central, fundante e ineludible.

A pesar de que estamos de acuerdo con esta psicoanalista en relación con lo trascendente que resulta el reconocimiento y aceptación de las diferencias, consideramos que hablar de género dentro del psicoanálisis sí constituye un aporte al entendimiento humano, a diferencia de lo que ella da a entender. Por un lado, los estudios de género han contribuido a desnaturalizar aquello que tradicionalmente se ha atribuido como propio del hombre y de la mujer, desvinculándolo de la anatomía. Por otro lado, los cuestionamientos que propone esta perspectiva han planteado la necesidad de redefinir conceptos como los de sexualidad, identidad sexual y género; los dos primeros ampliamente utilizados en psicoanálisis (Bleichmar, 2006).

Hasta ahora, en este trabajo hemos abordado aquello que la teoría psicoanalítica entiende por sexualidad. Sin embargo, nos falta ocuparnos de la identidad sexual, ya que constituye un

tema central en la pubertad y adolescencia. Llama la atención que, a pesar de ser un concepto ampliamente utilizado por los psicoanalistas, existe un uso confuso del término, en tanto es difícil encontrar una definición precisa para él en la literatura. Incluso entre autores psicoanalíticos, se emplea indistintamente para referirse a la experiencia interna de pertenecer a uno u otro sexo (sentirse hombre o mujer) y, en otros momentos, para aludir al tipo de elección de objeto sexual (homosexual, heterosexual o bisexual).

De ahí se desprende la relevancia del esfuerzo que hace Bleichmar (2006) por esclarecer las principales concepciones ligadas a la sexualidad, entendiendo la identidad sexual como “los modos con los cuales el sujeto se reconoce como perteneciente a uno u otro sector en los cuales, no sin dificultad, se ubican la mayoría de los seres humanos” (p. 97-98). Es decir, tiene que ver con un autoreconocimiento que le permite a la persona posicionarse, describirse y valorarse en función de su condición de ser sexuado y sexual. Así mismo, agrega Tubert (2011), este reconocimiento es parte de un proceso que ocurre y es posibilitado en referencia a la alteridad, dada por la manera de significar la diferencia sexual. Es decir, el individuo asume su posición como sujeto sexuado en relación con otro que es distinto y en función de la forma en que interpreta y da sentido a dicha diferencia.

Tal como hemos planteado, con las transformaciones subjetivas y relacionales que conllevan las metamorfosis puberales, se abre la posibilidad de apropiarse con mayor conciencia de una identidad sexual la que, de acuerdo con Tubert (2011), nunca será definitiva ni completamente inamovible. Entonces, concebimos la identidad sexual como un proceso dinámico en el que se conjugan distintos aspectos de la historia de vida y de la subjetividad del individuo, para enlazar estas tres dimensiones: el género, el sexo y la orientación sexual.



En este sentido, volvemos a discrepar con lo planteado por Stoller, quien incluye la orientación sexual como un domino del género. Si bien, entendemos que son conceptos relacionados en tanto competen a la sexuación y asunción de la identidad sexual pensamos, siguiendo a Bleichmar (2006), que se articulan de manera independiente, ya que cada uno tiene sus propios determinantes. De esta manera, el hecho de poseer caracteres sexuales de hombre o de mujer daría cuenta del sexo, cuya noción se adquiere en la infancia, pero posteriormente al ordenamiento de género (Bleichmar, 2007), que abordaremos a continuación. Por su parte, la orientación sexual la entendemos como el interés erótico por personas de uno, otro o ambos sexos, es decir, la elección de objeto (D'Augelli, 2000), lo que cobra especial relevancia en la adolescencia.

Ahora bien, si definir identidad sexual tiene su complejidad, hablar de género no es menos confuso. Bleichmar (2007) lo concibe como las atribuciones que cada cultura hace al rol del hombre y de la mujer, en un momento histórico determinado. Pero, como venimos enunciando, para el psicoanálisis y de acuerdo con Chodorow (2011), el género no remite únicamente a un tema de socialización, sino que involucra también un proceso de significación personal, incluyendo sentimientos, representaciones y fantasías inconscientes, que le dan un sello particular a las masculinidades y femineidades. Utilizamos el plural para hablar de masculinidades y femineidades para dar cuenta de que, además de ser una creación social, el género es una creación personal y subjetiva y, por lo tanto, recoge también la diversidad (Uribe de los Ríos, 2013). En suma, habría tres dimensiones que se ponen en juego en el concepto de género: la social, como representación compartida y transmitida en un contexto relacional; la política, en lo que respecta al tema de poder y dominio de la posición masculina en nuestras

sociedades; y la subjetiva, alusiva a la experiencia personal que reproduce y/o cuestiona el ordenamiento de género hegemónico.

Finalmente, pensamos que esta breve reflexión alusiva al género será de gran ayuda para poder entender la manera en que hombres y mujeres se sitúan y significan los cambios puberales. Lamentablemente, muchas veces hablar desde la perspectiva de género se ha homologado a perspectiva “femenina”, dado que existen pocas alusiones a la masculinidad y a las dificultades que los jóvenes pueden atravesar al construir su masculinidad en nuestras sociedades. En este estudio pretendemos sortear ese obstáculo para poder acceder a las experiencias, tanto de chicas como de varones, en relación con lo femenino y con lo masculino, en la vivencia de sus metamorfosis puberales.

#### 4. La corporalidad adolescente

El cuerpo es el escenario donde se juega la vida de cada sujeto, donde se expresan y vivencian sus emociones y afectos, las luchas entre su deseo y las imposiciones de la sociedad. Es sede del placer y del sufrimiento. El cuerpo también sella los límites.

(Fischbein, 2010, p. 19)

Para Freud (1923/1984), el cuerpo es la base del nacimiento del sujeto psíquico y afirma que el yo es ante todo corporal. Sin embargo, puede encontrarse una conceptualización similar ya en 1890 en la obra del psicólogo William James. Para este autor, el cuerpo se constituye en el aspecto nuclear del sí mismo (Self), en tanto es el agente que siente y experimenta de manera inmediata la realidad. Esto, en conjunto con el pensamiento o la capacidad reflexiva, permiten dar continuidad a la existencia y mantener el sentido de identidad.

Los aportes de James fueron considerados posteriormente por Erikson (1950/1985; 1968/1980) en el desarrollo de su teoría psicosocial de la identidad. La crisis de identidad adolescente que él plantea se relaciona, entre otras cosas, con el quiebre en la continuidad de la experiencia corporal que conlleva el advenimiento de la pubertad. Esto, en tanto la identidad personal es concebida como un sentimiento subjetivo de mismidad y continuidad, asentado principalmente en la corporalidad. Ahora bien, la identidad también se juega en el terreno interpersonal y social, donde los otros son testigos, compañeros y modelos de identificación. Así mismo, la crisis adolescente se relaciona con la encrucijada que atraviesan entre el cuerpo infantil y el cuerpo adulto, con todo lo que ello implica en cuanto a su rol en la sociedad.

En concordancia con lo planteado por Erikson, Gutton (1993) afirma que la pubertad implica “un potencial de externalización del cuerpo (...) Ello introduce en los orígenes de la pubertad una duda en cuanto al nexo entre el yo y el cuerpo” (p. 52). Es decir, las

transformaciones corporales establecen un quiebre con el yo y su continuidad, de tal forma que le son ajenas al sujeto. Jeammet (1992) agrega que el cuerpo deja de proteger las fronteras del yo y, en vez de ello, irrumpe y revela ante otros, aquello que aún no ha sido descubierto por las y los jóvenes.

Tenemos entonces que, entre los procesos puberales, las experiencias de transformación corporal son trascendentales, en tanto alterna el equilibrio logrado por el yo y se echan a andar nuevos procesos psíquicos (Blos, 1970/1980). Los cambios en la apariencia física y el crecimiento de los genitales suelen provocar sentimientos de inseguridad y perplejidad, siendo lo más angustiante para las y los jóvenes la sensación de que están perdiendo el control sobre su cuerpo y el verse invadidos por un intenso movimiento pulsional (De Llanos Serra, 1994; López, 2008; Tubert, 2000). Esto es, entre otras cosas, porque con la maduración gonadal, el cuerpo se constituye en una fuente de estimulación sexual en sí mismo, a diferencia de lo que ocurre en la infancia, donde los cuidados de otro son los que lo erogenizan (Fischbein, 2010). Dicha estimulación genera tensión en la adolescencia, dado que se trata de nuevas sensaciones que se deben procesar y tramitar en un momento en el que aún no se consolida el psiquismo necesario para hacerlo (De Llanos Serra, 1994; López, 2008). En otras palabras, el hecho de percatarse de que el cuerpo va adquiriendo nuevos significados más claramente sexuales (eróticos y eróticos), despierta un sentimiento de extrañeza e incoherencia interna que, como mencionamos, perturba el sentido de identidad.

Tal como señalan E. Laufer y M. Laufer (2002), el cuerpo antes de la pubertad "era experimentado como un portador pasivo de necesidades y deseos" (p. 5) y es en esta etapa cuando se transforma en una fuerza activa de fantasías e impulsos (tanto sexuales, como agresivos). Es decir, durante la niñez el cuerpo depende de los cuidados y atenciones de los

adultos, que van implantando la sexualidad infantil, por lo que no es sino hasta la pubertad que el contenido de los deseos sexuales comienza a cobrar forma con características más propias de la sexualidad genital. Esto se va haciendo posible, luego de la resolución del complejo de Edipo y el logro de una imagen corporal central, aspectos que están estrechamente relacionados con el autoreconocimiento de sí como poseedor del sexo masculino o femenino. Evidentemente, los precursores de dicha diferenciación se van construyendo en la infancia, pero de acuerdo con los planteamientos recién expuestos, esto adquiere un significado más real para la persona en la adolescencia, con el logro de un cuerpo sexualmente maduro (E. Laufer, 1997). Así mismo, desde nuestra perspectiva, la manera en que tal realidad se inscribe en la individualidad de cada sujeto, es bastante diversa y posee gran cantidad de matices.

Si bien E. Laufer y M. Laufer (2002) vinculan estos procesos al tema de la elección de objeto sexual, creemos pertinente precisar que la identidad de género y la elección de objeto son fenómenos que, aunque pueden estar relacionados, son independientes, así como lo explicitamos en el apartado anterior. Las identificaciones masculinas y femeninas que se van articulando desde la niñez se ponen a prueba durante la adolescencia, en un camino de búsqueda respecto de cómo se ejercerá la masculinidad y la femineidad. Esto es particularmente relevante en sociedades modernas en las que cada vez hay más formas aceptadas y promovidas de ser hombre y de ser mujer (Notman, 2003) y donde la ambigüedad sexual y de género tienen una gran presencia.

En medio del escenario descrito, el propio cuerpo del adolescente se torna *enigmático* y desconocido, generando interrogantes y cuestionamientos que no tendrán una respuesta inmediata. El cuerpo en el espejo es otro, lo que junto con despertar diversos temores, implica la estructuración de un nuevo yo corporal (Aberastury, 1973; Tubert, 2000). Para Aberastury, las y

los adolescentes son espectadores impotentes de sus transformaciones corporales, en tanto viven la pérdida de su cuerpo infantil con una mente aún en la infancia. Al respecto, Gutton (1994) plantea una dualidad entre un cuerpo de niño y un cuerpo de adulto que conviven por un tiempo, al menos hasta que el cuerpo genital (adulto) seduce progresivamente al infantil y lo integra. La integración del desarrollo psicológico alcanzado previamente con dicho cuerpo genital, estará determinada por los significados inconscientes que la persona joven le asigne al hecho habitar un cuerpo sexualmente maduro.

Por su parte, para abordar la problemática del púber, Tubert (2000) propone una distinción conceptual entre dos dimensiones del cuerpo. Una de ellas es la dimensión material o real del cuerpo orgánico, que brinda posibilidades y limitaciones, en tanto es desde donde se experimentan las necesidades, se siente placer y dolor. La otra, es la vertiente subjetiva, a la que denomina corporalidad. La corporalidad se refiere a la experiencia compleja del cuerpo que se construye en la interacción con el sistema social, político e ideológico del momento histórico y lugar del que se forma parte. Es en esta dimensión donde se alojan las categorías, imágenes y representaciones que sirven de modelo de identificación a la juventud. Cabe señalar que esta distinción es más bien teórica, ya que acceder al cuerpo real sin la mediación de la experiencia y la representación resulta difícil (o imposible) de pensar.

La propuesta de Tubert constituye un fuerte motivador del estudio que presentamos, en tanto nos lleva a reflexionar respecto de cómo se organiza la corporalidad adolescente en un contexto en el que el tema de la imagen corporal parece estar bastante sobrevalorado. Si bien, concordamos con De Llanos Serra (1994) en que el interés por la apariencia física ha estado presente desde los comienzos de la historia de la humanidad, pensamos que en la actualidad se instala una nueva presión por alcanzar los ideales de belleza imperantes. Es esto lo que se

traduce en una exaltación del valor de la imagen que, entre otras cosas, se manifiesta en la ostentosa tribuna que los dispositivos de *marketing* ponen ante nosotros para promover los modelos estéticos vigentes y, finalmente, vendernos sus productos (Le Breton, 2014). Es así como ocurre con la mega industria de la belleza, plantea este autor, que se impone con campañas publicitaria en las que ofrecen cosméticos, vestuario, peinados y todo lo necesario para estar a la “moda”.

Junto con lo anterior, llama la atención como las “necesidades” del mercado van induciendo de manera cada vez más precoz a niñas y niños a vestirse y consumir como adultos. En consecuencia, solemos encontrarnos con una moda hipersexualizada que va transformando a las y los pre púberes en “mini mujeres” y “mini hombres”, advierte Le Breton (2014). Como ejemplo de ello, vemos que en ciertos sectores de la sociedad mexicana está siendo cada vez más frecuente que las niñas entre 5 y 10 años celebren su cumpleaños en un salón de belleza o spa<sup>4</sup>, siendo sumergidas en la lógica de la apariencia y la estética a temprana edad.

Con estos antecedentes, la pubertad adquiere nuevos matices, en tanto dota de atributos corporales socialmente valorados. A ello se suma el goce que brinda poder asemejarse al cuerpo de los padres, más la consecuente ilusión de enfrentar las rivalidades y competencias edípicas en “igualdad de condiciones”. De ahí que en la prepubertad exista un fuerte anhelo de alcanzar un cuerpo de adulto, plantea Aberastury (1973); aunque cuando se está cerca de conseguirlo, suele vivirse con extrañeza. La autora explica este fenómeno haciendo alusión a que, previo a la integración de lo nuevo, se debe hacer el duelo por lo que se está perdiendo en esta transición, lo que para ella sería, el cuerpo infantil. No obstante, y dado que las ideas de Aberastury comienzan a desarrollarse en la década de los setenta, es relevante contrastar sus conceptualizaciones, en cuanto

---

<sup>4</sup> Una evidencia de este creciente fenómeno es la gran cantidad de empresas que ofrecen dicho servicio en la web, tales como: Spa girls, Spa-girls & Magic kids, Pink princess, Little princess, Fiesta spa; sólo por mencionar algunas.

al valor de lo que la persona joven le asigna hoy en día a lo que pierden, en comparación con lo que pueden percibir como ganancia de su proceso de transformación.

Además de lo que podemos interpretar como una idealización del cuerpo sexualmente maduro, llegar a ser joven goza de cierto prestigio en nuestras sociedades. Es decir, si bien hay una mirada crítica de los adultos frente a la ambivalencia y confusiones de las y los adolescentes, también es un momento de la vida recordado y anhelado. En este sentido, ser joven es un imperativo social, afirma Le Breton (2014), lo que se va constituyendo como otro elemento para reconocer las ganancias de dejar la infancia, en tanto las transformaciones experimentadas permitirán asumir una nueva posición social, tan apreciada como envidiada por quienes ya transitaron por ahí.

Entonces, la corporalidad adolescente va adquiriendo sentido en medio de esta red de significados asentada en la cultura imperante que, a su vez, está en interacción continua con el mundo interno del individuo. Recordemos que para el psicoanálisis, el cuerpo como tal no viene dado, sino que se va construyendo a partir de la investidura libidinal del primer encuentro de la madre (o cuidador principal) con el bebé (Scalozub, 2007). Es decir, desde un comienzo lo corporal es en sí también relacional. Es este proceso de comunicación e intercambio entre lo social y lo psíquico el que irá cimentando la experiencia subjetiva de las metamorfosis puberales. A partir de ello, podemos entender lo que plantean varios de los autores revisados, respecto a que dicha experiencia difiere enormemente para hombres y mujeres (De Llanos Serra, 1994; Friedman & Downey, 2008; E. Laufer, 1997; Le Breton, 2014; Notman, 2003), principalmente en lo concerniente a la corporalidad.

Si tomamos como punto de partida las diferencias anatómicas, en las niñas el desarrollo puberal, entre otras cosas, está acompañado del crecimiento de los pechos como una nueva parte



del cuerpo que implica una discontinuidad con el cuerpo infantil, lo que no sucede en los niños (Notman, 2003). Deberíamos agregar que normalmente el crecimiento de los pechos es visible y que socialmente, no sólo son un símbolo de fertilidad como afirma Notman, sino también de erotismo y sensualidad. En términos psicológicos, ser una mujer adulta significa poseer un cuerpo comparable con el de la madre, con el cual se adquiere la capacidad de ser amada, deseada y deseante (E. Laufer, 1997; Notman, 2003). Esto último no dista en demasía con lo que los varones experimentan como un cuerpo viril, similar al del padre. Más bien, la diferencia radicaría en que su desarrollo físico se basa en un cambio cuantitativo, de tamaño y no en la emergencia de una nueva zona erógena. Notman marca esta distinción sin ánimo de quedarse en una visión determinista a partir de la anatomía, sino que enfatizando la necesidad de comprender cómo esas diferencias se van articulando con la trama relacional.

De este modo, la autora recién citada plantea que los valores de la familia y del contexto sociocultural, van moldeando los sentimientos y fantasías que se experimentan respecto al propio cuerpo. Este tema se ha estudiado bastante, específicamente en relación con el nivel de satisfacción ante la nueva configuración corporal y el logro de la madurez sexual en la adolescencia (Mellor et al., 2009; Yeung, So-kum Tang & Lee, 2005). Por ejemplo, en Occidente, uno de los ideales de belleza femenina imperante promueve un cuerpo delgado y con baja constitución de grasa, constituyéndose como una fuerte presión para las niñas (De Llanos Serra, 1994; Le Breton, 2014; Scalozub, 2007). La pubertad para ellas plantea una complejidad en este sentido, ya que necesariamente implica un aumento de tamaño y de peso que se contraponen a lo socialmente valorado. Este hecho podría ser una explicación posible a los altos niveles de insatisfacción corporal que reportan algunas púberes (Alsaker & Flammer, 2006; Benjet & Hernandez-Guzmán, 2001; Mellor et al., 2009).

Para Notman (2003), no lograr alcanzar la delgadez como ideal deseado es sólo uno de los motivos posibles para la insatisfacción con el propio cuerpo. A su modo de ver, el descontento con la imagen corporal, que predomina en las púberes, es un representante de la devaluación social que sufre la mujer. Entonces, algunas chicas se identifican con dicho desprecio y lo focalizan en su cuerpo, haciéndose más difícil la aceptación y apropiación del mismo.

Por su parte, Le Breton (2014) es enfático al afirmar que “la tiranía de la mirada de los otros impacta diferentemente a los varones y las chicas” (p. 87). Si bien, también los chicos buscan, a través del deporte, modelar sus cuerpos y cuidar su apariencia, parecen obtener mayor satisfacción luciendo las nuevas proezas con sus pares, que en la conquista. En este sentido, la verdadera lucha por conseguir ajustarse a los modelos de belleza culturales es más característica de las niñas (De Llanos Serra, 1997; Le Breton, 2014). El mismo autor señala que el *marketing* les ha transmitido que seducir es la manera de existir, razón por la cual se esfuerzan por adornar y “mejorar” sus cuerpos para ser atractivas. Es entonces cuando el cuerpo femenino se transforma en un “instrumento de legitimación” para ser vistas, reconocidas y valoradas. Para los hombres, en cambio la nueva corporalidad formará parte de aquello que les permitirá demostrar su virilidad y masculinidad ante otros, lo que también conlleva sus dificultades.

Otra diferencia en el desarrollo masculino y femenino, es que luego de la pubertad, la mujer potencialmente podrá embarazarse y dar a luz un bebé, lo que imprime un sello distintivo en su desarrollo. Algunos psicoanalistas plantean que, independientemente que la mujer decida o no ser madre en un futuro, el solo potencial de embarazarse forma parte de su autoconcepto y de su imagen corporal (Friedman & Downey, 2008; E. Laufer, 1997; Notman, 2003). Sin embargo, sería relevante comprender con mayor profundidad, cómo se articula dicho potencial en la

construcción de la autoimagen femenina. En el hombre, en cambio, la maduración del cuerpo se acompaña de una intensificación de la vida imaginativa y una proliferación de las fantasías directamente sexuales (Friedman & Downey, 2008; Mehra, 1997; Simon & Gagnon, 1998). Ello implica que en esta etapa habría mayor actividad sexual, la cual en un primer momento sería autoerótica.

Con el fin de explorar las vivencias de hombres y mujeres en esta etapa, Tubert (2000) realizó un estudio exploratorio en el que analizó las narrativas de un grupo de jóvenes de entre 12 y 16 años. Entre sus hallazgos, ella describe un carácter instrumental atribuido al cuerpo por algunos de los participantes del estudio, que respondería a una manera defensiva de neutralizar una corporeidad teñida de dolor y de placer, pero que en esencia no parece manejable a voluntad. Tal como explica esta autora, tratar al cuerpo como uno objeto es una manera de mantener la ilusión de control sobre aquello que despierta impotencia y ansiedad. También resultan interesantes las diferencias que reporta en la vivencia corporal de hombres y mujeres. Mientras las mujeres dan más atención a los cambios cualitativos y relacionados con el aspecto erótico de la corporeidad (adquisición de constitución corporal femenina), los hombres se focalizan en los cambios cuantitativos, asociados a cuánto se ha crecido y a la fuerza física adquirida. Esto último es bastante consistente con las ideas de Le Breton (2014), planteadas anteriormente.

Tomando en consideración los temas que hasta ahora hemos desarrollado y expuesto en nuestro trabajo, nos interesa realizar un acercamiento comprensivo a las diferencias encontradas por Tubert, considerando el significado personal que cada joven ha construido de lo que representa ser hombre y cómo ello influye en la manera en que experimentan su cuerpo. Si bien es cierto, tal como hemos mencionado, el desarrollo está asentado en un cuerpo con determinados procesos biológicos que existen desde antes de la pubertad, en las metamorfosis

puberales se articulan distintos factores que interactúan y conjuntamente van constituyendo un *re-armado* de la psique. Es decir, los procesos psíquicos entran en interacción con el cuerpo y sus transformaciones, pero no están determinados unidireccionalmente por ellos. Cada sujeto posee una historia y en ella, una trama de relaciones que han contribuido a darle significado a su experiencia, todo lo cual está presente a la hora de interpretar y significar sus metamorfosis puberales.

## 5. Planteamiento del problema

Hasta ahora hemos hablado de los cambios de la pubertad y el impacto que, desde el psicoanálisis, tienen la irrupción de la genitalidad para las y los jóvenes. Junto con esto, sabemos que no sólo cambia el cuerpo y la sexualidad, sino también los significados que se le atribuyen, los que pueden contribuir a que se constituya en una fuente de ansiedad, tal como han concluido algunos autores (Moore & Rosenthal, 2006; Rodríguez, Glas, & Castro, 2008). Sin embargo, estas transformaciones son comprendidas y valoradas a partir de un sistema de interpretaciones asentadas en lo culturalmente establecido (Arnett, 2008; Petersen & Tylor, 1980), que incidirán en el nivel de angustia o satisfacción con que se experimenten. De esta manera, es posible encontrar una gran diversidad de significados asociados a los procesos puberales y a la sexualidad, dependiendo de las condiciones sociohistóricas, las que influyen fuertemente en la integración que hacen las personas jóvenes de todas sus transformaciones (Villa, 2007).

En este contexto, niñas y niños van construyendo sus propias expectativas respecto de la pubertad. Lo hacen a partir de su historia personal, de los mensajes que los padres y el entorno cercano envían respecto a lo que significa crecer, y de la retroalimentación que la sociedad entrega, a través de las distintas instancias de socialización (principalmente los medios de comunicación y la escuela) (Alsaker & Flammer, 2006; Mellor et al., 2009). En consecuencia, las expectativas van moldeando la experiencia, conforme se van cumpliendo y/o frustrando. Junto con esto, el sentido que en la adolescencia se le da a los procesos puberales está íntimamente relacionado con la valoración subjetiva que se hace del propio desarrollo y sus transformaciones, tema que pensamos, no ha sido suficientemente analizado entre quienes estudian la pubertad.

Es así como encontramos una gran cantidad de investigaciones que intentan abordar los fenómenos puberales explorando el impacto del nuevo cuerpo en la autoimagen y la autoestima (Benjet & Hernández-Guzmán, 2001, 2002; Cousineau et al., 2010; Dunkley, Wertheim & Paxton, 2001; Mellor et al., 2009), pero obviando las implicaciones de todas estas transformaciones en la vivencia de la sexualidad. Su foco suele estar puesto en el nivel de satisfacción con el cuerpo, el que concluyen, tiende a disminuir durante la pubertad, principalmente en las mujeres (Benjet & Hernández-Guzmán, 2001, 2002; Mellor et al., 2009). Incluso, un estudio realizado con jóvenes de México, encontró que los cambios puberales para los hombres tienen un efecto positivo en su autoimagen y no interfieren negativamente su bienestar, como sí sucedía en las mujeres (Benjet & Hernández Guzmán, 2002).

Las mismas autoras del citado estudio argumentan que estas diferencias se entenderían, porque los modelos de belleza masculina son más consistentes con el incremento de tamaño y de musculatura, propio del desarrollo puberal de los hombres. En cambio, el aumento de grasa corporal y de peso, característico de la pubertad de las mujeres, sería discordante con el ideal de poseer un cuerpo delgado y esbelto, promovido en Occidente. Cabe preguntarse entonces, qué pasa cuando estos modelos van cambiando o se van diversificando, tal como ha ocurrido con los cánones de belleza femeninos, que en la actualidad le dan una valoración (y sobrevaloración) especial al tamaño de los pechos y las caderas. Entonces, si consideramos que los estándares de belleza en un contexto determinado, ejercen una importante influencia en la aceptación del nuevo cuerpo (Dunkley et al., 2001; Mellor et al., 2009; Peterson & Tylor, 1980), sería relevante indagar si estos cambios se traducen o no en una visión más positiva de las jóvenes respecto a su pubertad.

Abrimos estas reflexiones, porque además de una tendencia a dramatizar la adolescencia entre los estudiosos del tema (Aberastury, 1973; Blos, 1970/1981), nos encontramos con un sesgo que incita a concluir que la pubertad femenina tiene una complejidad mayor a la masculina. Dicho sesgo reside en que la gran mayoría de los trabajos revisados se focaliza en mujeres (Dunkley et al., 2001; Fernández, 2012; Wichstrøm, 1999), habiendo un importante vacío en la consideración de la pubertad masculina. Por ello, en nuestro proyecto nos proponemos explorar las maneras en que hombres y mujeres son impactados por las metamorfosis puberales, atendiendo a lo que los diferencia, pero también a lo que es transversal a los sexos.

Por otro lado, nos encontramos con una tendencia a concebir la pubertad como un suceso meramente biológico que representa el logro de la madurez reproductiva, que no considera las vivencias y significados que le van dando quienes atraviesan estos procesos. Dicha concepción deriva en que, con frecuencia, los programas de sexualidad impartidos en las escuelas tengan su foco en la función reproductiva del cuerpo, dando poco espacio a las dimensiones no reproductivas, como por ejemplo al placer (Diorio & Munro, 2003; Juárez & Gayet 2005). Pareciera que la creencia imperante es que resulta inapropiado hablar de lo placentero en el aula, lo que contribuye a transmitir una visión reduccionista de la sexualidad. Para Juárez y Gayet, éste es el principal obstáculo en el diseño e implementación de políticas públicas respecto de la salud sexual en México, lo que, según ellos argumentan, sería consecuencia de una sociedad muy conservadora en relación con la sexualidad.

No obstante, tenemos la impresión de que no es un problema particular de la sociedad mexicana, sino del adultocentrismo que caracteriza el abordaje de la sexualidad adolescente y del temor que suscita en el mundo adulto. Tal como afirma Klein (2012), el discurso hegemónico

construido por los adultos suele ser alarmante y dramático; probablemente, porque los adolescentes parecen servirles de depositarios de sus fantasías y ansiedades, siendo el “espejo de sus anhelos y frustraciones” (p. 249). Esto lleva a que, sin escuchar lo que las y los jóvenes tengan que decir al respecto, se les imponga que el ejercicio de su sexualidad es un riesgo y/o un peligro del que deben protegerse. Por un lado, dichos mensajes son contradictorios con las nuevas sensaciones y potenciales placeres que emergen con sus metamorfosis (Torres de Aryan & Cossu, 2014); y por otro, desde esa posición, no es posible acceder y/o profundizar en la diversidad de vivencias que los acompañan.

En consecuencia, parece necesario ampliar la comprensión de estos fenómenos, dado que no se dispone de muchos estudios que aporten evidencia y entendimiento de la crisis del desarrollo adolescente (López, 2008; Tubert, 2000). Aquí, cobra aún mayor relevancia el poder lograr un acercamiento a los significados que las y los jóvenes le atribuyen al hecho de contar con un cuerpo sexualmente maduro, que brinda la posibilidad de experimentar una nueva gama de sensaciones, ligadas a la sensualidad y al erotismo.

Junto con esto, en un contexto sociocultural cambiante en el que, al menos en sociedades occidentales, se aprecia cada vez más apertura y la aparición de nuevos referentes para la vivencia de la sexualidad adolescente (López, 2008; Rodríguez et al., 2008), es pertinente la reflexión en torno a la aplicación de algunos supuestos psicoanalíticos respecto del desarrollo sexual “normativo”. Para ello, en este trabajo pretendemos hacer un esfuerzo por sobreponer a la mirada adultocéntrica y muchas veces patologizante de la adolescencia, las voces de un grupo de jóvenes mexicanos de una escuela pública de Ciudad de México. Es decir, acceder al fenómeno desde sus protagonistas y responder a la siguiente pregunta de investigación: ¿cómo



experimentan y significan sus propias metamorfosis puberales un grupo de jóvenes de Ciudad de México?

Tal como lo precisamos con anterioridad, las metamorfosis puberales como objeto de nuestro estudio, representan un proceso complejo de transformación de los distintos aspectos que conforman el camino hacia la sexualidad genital. Es decir, la integración de las nuevas potencialidades que ofrece el cuerpo, tales como el acceso a un placer nuevo, la fecundidad, y el hallazgo del objeto de amor exogámico. Todo esto se da un contexto que, tal como hemos enunciado, supone algunas diferencias entre hombres y mujeres, aspecto que contemplamos en este trabajo, considerando las contribuciones que el concepto de género nos aporta. Pensamos que abordar estas temáticas, desde un marco interpretativo psicoanalítico, constituirá un aporte para abrir nuevas reflexiones en torno al trabajo de prevención, promoción, comprensión y al abordaje clínico de la sexualidad adolescente.

## **6. Método**

Entendemos el método como la ruta que construimos para lograr el objetivo general de nuestro proyecto, a saber: analizar el impacto de las metamorfosis puberales en la subjetividad de un grupo de jóvenes. En este camino, definimos un procedimiento específico y elegimos las herramientas necesarias para llevar a cabo el proceso investigativo, aspectos de los que damos cuenta y fundamentamos en el presente apartado.

### **6.1. Objetivos específicos**

1. Explorar las sensaciones que despierta el nuevo cuerpo en un grupo de jóvenes.
2. Conocer la manera en que ellas y ellos experimentan los cambios en su sexualidad.
3. Indagar los significados que ellas y ellos atribuyen al hecho de habitar un cuerpo equipado para, potencialmente, procrear.
4. Identificar las diferencias en los significados atribuidos a dichas experiencias por hombres y mujeres.

### **6.2. Tipo de estudio**

Nuestro estudio se inscribe en el paradigma interpretativo de investigación (González, 2001), en tanto pretendemos construir un acercamiento comprensivo de las metamorfosis puberales. Para ello, utilizamos estrategias cualitativas que nos permitieron acceder a la experiencia de un grupo de jóvenes con relación a la pubertad y, a partir de un marco referencial psicoanalítico, realizamos el análisis del contenido emergente.

### 6.3. Técnicas de recolección de información

Utilizamos grupos focales, porque consideramos que son un dispositivo útil para que las y los jóvenes hablen con libertad y con la mayor espontaneidad posible de los temas propuestos para este estudio. Tal como afirma Álvarez-Gayou (2004), la interacción grupal tiene un efecto sinérgico que promueve el diálogo y la emergencia de información relevante, relacionada con la forma de pensar, sentir y vivir de los participantes. Más aún, en la pubertad-adolescencia, el juego de identificaciones recíprocas que se da entre los participantes del grupo potencia y favorece el camino a la subjetivación (Torres de Aryan & Cossu, 2014, p. 86). Esto es posible en tanto se constituye en un continente necesario y suficientemente sólido, que les permite a las y los jóvenes dialogar y poner en palabras sus experiencias (Pavlovsky, 1973).

El acento estuvo puesto en los relatos de las y los jóvenes respecto a las metamorfosis puberales; es decir, en sus vivencias en torno al cuerpo y la sexualidad. En un comienzo, siguiendo la sugerencia de Tubert (2000), quien observó demasiada inhibición y resistencia para hablar de sexualidad a esta edad en grupos mixtos, planificamos trabajar con hombres y mujeres por separado. Sin embargo, motivados por la misma autora (comunicación personal, 1° de octubre de 2013), una vez realizadas las reuniones previstas y dada la polaridad encontrada en el material emergente, nos pareció pertinente constatar qué ocurría en grupos mixtos.

Para el estudio, trabajamos con el material de dos grupos de hombres, dos de mujeres y dos mixtos, cada uno de una hora y media de duración aproximada. La información emergente de estos seis grupos fue suficiente para cumplir con nuestros objetivos, por lo que en concordancia con el criterio de redundancia propuesto por Montero (2009), no fue necesario abrir más.

#### 6.4. Participantes

Las y los participantes de este estudio fueron estudiantes de 2° y 3° año de secundaria de una escuela pública, laica y gratuita del sector oriente de la Ciudad de México. Este centro educativo atiende alrededor de 2000 estudiantes (entre secundaria y preparatoria) de diferentes zonas de la entidad, en turnos matutino y vespertino. Además de promover la excelencia académica, entre sus propósitos destacan el logro de una formación integral y el desarrollo del pensamiento crítico y de la conciencia social en sus estudiantes. Entre sus áreas formativas cuentan con un programa de educación sexual que sigue los lineamientos de la Secretaría de Educación Pública (SEP).

Desde un primer acercamiento, el personal de esta institución mostró interés por nuestro proyecto y disposición a colaborar, lo que contribuyó a la decisión de trabajar con ellos. Junto con esto, elegimos este centro educativo porque tiene un gran número de estudiantes, lo que nos permitió contar con el nivel necesario de heterogeneidad y convocar una cantidad suficiente de jóvenes para la realización de los grupos focales.

La selección de las y los participantes se hizo de forma intencional (Montero, 2009), utilizando como criterios de inclusión la edad y el hecho de que fueran estudiantes de secundaria. De esta forma y, en función de nuestro primer criterio, establecimos un rango de edad en el que era “esperable” que estuvieran atravesando los cambios puberales. Para ello, tomamos como referencia la encuesta sobre el comportamiento reproductivo de los adolescentes y jóvenes del Área Metropolitana de la Ciudad de México (García-Baltazar et al., 1993<sup>5</sup>), cuyo resultado indica que en esa población, la edad promedio de la menarquia y de la espermaquia es de 12.4 y 14

---

<sup>5</sup> Utilizamos este dato de la década de los 90, porque en nuestra búsqueda no encontramos una actualización de dicha información para la población de Ciudad de México. Si bien a lo largo del siglo XX se constató una disminución en la edad de la maduración sexual, sabemos que dicha variación no se ha dado de manera lineal, tendiendo a estabilizarse hacia fines del siglo pasado (Steinberg, 1999). Esto último nos permite suponer que aún es válido ocupar esa información para construir el criterio de inclusión.

años, respectivamente. A partir de esa evidencia y, considerando las diferencias que se constatan en el tiempo de maduración entre los sexos, invitamos a participar a mujeres de 13 y 14 años, y a hombres de 14 y 15.

Junto con esto, y más allá de los aspectos madurativos fisiológicos, nuestro segundo criterio nos permitió asegurarnos de que todos los participantes cursaran secundaria, lo que los hace, de alguna u otra manera, estar inmersos en los procesos puberales. El ingreso a la secundaria les otorga un nuevo estatus ante la sociedad; han dejado de ser niños, para ser reconocidos como pertenecientes a la comunidad de los jóvenes. Esto los transforma en interlocutores legítimos para ser convocados a hablar de las metamorfosis puberales.

Los grupos se conformaron con quienes voluntariamente aceptaron ser sujetos de nuestro estudio. El total de participantes fue de 45 jóvenes; 22 hombres y 23 mujeres, cuya distribución por edad se muestra en la tabla n°1. Otra característica de los asistentes es que mayoritariamente provienen de familias en las que, al menos uno de los padres, posee estudios de licenciatura.

Tabla n°1. Distribución de participantes según sexo y edad

Edad	Sexo		Total
	Hombres	Mujeres	
13 años	0	12	12
14 años	15	11	26
15 años	7	0	7
Total	22	23	45

Cada una de las reuniones contó con un mínimo de 6 y un máximo de 8 sujetos, que agrupamos cuidando, en la medida de lo posible, que no existieran lazos profundos de amistad entre ellos. De esta forma, intentamos disminuir los elementos que pudieran obstaculizar la

conversación y la exposición de ideas, emociones e impresiones, respecto de los temas propuestos.

## **6.5. Procedimiento**

Una vez que establecimos el contacto formal con la institución educativa en la que trabajamos, dimos a conocer los objetivos de nuestro proyecto y el requerimiento de realizar grupos focales con jóvenes. Nuestro método de trabajo y los contenidos a abordar resultaron ser consistentes con el programa de educación sexual que imparten (a juicio de sus coordinadores) y que padres, madres y/o tutores ya han autorizado con anterioridad. De igual forma, se elaboró una carta de consentimiento informado para los padres (ver apéndice A).

Los grupos se realizaron en la escuela en horario de clases y se invitó a participar a los jóvenes, a través de una carta informativa (ver apéndice B) que los maestros les entregaron. La conformación de los mismos estuvo a cargo de la escuela, quienes citaron a los asistentes cuidando que no fueran compañeros de salón. Todos los participantes que voluntariamente quisieron asistir a cada grupo, debieron firmar el asentimiento informado.

La conducción de la conversación grupal estuvo a cargo de la psicóloga responsable del proyecto con el apoyo de un observador participante hombre, también psicólogo y especialista en adolescencia<sup>6</sup>. El rol de ambos fue facilitar la comunicación al interior del grupo y proponer los temas a abordar, de acuerdo con los objetivos del estudio. El registro de la reunión se hizo a través de una grabadora de audio y de notas escritas, que consignaron principalmente, la comunicación no verbal. En la transcripción del material integramos la información de las notas.

Para facilitar la discusión entre las y los participantes, elaboramos una guía de conversación (ver apéndice C) en función de los objetivos propuestos e inspirada en algunos de

---

<sup>6</sup>Psicólogo y Maestro en Psicoterapia Psicoanalítica con Adolescentes.

los enunciados que trabajó Tubert (2000) en su estudio, a saber: mi cuerpo, mi primera menstruación/polución, los chavos (para las mujeres), las chavas (para los hombres) y el sexo y el amor en la adolescencia.

A modo de pilotaje, realizamos dos grupos focales, uno con hombres y otro con mujeres, para evaluar el funcionamiento del proceso establecido. Esto permitió revisar los temas incluidos en la guía de conversación y la forma en que la modalidad de conducción de grupo favoreció u obstruyó el abordaje de los temas propuestos. No fue necesario realizar modificaciones profundas a la pauta de entrevista original.

La devolución a la institución, tal como fue solicitado por sus directivos, se realizó a través de la entrega de una copia del presente documento. Las y los jóvenes que formaron parte del estudio fueron invitados a un taller, en el que les presentamos los principales resultados y conclusiones. Dado que pasaron aproximadamente dos años entre los grupos focales y esta nueva reunión, no fue fácil contactarlos. No obstante, asistieron 12 jóvenes (6 mujeres y 6 hombres). El taller tuvo una duración de una hora y media, tiempo en el que, de una manera lúdica, promovimos la discusión con base en nuestras inferencias, lo que nos permitió contar con su retroalimentación, para contrastar, confirmar y/o enriquecer nuestras hipótesis<sup>7</sup>. En el apéndice D se muestra un resumen de los temas abordados.

## **6.6. Plan de análisis de la información**

El análisis de la información comenzó con la reunión que sostuvimos coordinadora y observador una vez finalizado cada grupo. En ella comentábamos nuestras primeras impresiones, precisando los temas protagónicos del discurso de las y los jóvenes y generando las primeras hipótesis, que más tarde discutimos a partir de la revisión del material. Posteriormente, en la

---

<sup>7</sup> La opinión de los jóvenes se presenta en la discusión.

transcripción de las grabaciones, se incorporaron las notas tomadas *in situ* y las apreciaciones sobre la conducta no verbal.

Si bien el foco de nuestro análisis estuvo en el contenido manifiesto y latente de los relatos, nos pareció pertinente tomar en cuenta las dinámicas y la evolución del proceso grupal, tal como propone Flick (2014). Esto nos dio un buen contexto para hacer una lectura comprensiva del material emergente. La estrategia de análisis se basó en la interpretación de significados propuesta por Kvale, entendida como un esfuerzo por “concebir estructuras y relaciones de significado que no son aparentes de modo inmediato en un texto” (Kvale, 2011, p. 142). De esta manera y basándonos en un marco referencial psicoanalítico, fuimos construyendo distintas interpretaciones de los relatos.

La reunión de devolución que sostuvimos con los participantes, también formó parte del plan de análisis, en tanto integramos sus comentarios a la versión final de este trabajo.

### **6.7. Consideraciones éticas**

Todos los participantes del estudio contaban con el consentimiento de sus padres y lo hicieron voluntariamente, habiendo recibido la información pertinente y firmado la carta de asentimiento. Se les explicó que sus relatos se manejarán resguardando la confidencialidad y el anonimato. Así como también en la consigna de apertura de cada grupo se hizo especial énfasis en que lo conversado en el grupo no se comenta fuera de él.

Si bien este proyecto no tuvo la intención de realizar una intervención con las y los jóvenes, estamos conscientes que hablar de sexualidad, específicamente con este grupo etario, representa un tema sensible que puede despertar ciertas inquietudes y ansiedades. Tomando en cuenta este hecho, ofrecimos a los participantes nuestros correos electrónicos, dejando abierta la posibilidad de que nos contactaran, si lo consideraban necesario. También, en cada grupo



estuvimos especialmente atentos para identificar si algún asistente requería contención especial o algún tipo de seguimiento. Sin embargo, todos los grupos se realizaron en un ambiente tranquilo y no identificamos ninguna situación que haya requerido algún tipo de abordaje distinto.

Por último, pensamos que la devolución realizada a los participantes, además de ser un cierre necesario para el proceso de investigación, forma parte de nuestro deber ético con quienes desinteresadamente compartieron sus historias con nosotros.

## 7. Resultados

Para organizar la presentación de los resultados de nuestro estudio, dividimos el análisis de la información recabada en tres temáticas centrales que emergieron en los grupos, en función de los objetivos propuestos. En este esfuerzo, pretendemos rescatar las voces de las y los jóvenes para luego poder ir articulando sus relatos con nuestras interpretaciones, apoyándonos en lo que la teoría psicoanalítica nos dice al respecto y/o refutando los elementos que nos parecen discordantes con ella. En consecuencia, hemos nombrado cada apartado pidiéndoles prestadas algunas de las palabras que utilizaron en los grupos, eligiendo las que nos han parecido más ilustrativas de sus experiencias. Veremos entonces a continuación:

- Mi cuerpo me saca de onda: una nueva corporalidad.
- Candados versus llaves maestras: el camino a la sexualidad genital
- Menarquia y espermaquia: un cuerpo potencialmente fértil

### 7.1. Mi cuerpo me saca de onda: la nueva corporalidad

Lo primero que surge al hablar de pubertad en los grupos de jóvenes es la idea de cambio y transformación, referida principalmente al cuerpo. Estos cambios son experimentados como algo repentino y sorpresivo, de lo que no les resulta tan fácil hablar. Por lo mismo, cuando les proponemos profundizar específicamente en la manera que han experimentado las transformaciones corporales, suelen entrecruzar miradas expectantes y reírse. Nos parece que con esos gestos están comunicando algo de estas metamorfosis que los desencaja o que, en sus palabras, los “saca de onda”. Es una sensación que hombres y mujeres comparten y que, según nos dan a entender, conocen muy de cerca.

Les es difícil poner en palabras lo que más descoloca y, entre carcajadas, aluden al crecimiento de los órganos sexuales, pero sin atreverse a nombrarlos. En su lugar, hablan de las “cosas personales” o “el crecimiento de las partes que tienen que madurar”. Percibimos cierto pudor en estos temas, como si el hecho de nombrar los pechos, las caderas y el pene implicara revelar algo secreto. Se nos ocurre que, ante la angustia, las palabras van perdiendo su valor simbolizante y pasan de representar a concretamente ser aquella zona del cuerpo. Entonces, hablar de pene y pechos equivaldría a exhibirlos ante el grupo.

Por más que en la escuela y en sus hogares les han dado información respecto de la pubertad, aquello que aprendieron no necesariamente corresponde con lo que experimentan con carácter de repentino, desconocido y amenazante. En sus voces, así lo escuchamos:

“De un día para otro, por ejemplo en el caso de los hombres, que te vaya cambiando la voz es... vas hablando y de repente [imita sonido de gallito] y en ese momento es muy vergonzoso, en algunas ocasiones [risas]” (Hombre).

“Un día estas bien y otro día, no sé, ya tienes, por ejemplo, en el caso de la mujeres, tienes que traer corpiño y, bueno [ríe]... eso es lo que opino, ¡pues ya! Entones son cambios muy raros” (Mujer).

Esta idea, de que los cambios ocurren de un día para otro, nos hace pensar que concretamente se encuentran con *un extraño en el espejo*, parafraseando a Silvia Tubert (2000). Dicho extrañamiento podría llevar incluso, momentáneamente, a sensaciones de despersonalización, que representarían un esfuerzo defensivo para desconocer que es el propio cuerpo el que está cambiando (Aberastury et al., 1973). De esta forma, a ratos parecen espectadores de dichas transformaciones, puesto que el cuerpo evidencia que están creciendo, lo que no corresponde, necesariamente con su vivencia emocional. Es este el desfase que se refleja

con la irrupción de la naturaleza biológica-erógena (Jeammet, 2002), en un momento en el que aún se sienten niños y niñas. Tal como afirma Gutton (1993), lo pasional adulto irrumpe en el mundo infantil, alterando la “placidez” de la latencia e imponiendo un nuevo código que no es fácil de descifrar.

Si bien las transformaciones corporales son lo más visible con lo que tienen que lidiar, otro motivo de preocupación es el impacto que tienen en su afectividad. Todo esto es experimentado como algo gatillado desde el exterior, a partir de una “guerra de hormonas”, comentan. Es decir, el motor de las metamorfosis estaría dado por algo que sucede en el cuerpo, pero en un cuerpo que, en un comienzo no les es propio, razón por la cual tampoco están cómodos y cómodas con lo que sienten. Lo escuchamos de esta manera en la opinión de dos participantes:

“A mí no me gusta [la pubertad]... bueno es que a veces, no sé, cambio de ánimo o a veces me enojo por cualquier cosa o luego estoy muy triste o cualquier cosa o estoy aburrída, por eso digo que no me gusta” (Mujer).

“A mí no me gustan [los cambios de ánimo], porque de por sí yo soy muy enojón, entonces cualquier cosa que me provoquen en mi casa o en la calle, así como que quiero matar a alguien y pues no me gusta eso. Y luego, además de estar triste o la presión de la escuela como que me pone más estresado y ¡no! no es bonito” (Hombre).

Vemos aquí por un lado, que el malestar que despierta la pubertad se relaciona con un aumento de la intensidad de las emociones, que resulta incomprensible e incontrolable. Los cambios de humor perturban en tanto están fuera del ámbito de lo razonable y al igual que las transformaciones del cuerpo, se viven como algo sobre lo cual no se tiene ninguna injerencia. Por otro lado, el malestar está asociado a la emergencia de los impulsos, específicamente los

agresivos. Tal vez, la idea de querer matar a alguien, enunciada en la segunda viñeta, no es más que una hipérbole de cuán fuerte se experimenta la agresión y la excitación. Y es que, tal como plantea Winnicott (1971/1979) “en la fantasía inconsciente, el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo” (p. 186) que, en la pubertad, lleva consigo la idea de muerte y de triunfo personal, sobre las figuras de autoridad. Es decir, es necesario derribar simbólicamente a los padres para poder ocupar su lugar. Por lo mismo, la palabra *guerra* es muy gráfica de sus vivencias, puesto que alude a enfrentamiento, confrontación y violencia, todo lo cual les resulta confuso y angustioso.

En esta misma línea, interpretamos la guerra de hormonas como la irrupción de los impulsos que luchan con su contraparte, es decir, contra los esfuerzos desplegados para controlarlos. Un ejemplo de ello lo vemos cuando surgen explicaciones teórico-científicas de la pubertad en el grupo, apegadas a lo aprendido en la escuela. Dichas explicaciones los ayudan a tomar distancia de la vivencia subjetiva y de la angustia asociada al caos y desorden que experimentan. Ante la pregunta de qué significaría la guerra de hormonas, un joven responde:

“Desprendimiento... bueno vamos, las glándulas estas internas del cuerpo. El sistema endocrino empieza a arrancar, a funcionar, empieza a liberar hormonas, lo cual termina haciendo cambios físicos, mentales, emocionales. Toma muchos aspectos”.

El lenguaje técnico de este relato nos hace pensar en el uso de la intelectualización, descrita por Anna Freud (1961) como estrategia defensiva característica de la adolescencia. Siguiendo a esta autora, el recurso intelectual serviría para hacer más manejable lo pulsional, asociándolo “con representaciones accesibles a la conciencia” (p. 179).

Otro esfuerzo por tomar distancia para referirse a las transformaciones puberales, lo vemos cuando definen la pubertad como “un cambio físico en una persona”, ubicando el

fenómeno en un tercero, sin implicarse personalmente. Es importante precisar que tanto las teorizaciones, como la descripción lejana suelen aparecer en los comienzos de las reuniones. Las voces más espontáneas y cercanas a sus propias vivencias van apareciendo poco a poco, en la medida en que se va construyendo un clima de mayor intimidad y complicidad.

Los hombres ponen el acento en que la pubertad es también “tal vez locura y rebeldía”, frase que condensa varios significados posibles. En primer lugar, la alusión a la locura nos hace pensar en una experiencia caótica, confusa y angustiada, ligada a la vivencia de perder el control. Junto con esto, la locura implica una sensación de extrañeza, de estar perdido frente al mundo y de desconocerse a sí mismo. Es decir, tal como comentamos anteriormente, las metamorfosis puberales los descolocan y, en cierto sentido, el propio cuerpo es visto con distancia, como un objeto extraño que se modifica, sin que puedan ejercer control sobre él.

Por otra parte, pero muy relacionado con lo anterior, la rebeldía a la que hacen mención tendría que ver además con la sensación de desorden, pero en la línea de aquello que ellos sí pueden manejar. Desafiar la autoridad de los otros, finalmente, es un acto de la voluntad y libertad, que implica manifestar el descontento y oponerse a las presiones que pueden sentir para que actúen de determinada manera. Esta rebeldía es posible por lo que ellos llaman “un cambio en la manera de pensar”, que los invita a adoptar un pensamiento más crítico frente a lo que hasta ahora han aprendido. También es cierto que la palabra rebeldía está claramente inscrita en el discurso social cuando se habla de adolescencia y juventud, por lo que puede ser que recurrir a ella sea parte de apegarse a lo conocido, ante el desafío de hablar de sus propias experiencias.

Llama la atención el “tal vez” que antecede a “locura y rebeldía”, el que vemos como un esfuerzo por relativizar las sensaciones de desconcierto y angustia que acompañarían este proceso. El uso de este adverbio plantea la duda en relación a una posible manera de estar

experimentando las metamorfosis puberales, pero que no sería la única. En este sentido, si bien se deja ver el aspecto confuso, aunque los chicos no profundicen demasiado en él, igualmente se reconocen aquellas cosas que se ganan en este momento vital, tales como el contar con más autonomía y libertad para escoger, idea que retomaremos más adelante.

El discurso de las mujeres es bastante coincidente con el de los hombres, en relación con lo sorprendente de las transformaciones puberales. Afirman que “la pubertad es algo raro”, en tanto involucra el devenir de muchos cambios que alteran la noción que hasta ahora han construido de sí. Por un lado, están los cambios corporales, y por otro, las sensaciones y emociones nuevas que se van experimentando a propósito de ellos. Así lo verbaliza una de las participantes:

“Son como que muchas cosas que se juntan y pues no sé, no sabes cómo enfrentar las situaciones o a veces parece raro lo que te está pasando y dirás si esto ¿pasa con todos o nada más contigo?”

La dificultad que plantean tiene que ver con cómo hacer frente a las nuevas experiencias que a ratos las hacen sentirse únicas, solas y “raras”. La sensación de extrañeza está muy ligada a sentirse diferentes de sus pares, principalmente porque reconocen que cada una crece a un ritmo distinto. Es decir, el hecho de desarrollarse más temprano o más tardíamente, es algo que las “asusta”, según comentan. Vemos que el temor radica en que ser demasiado distinta sería equivalente para ellas a estar completamente solas. Por ello, en la medida que constatan que algunas de sus pares están atravesando procesos similares, se sienten más acompañadas y los viven con más tranquilidad. Esto resulta muy relevante, ya que para las niñas del grupo es fundamental contar con el apoyo de figuras femeninas, que pueden ser las amigas, las hermanas o/y la madre, que contengan y contribuyan a dar sentido a estos procesos. Y así y todo, “te sientes sola, aunque todos te apoyen”, advierten.

Así mismo, aparece la necesidad de amortiguar este sentimiento de extrañeza, como nos dice Tubert (2000), con la idea de que es una etapa “normal (...) un momento de la vida por el que todos pasamos”. Al mismo tiempo, en el momento en que invitamos a los chicos a hablar más directamente de sus experiencias, tienden a mantenerse en silencio y tardan en responder. Luego, a pesar de que fueron ellos los que introdujeron la idea de cambio al hablar de pubertad, intentan minimizar o francamente negar el impacto del que dieron cuenta inicialmente. De esta forma nos lo transmiten:

“Yo me siento igual (...) Cuando estoy con mi mamá y ella me dice que ya no soy chiquito, ahí como que me doy cuenta”.

En este relato, es la mirada de la madre la que notifica del cambio en la configuración corporal y le permite al joven percatarse de lo nuevo en su identidad. Para Winnicott (1971/1979), el rostro de la madre es el “precursor del espejo” que hace posible que el bebé acceda a una primera imagen unificada de sí. Ante las metamorfosis puberales la mirada materna (paterna y del ambiente) recobraría su función integradora, en tanto brinda la posibilidad de reconocerse como individuo en un momento de transformaciones, en el que, siguiendo a Ayran (2003) el peso de lo somático se impone nuevamente. Es decir, se constituye en un pilar fundamental en la reorganización de la imagen corporal y la identidad personal.

Junto con esto, quienes advierten sus transformaciones se lo hacen saber también, demandando nuevas obligaciones que suelen acompañarse de más libertades, tal como lo mencionan:

“Pues yo no lo he sentido mucho [la pubertad], bueno no lo he sentido así tan drásticamente el cambio, sólo que anteriormente pues sí... como dice él, son más responsabilidades las que tienes ahora, tenemos más libertad de pensamiento y de hacer



lo que queramos sin pedirle permiso a nuestros padres...podemos tener normas diferentes de nuestra infancia...”

“Yo no he sentido mucho el cambio, nada más así que el crecimiento y las responsabilidades que nos dan, las responsabilidades extra...”

Este énfasis en las responsabilidades da cuenta de la transformación que viven como seres sociales y en las relaciones con otros. Sin embargo, persiste la afirmación de que se sienten igual y de que sin la intervención de terceros, no notarían sus cambios. Esta idea contrasta con lo que en un comienzo de la reunión describieron como abrupto, repentino o “al toque”, en referencia a lo que se ha modificado en ellos. Podemos entender esta aparente contradicción, tanto en los hombres como en las mujeres, como un esfuerzo defensivo para dar continuidad a su experiencia en el contexto de transformación que las y los envuelve. También lo vemos como una evidencia más de que son diversas las sensaciones que despiertan las metamorfosis puberales, por lo que no es extraño que convivan incluso aquellas que pueden parecer opuestas.

Si pensamos que la emergencia de los cambios puberales amenaza la continuidad del yo, en tanto impone una diferencia en aspectos centrales para la identidad, como lo son la corporalidad, la afectividad y el pensamiento. Entonces, podrían despertarse fuertes fantasías de aniquilación (o destrucción de sí) con su correspondiente componente angustioso, ante lo cual se hace necesario recobrar un elemento identitario de continuidad y mismidad. Es decir, hay algo que cambia en ellos y ellas, pero también hay algo que permanece y que, desde nuestra perspectiva, es lo que les permite constatar lo que está en movimiento y se transforma.

Tal como lo anunciamos con anterioridad, resulta relevante que en los relatos presentados, son otros (habitualmente los adultos cercanos) los que, en primera instancia, se dan cuenta de sus transformaciones y se las hacen saber. Es como si los padres y madres les

anunciaran que están creciendo, ya sea directamente a través de algún comentario respecto a su desarrollo, o indirectamente, en la medida en que van modificando la manera de relacionarse con sus hijos y les asignan nuevas responsabilidades.

La mayoría de las veces, el reconocimiento que hacen los adultos de que han crecido los llena de orgullo. Por ejemplo, cuando les comentan que están “más fornidos”, musculosos, con vellos y “ya te sientes todo un hombre”, señalan. Como si en esta transformación se estuviera jugando su virilidad, la que se reafirma cuando hay un desarrollo esperado. Esto se relaciona con que en el logro de la masculinidad, el hombre no sólo debe trabajar para adquirirla, sino también debe sostenerla ante la sociedad, hecho en lo que radica la importancia de que sus cambios sean visibles (Bleichmar, 2006).

Así mismo, en el discurso de los chicos de los grupos hay un énfasis en el crecimiento corporal, el aumento de la masa muscular y la fuerza física. Estos cambios cuantitativos del cuerpo brindan nuevas posibilidades y gratificaciones tales como obtener logros deportivos o “aprender a manejar”, dicen. Aunque ellos se refieren a conducir un coche, nosotros pensamos que, en otro nivel, esta frase también hace alusión a una mayor capacidad de manejar sus vidas. De esta forma, valoran el sentirse más autónomos y responsables de sí mismos.

Constatamos también que existe entre los participantes de los grupos, una preocupación por su nueva apariencia y un especial cuidado por su cuerpo. Es interesante que los cambios que, en un principio son anunciados por otros, se hagan más visibles para ellos cuando se comparan con sus pares. Así lo plantean:

“Pues sí [noto que he cambiado] más que nada el crecimiento, porque ahorita veo a los de iniciación y digo ‘¿cómo es que veíamos a los de tercero tan altos, si no es tanto lo que nos llevaban?’ y me sorprende cómo están chiquitos, chiquitos [los de iniciación]”.

“Y pensar que una vez también nos vimos así, no pues si se ven cambios cuando estás del otro lado y ves bien y dices ‘a poco así estuvimos’. Entonces se ve el cambio”.

La referencia a otros les ofrece un punto de comparación que les permite tomar más conciencia de las nuevas características de su corporalidad. Además, en la medida en que están más grandes, los padres también se ofrecen como figuras de comparación, tal como lo mencionan estos dos chicos:

“Pues antes veías a tus padres muy grandes y ahora los ves chiquitos, de tu tamaño, entonces eso es lo que más se ve del crecimiento”.

“Pues sí. Ahora como dicen ellos [los demás miembros del grupo] ya veo a mis papás y los veo chiquitos, antes los veía yo, decía ‘ellos están altos’ ahora ¡yo soy más grande que ellos!”.

Llama la atención la idea de que lo que más se ve del crecimiento es que ya son del tamaño de sus padres o incluso más grandes que ellos. Percibimos cierto goce en estos relatos, al mismo tiempo que nos están dando cuenta de una sensación de triunfo que, siguiendo a Winnicott (1971/1979), sería constitutiva del proceso de maduración para llegar a convertirse en adulto. Su nueva corporalidad los dota de los recursos necesarios para competir en igualdad de condiciones con sus padres, hecho que los enorgullece enormemente. Asimismo, aquello que es motivo de presunción ante los hombres, pareciera incomodar frente a las mujeres, principalmente frente a la madre, tal como escuchamos:

“Pues en mi caso me da pena, no entiendo por qué pero.... por ejemplo una vez, no sé.... ‘hola’ [levanta el brazo saludando y se mira la axila, aludiendo a la sorpresa de ver los vellos] y cuando estoy más cerca y voy a nadar, voy así [junta los brazos a su cuerpo, en actitud de ocultar el vello axilar] porque no me gusta, no me siento bien. Claro si estoy

entre [mira alrededor, como diciendo 'si estoy entre amigos`] ya no tanto, pero si está mi mamá o mi hermana, no sé, me siento incómodo.

Lo primero que destacamos de esta viñeta es la gran cantidad de lenguaje no verbal, que entendemos como un recurso para transmitir aquello que aún no accede a la palabra. Es por esto que Pavlovsky (1973) nos advierte que atender a la comunicación no verbal de los adolescentes es fundamental para poder explorar la gran gama de significados y motivaciones relacionadas con sus vivencias. Así, van dejando entrever cierto nivel de desorganización y de angustia que emerge en medio de las transformaciones corporales y que sentará las bases para el trabajo elaborativo, tal como lo entiende Laplanche (1988). Es decir, si bien la angustia en un comienzo sería una descarga energética pura, irá adquiriendo sentido en la medida en que se le va reconociendo como afecto y, como veremos más adelante en el grupo, se le nombra. De esta forma, poco a poco las y los jóvenes, van significando sus experiencias puberales.

Junto con lo anterior, del relato inferimos que aquello que hace que los chicos se sientan triunfales ante el padre es también lo que los avergüenza en presencia de la madre. Pareciera que, el hecho gozoso de reconocerse y mostrarse como un hombre potente, que cuenta ahora con la posibilidad real de ocupar el lugar del padre, se constituye en una potencial amenaza en la relación con la madre. Entonces, podemos entender la "pena" incomprensible para ellos, como el dique psíquico que surge para contener el componente exhibicionista de la pulsión, ante la regulación socio-cultural, y por ende psíquica, que prohíbe el incesto (Freud 1905/1984).

Si bien los hombres refieren no tener conciencia de sus cambios hasta que otros se los anuncian, las mujeres comentan que para ellas las transformaciones corporales resultan mucho más evidentes. Es a propósito de esto que afirman (apoyadas por los hombres) que sus cambios corporales y experiencias son mucho más complejas. Distinguen y mencionan dos hitos

fundamentales: la menstruación (que abordaremos en siguientes apartados) y el desarrollo del busto, acontecimientos que cobran bastante protagonismo en sus relatos. Junto con ser lo más visible de los cambios en el cuerpo, el crecimiento de los pechos despierta en ellas sentimientos encontrados. En un comienzo puede haber una tendencia a ocultarlos, pero son también un motivo de orgullo y de vanidad.

El tamaño alcanzado por los pechos es un tema relevante para ellas y tiene alta injerencia en la valoración que dan a su imagen corporal. Refieren que se constituye en un motivo de orgullo, al igual que para los hombres lo es el porte de su pene, precisan. En relación a lo positivo de tener pechos grandes, comentan:

“A veces nos ayuda a sentirnos más, este...contentas ¿no?, con más...autoestima, ¡autoestima!”.

“Bueno, aparte porque hay playeras que te gustan y si no las llenas sientes que ‘ay’ [risas] como un año más para llenarla o cuando hay algunas que te quedan muy apretadas y dices ‘¡ay, malditas!’ [Aludiendo a los pechos]”.

Estas viñetas se refieren al aspecto estético, de verse y sentirse más lindas y, en cierto sentido, más mujeres. Agregan que el hecho de tener pechos grandes les permite recibir más atención de los chicos, lo que es muy gratificante para ellas y para su autoestima. Tanto así, que algunas confiesan que hacen trucos para que sus pechos se vean más grandes de lo que son.

Ante los chicos, este tema las hace ser objeto de admiración y también de burlas. Reciben apodosos si tienen pechos grandes o si son muy pequeños, por ejemplo, les dicen: “Heidi, la chica de las montañas”, “la chichistosa” (aludiendo a las chichis, una forma de llamar a los pechos en México) o, en el caso de las menos desarrolladas, “tabla”. Aunque protestan por la inmadurez de

los muchachos, celebran la imaginación que tienen para inventar estos apodos y se ríen junto con ellos.

Los pechos y su tamaño no sólo son importantes desde un punto de vista estético, sino que también les permiten constatar “que ya no eres una niña”, comenta una de las participantes. Y es que, en concordancia con lo planteado por Notman (2003), ellas reconocen que esta nueva parte del cuerpo rompe la continuidad con la identidad y la experiencia infantil. Sin embargo, más que asociar este evento a un símbolo de fertilidad como propone esta autora, para ellas los pechos son un símbolo de seducción y de que han adquirido una fisonomía similar a la de una mujer adulta. Aunque, “un poco más grande, tampoco tan mujer”, advierte otra de las chicas, dejando entrever una vez más la ambivalencia ante el crecimiento. Así las escuchamos hablar de sus transformaciones corporales:

“Bueno sí, antes que nada, tú eres la primera que se da cuenta [que el cuerpo cambia] entonces dices: ‘bueno, me están creciendo los pechos todos me van a ver, ¡todos me ven!’. Me voy por allá y me miran, voy por acá y me miran y eso también, sientes como una sensación de miradas como muy ...”

“Pues para mí sí fue algo incómodo, sobre todo por los chavos porque cuando me empezaron a crecer los pechos, sí era de que mirada tras mirada, hablaban de mí y pues era muy incómodo que estuvieran haciendo eso...”

En estos relatos vemos que ante la evidencia de que el cuerpo está cambiando, el principal referente es la mirada externa, sin tomar contacto con lo que las metamorfosis puberales representan para ellas. La autorreferencia excesiva presente en la idea de que todos las miran, la interpretamos como una proyección de las ansiedades y preocupaciones respecto de que su cuerpo consiga el atractivo esperado. Esto es, que se ajuste a los cánones de belleza

construidos socialmente y que en la actualidad remiten tanto a un ideal de delgadez (Le Breton, 2014), en el que se desdibujan las singularidades y las diferencias entre sexos (Sternbach, 2006), como a una idealización de los pechos. Para estos autores, la significación de los cambios corporales de la pubertad se inscribe en un discurso social que hoy sobrevalora la dimensión estética del cuerpo, hecho que se hace muy evidente en los relatos de las jóvenes de los grupos.

Asimismo, la intensidad que ponen en la idea de que “todos” las miran y están pendientes de sus transformaciones, nos parece que puede dar cuenta del conflicto, también presente en los jóvenes, entre develar y ocultar. Es decir, entre el goce por exhibir sus nuevos atributos y el pudor de reconocerse y mostrarse como portadoras de un cuerpo y una sexualidad femenina, aceptando que han dejado de ser niñas. Dicho conflicto nos permitiría comprender la aparente contradicción entre el goce que describen ante la mirada masculina y el disgusto que reportan al sentir que sus cambios corporales son los que las promueven. De esta forma nos plantean que hay miradas que las halagan y otras que las ofenden. Las primeras, comenta una de las chicas:

“Te hacen sentir importante. Te hacen sentir la más bonita de todas. Cuando se te quedan viendo es ‘¡ay, qué lindo!’ , te da pena, pero al mismo tiempo te sientes bien”.

Por otro lado, estarían las miradas ofensivas o que ellas llaman “morbosas”, que no resultan tan fáciles de describir. Cuando les preguntamos por qué es molesto que los chicos las miren y que les hagan saber que son atractivas, responden así:

Participante1: “Bueno no me molesta, sino que me da pena. (...) Es que no es que los chicos lo toman a...”

Participante2: [Interrumpe] “¡Burla!” [Quiere decir que se burlan]

Participante 1: [Continúa su relato]”...cumplir, haciendo cumplidos o algo, sino que es el morbo, no lo dicen en el buen sentido, o sea todos, bueno, la mayoría...Sin ofender [dirige la mirada hacia el observador del grupo que es hombre]”

Participante 3: “¡Sí, son todos!” [Risas]

Participante 1: “Sí, se siente raro porque ya todos tienen el morbo y también, por otra parte pues, como que te hacen sentir importante [ríe], no sé”.

Participante 4: “Es que a veces no lo hacen para molestarte, es que a veces sí les gustas o algo así, pero te da como pena hablarle cuando ya sabes que le gustas”.

Lo primero que aparece en la conversación es la “pena”, la vergüenza o pudor de capturar la atención de un chico, sensación que pensamos se relaciona con la complejidad de las vivencias que despiertan las metamorfosis puberales. Tal como plantea Jeammet (1992), este cuerpo revela una sexualización de la cual aún no han podido apropiarse ni habitar. Representa una sensualidad capaz de despertar el deseo de otros, pero aún bastante desconocida para ellas. De alguna manera, esto también nos permite entender que califiquen de morbosas, sucias y ofensivas las miradas que hacen explícito el deseo sexual de otro y, a su vez, el propio.

Junto con lo anterior, creemos que un segundo elemento que contribuye a esta complejidad, es el nivel de sobre exposición del cuerpo de la mujer en nuestras sociedades. A partir de ello, se ha construido una imagen del mismo como objeto despersonalizado u objeto de consumo (Le Breton, 2014), que en ocasiones es transmitida por ciertas miradas masculinas. Tal vez, es a eso lo que se refieren cuando mencionan que los hombres no siempre les dicen cosas en “en el buen sentido”. Es decir, muchas veces la intencionalidad de los comentarios de sus compañeros no pasa por complacerlas, sino más bien ellas perciben, que son únicamente la



expresión de la excitación que les despierta contemplar alguno de sus atributos físicos. Así explica una de las participantes las diferencias:

“Es que es diferente porque, cuando te gusta alguien y recibes atención de él es bonito [risas], pero cuando los niños te hablan y te dicen ‘hola’ [hace un gesto como aludiendo a que sólo le miran los pechos] [risa grupal]... ‘¡Oye, mi cara está acá!’ Es raro, pero cuando lo hace el niño que te gusta es como ‘ayyy’ [risas]. Es diferente, en ese sentido”

Nuevamente esta alusión al “sentido” nos habla de la motivación que atribuyen al acercamiento masculino, distinguiendo las miradas que las hacen sentir valoradas de aquellas que las reducen a fragmentos corporales. Esto lo vemos aún más claro cuando se refieren a cómo experimentan los comentarios que reciben de desconocidos en lugares públicos, con relación a su cuerpo:

“Por ejemplo, cuando vas en la calle y los señores morbosos se te quedan viendo [risa y asentimiento grupal]. La otra vez iba caminando e iba un taxi y ‘¿quieres taxi?’ [Le preguntó el taxista en tono seductor] y yo ‘¡No!’. Eso es incómodo, eso es molesto.

Cuando alguien de tu edad te lo dice es bonito, pero cuando alguien más grande por casi 40 años, es muy molesto. Es como ‘¡Ay, maldito cerdo!’ [Risas]”.

Independientemente de las risas que acompañan el relato, logramos percatarnos de que estas situaciones despiertan angustia, rabia e impotencia en ellas. Pensamos que viven dichas interacciones como una irrupción violenta, porque suelen producirse en un contexto de desubjetivación, en el que el otro impone su deseo, sin considerar el de las jóvenes (Jeammet, 2002). Por otro lado, también la mirada seductora de un adulto las incomoda, en tanto remite a lo edípico y a lo incestuoso, transformado ahora en una posibilidad real.

Los participantes hombres empatizan con las mujeres en este punto, llegando a afirmar que las chicas pasan por cosas más difíciles que ellos durante la pubertad, específicamente en relación a los cambios corporales. Así lo comenta uno de ellos:

“(…) una mujer por ejemplo, como se va desarrollando más rápido, por ejemplo, en un transporte público es más probable que a ellas las acosen que a un hombre. Eso es más molesto para una mujer que para los hombres (…) hay cada pervertido que se les queda viendo o les chifla o no sé qué y eso también es incómodo para ellas (…) Yo no entiendo cómo lo aguantan, porque están así en el camión y que les digan, no sé, “estás muy buena” o algo así [risas] y tu así de ¿qué onda?, ¿qué les pasa? No eso así, como que no!” (Hombre).

De esta manera, van confirmando la idea de que el cuerpo de la mujer está más expuesto, lo que contribuye a que vivan con mayor incomodidad sus transformaciones. Si bien reconocen que hay aspectos que no son gratos para ellos de la pubertad, tales como la aparición de granos en la cara, la sudoración y el cambio de voz, se adhieren con firmeza a la premisa de que para las mujeres todo es peor. Tal vez mantener esta posición les sirve para no tomar contacto con aquello que los impacta, moviliza y angustia de los procesos puberales masculinos, proyectando sus ansiedades y temores en sus compañeras del sexo femenino.

Así como lo vimos en los hombres, para las chicas sus pares son un punto de referencia y de comparación constante, y en todo este proceso de cambio pueden constituirse en una fuente de reafirmación y/o de inseguridad. De acuerdo con Sternbach “la relación con el cuerpo propio es inseparable de la relación con los otros” (2006, p. 70), lo que cobra especial sentido en la adolescencia, al momento de construir y valorar una nueva imagen corporal. Ellas no sólo están muy atentas a cómo las miran los demás, sino también están focalizadas en cómo se ven en

comparación con sus compañeras y con los estándares de belleza predominantes. Así por ejemplo, la mayoría de las participantes respondió que se sienten “mal” con su cuerpo, porque no es tan delgado ni esbelto como quisieran, tal como se desprende de la siguiente cita:

“... bueno, yo me siento mal porque me gustaría ser, no me gustaría ser como soy, me gustaría ser diferente... Delgada [ríe]. No sé, como mis primas que son rubias. Soy la única que no soy rubia de mi familia [risas]. Yo soy la mexicana de mi familia, las otras son extranjeras [risas]”.

El hecho de percibirse distinta al grupo de referencia la hace sentir insegura y tal vez ahora es ella (la chica el relato) la que se aprecia como extranjera, a partir de los cambios que está experimentando. La inconformidad con la autoimagen puede entenderse como parte de este proceso de transformación, en el que no es fácil apropiarse de las novedades del cuerpo. Ahora bien, es probable que este descontento también esté influenciado porque su imagen corporal es discordante con lo que propone la sociedad de consumo como modelo de belleza: mujeres esbeltas y, en su mayoría, de tez clara. Esta distancia entre la imagen deseada y la representación de la “real” puede incrementarse para ella en estos momentos, dado el aumento natural de la constitución de grasa que conlleva la pubertad en las mujeres.

Asimismo, las y los participantes de este estudio van generando algunas hipótesis para explicar la conflictiva relación que las mujeres tendrían con su cuerpo. Para hacerlo, recurren a los estereotipos de belleza femenina predominantes, los cuales exigirían un cuerpo extra delgado, imponiendo un ideal único. A diferencia de aquello, según sus reflexiones, los hombres no se regirían por un único estereotipo, lo que les da más libertad y diversidad de modelos a seguir. De esta manera lo expresan:

“Pues yo creo que son por los prototipos sociales, decir que una mujer perfecta [hace señas de comillas con los dedos] en la televisión dicen que una mujer debe ser flaquita y 90-60-90, no sé qué, [risas] y los hombres, bueno, a veces hay dos prototipos: el hombre gordo que nunca hace nada [risas] o el típico flaco” (Hombre).

Si bien esta afirmación alude a que los hombres no están tan claramente limitados por un ideal de belleza masculino, en este estudio pudimos constatar lo hegemónica que es para ellos la fortaleza y fuerza física. Es decir, aunque no lo reconozcan explícitamente, el ideal de un cuerpo fornido, ágil y potente está implícito en sus relatos, tal como lo comentamos con anterioridad. Junto con esto, ellos transmiten una preocupación importante por la imagen que proyectan y por cómo son vistos por otros, la que atribuyen a un aumento del sentido del ridículo, arrastrado por la madurez alcanzada.

Las transformaciones corporales van demandando también un cambio en la manera de relacionarse, no sólo con el propio cuerpo, sino también con quienes las y los rodean. Necesariamente, la nueva condición erótica impulsa a lo que Moguillansky (2014) denomina, una verdadera metamorfosis vincular, que ubica a los padres y al grupo de pares en un lugar muy distinto al que ocupaban en la infancia. Con la pubertad y todo lo que se moviliza, las y los jóvenes acceden a un nuevo tipo de pensamiento, de experiencias y saberes, que generan un quiebre de la creencia en la omnisciencia parental, característica en la niñez. A su vez, en medio de la incertidumbre que despiertan estos movimientos, persiste la necesidad de mantener dicha creencia y no perder la ilusión. Ante el conflicto entre ambas tendencias, se complejizan las relaciones, tal como escuchamos en el relato de una de las chicas:

“[es un problema] porque se te empiezan a complicar más las relaciones. Con los papás, porque ya eres mayor, pero sientes que eres mayor y a la vez menor. No sé [ríe], te

regañan por cualquier cosa, porque tu mamá piensa que eres más grande y tú te sientes más pequeña... pero cuando te conviene, eres más grande”.

La respuesta de esta chica nos hace pensar que, en parte, lo complicado tiene que ver con un choque entre las expectativas de los padres al ver que sus hijos e hijas se desarrollan y las ambivalencias que el hecho de crecer despierta en las y los jóvenes. Por un lado, los adultos les transmiten que esperan que las transformaciones físicas de las cuales son testigos, se traduzcan en un comportamiento más comprometido y responsable. Por otro, aunque ellas y ellos se dan cuenta que ya no son niños, suelen confundirse. Así como hay momentos en que se sienten grandes para tener más autonomía y prescindir, en cierto sentido, de la supervisión constante de los adultos, hay instantes en que se vuelven a sentir infantes.

Efectivamente están creciendo, lo notan y disfrutan de los beneficios que ello implica. Principalmente los hombres que se muestran muy orgullosos cuando otros constatan que están “más grandes”, en tanto perciben que se les da más libertad y espacio para ejercer su autonomía. Sin embargo, al mismo tiempo se sienten emocionalmente vulnerables y, al igual que las mujeres, no muy seguros de querer abandonar las ganancias de permanecer en la infancia, al menos en cuanto a tener menos responsabilidades y exigencias.

A las ambivalencias de las y los jóvenes, se suman las ambivalencias y resistencias de los padres ante el crecimiento de sus hijos e hijas. Para Abersatury (1973), esto tendría que ver con el rechazo que desde el mundo adulto existe hacia la “genitalidad y a la libre expresión de la personalidad que surge de ella” (p. 16). Dicha ambivalencia se traduce en que padres y madres mandan mensajes poco claros, respecto a lo que esperan de sus hijos e hijas, tal como lo vemos a continuación:

Participante: “Que a veces te dicen [refiriéndose a los padres] que eres muy grande para algunas cosas y muy pequeño para otras. En algunas te prohíben, porque estás muy grande y luego en otras, por estar muy chiquito. Entonces dices: ‘¿estoy chiquito o estoy grande?’. No entiendo” (Hombre).

Coordinadora: “Y... ¿están chiquitos o están grandes?” [Pregunta en tono de broma].

Participante: [Responde riendo, en medio de una carcajada del grupo] “No sé, me confundí...” (Hombre).

La carcajada grupal y el tono jocoso que predomina en esos instantes, nos hace pensar que hay algo de complicidad entre ellos y que comparten dicha confusión. Por nuestra parte, la pregunta que planteamos es un juego, ya que no esperamos que respondan a esa disyuntiva en estos momentos de sus vidas. En medio de las transformaciones que experimentan, saben que ya no son niños, pero aún no están en condiciones de identificarse con el mundo adulto. Pueden sentirse más grandes, poderosos y con nuevas habilidades, pero a la vez se sienten pequeños, vulnerables y dudosos de poder hacer frente a las nuevas responsabilidades que se les asigna y el cuerpo demanda.

Lo cierto es que tanto para hombres como para mujeres este crecimiento no está exento de ambivalencias, ya que por un lado se desea y valora el nuevo “status” más cercano al mundo adulto, pero por otro lado, también miran con cierta nostalgia algunos aspectos de la infancia. Así lo escuchamos en este chico:

“A mí me recuerda que cuando empezó todo, bueno cuando a mí me pasó la pubertad, me pasaba que yo veía jugar a los niños chiquitos, quería también jugar y entonces [risas], por ejemplo, fuimos a un lugar en donde había juegos y cuando vas creciendo y ya no

puedes entrar así como que te da remordimiento y así de ‘¿Y por qué no me puedo subir?’

No, tampoco está padre<sup>8</sup>” (Hombre).

Este relato alude a la conciencia de que hay algo que se debe dejar ir, que se pierde en el camino hacia el crecimiento, lo que nos remite al duelo por el cuerpo de la infancia, planteado por Aberastury. Sin embargo, ellos nos aclaran que no es el cuerpo lo que se extraña de la infancia, sino “el tiempo”. Precisan que al nuevo cuerpo poco a poco se van acostumbrando, pero lo que realmente sienten que pierden es el tiempo en el que pensaban distinto, tenían menos conciencia del ridículo y les importaba menos el cómo los veían los demás. Junto con esto, existe consenso entre las y los participantes de que estas sensaciones son transitorias, ya que con el tiempo, poco a poco se va asimilando esta nueva corporeidad.

En suma, y volviendo a nuestra pregunta en relación a cómo se sienten estas y estos jóvenes con su nueva corporalidad, diríamos que están sorprendidos. Experimentan los cambios corporales como algo repentino que altera sus vidas y rompe la continuidad de su identidad, concordante con lo que Gutton (1993) describe como una especie de desvinculación temporal entre el yo y el cuerpo. En medio de la diversidad de emociones que acompañan estos procesos, hay también una valoración positiva de las nuevas potencialidades que se abren con el crecimiento corporal, lo que resulta más evidente en los hombres. Tal como concluye Tubert (2000), el énfasis para ellos está puesto en los cambios cuantitativos, es decir en ser portadores de un cuerpo más grande, que los hace sentirse más capaces, autónomos y libres. En cambio las mujeres ponen acento en los cambios cualitativos de un cuerpo que, si bien adquiere nuevas proporciones, dota de cualidades que las hacen cuestionarse su atractivo físico y sentirse más limitadas.

---

<sup>8</sup> En México decir que algo es *padre* equivale a decir que es estupendo (Real Academia Española, 2012)

## **7.2. Candados versus llaves maestras: el camino a la sexualidad genital**

Acceder a la manera en que las y los jóvenes experimentan los cambios en su sexualidad resultó algo más complejo que abordar el tema de la nueva corporalidad. Si bien la asociación entre pubertad y despertar sexual está implícita desde un comienzo en sus discursos, se inhiben al hablar más directamente de sus sensaciones y motivaciones al respecto. También nos damos cuenta que hay diferencias importantes en la forma de referirse al tema de hombres y mujeres. Mientras los hombres comparten sus ideas y vivencias en medio de bromas y risas, las mujeres adoptan una actitud más seria y racional hablando desde lo que saben o conocen a partir de otros, más que de la propia experiencia. Esto que nosotros observamos, es también corroborado con lo que dicen las y los participantes de este estudio.

La puerta de entrada para hablar de sexualidad suele ser las relaciones de noviazgo y el amor de pareja, como uno de los sentimientos nuevos que se experimentan en la adolescencia. En todos los grupos realizados, la interacción entre las y los participantes se hace más fluida cuando comparten sus primeros encuentros y desencuentros amorosos. Sin dejar de utilizar el sentido del humor, reconocen que no siempre lo han pasado bien en este terreno y coinciden en el malestar que experimentan cuando son rechazados o rechazadas por la persona que les atrae. Se escuchan con atención y seriedad, manifestando que a esta edad se sufre mucho cuando el amor no es correspondido, ya que estar o no en algún tipo de relación de pareja es un tema de preocupación recurrente en estos momentos. Y es que, tal como lo plantea Freud (1984/1905), las nuevas características de las que está dotada ahora la sexualidad impulsan la búsqueda de un objeto sexual exogámico, lo que nos permite comprender el apremio por trasladar los deseos libidinales fuera del grupo familiar.



A su vez, con sorpresa y alivio, se dan cuenta que sus experiencias no son únicas, ya que el contexto grupal les ofrece la posibilidad de participar de un juego de identificaciones recíprocas que, en palabras de Aryan y Cossu (2014), favorece el proceso de subjetivación en la adolescencia. Es decir, este espacio de intercambio y la escucha del testimonio de las y los pares, ayuda a “normalizar”, comprender e integrar las propias vivencias.

En términos generales, al hablar de noviazgo suelen referirse a relaciones entre personas de distinto sexo. Sin embargo, un grupo de jóvenes introduce la idea de la homosexualidad con la misma naturalidad que la de la heterosexualidad. Por ejemplo, así nos responden cuando les preguntamos respecto a qué le inquieta de la sexualidad:

“Pues yo creo que sería, no sé, el acto del sexo o tener *novio/novia* o así”.

“Pues como dice él, el tener *novia o novio* y no saber cómo acercarte, supongo que es difícil. Y ahora ¿cómo te acercas?...”

Ellos explican que les parece necesario hablar en términos más generales, ya que no creen que la heterosexualidad sea la única manera de vivir la sexualidad. Incluso tres de los asistentes comentan que tienen amigos que se han definido como homosexuales o bisexuales, razón por la cual afirman que el ser hombre no implica que “a fuerza” todos tengan que sentirse atraídos por una mujer. Creemos que la apertura de este tema se vio facilitada por el hecho de que uno de los asistentes se autodefine homosexual y, aunque no lo había mencionado explícitamente en un comienzo, es muy probable que los demás asistentes contaran con esa información.

Sin embargo, en la medida en que vamos profundizando un poco más en las ideas que ellos tienen respecto a la homosexualidad, se deja entrever que la naturalidad inicial, contrasta con los mensajes que han recibido de sus padres:

“En mi caso, es como muy complicado porque antes de... cuando llegamos a la escuela, mi papá me dijo: ‘si te vuelves... no me acuerdo la palabra [alusiva a homosexual], te lo juro que te mando a una escuela militar’, eso me dijo”.

“Yo pienso que entre padres eso [la homosexualidad] se ve muy mal porque, yo recuerdo que me decía: ‘¡si me sales joto<sup>9</sup>, no sabes cómo te va!’”.

“...yo creo que entre los adultos como que todavía se ve mal, porque vivieron en otra época, pero ya entre nosotros la gran mayoría de los jóvenes ya lo ven como algo normal ¿No?”[Risas].

Escuchándolos, es muy probable que lo “complicado” sea conciliar la voz sancionadora e hipercrítica de los padres hacia la homosexualidad, con las ideas y opiniones que ellos mismos van construyendo, a partir de la experiencia de conocer y compartir con personas homosexuales. En estos momentos, tal como afirma Cartolano (2006), la palabra de los adolescentes no es completamente propia, sino que es una oscilación entre lo que han aprendido de sus padres y sus esfuerzos por disponer de un discurso personal. Debemos considerar también que en este contexto escolar específico, al que pertenecen todos los asistentes del grupo, predomina un mensaje de aceptación y tolerancia a la diversidad, del que estos jóvenes intentan apropiarse. Decimos que intentan, porque aunque repiten en más de una ocasión que viven este tema con gran naturalidad, percibimos una imperiosa necesidad de dejar en claro que ellos son heterosexuales. Como si efectivamente, para ellos, ser heterosexual tuviera un valor distinto a ser homosexual.

Por ejemplo, uno de los chicos hace una especie de parodia de lo que sería preguntarse por la propia orientación sexual, aludiendo a que entre los heterosexuales no suele darse la pregunta: “¿soy gay o soy normal?”, que verbaliza en tono burlesco. Esta manera de expresar el

---

<sup>9</sup> En México la palabra *joto* significa hombre homosexual (Real Academia Española, 2012)

cuestionamiento pone en evidencia que lo “normal” para ellos sería la heterosexualidad, contradiciendo su propuesta inicial. Junto con esto, rápidamente comienzan las bromas, a través de gestos o imitando un tono de voz más agudo (femenino), en relación con la homosexualidad. Vemos que el tema no les es tan natural, aunque realicen visibles esfuerzos para que lo sea, sino más bien inconscientemente los remece. Hablar y pensar en la homosexualidad los moviliza, porque en la medida que ésta se constituye en una opción posible, se transforma en otro aspecto de la sexualidad que ellos tendrían que responderse, lo que no es tan simple.

Luego de hablar de las relaciones de pareja y del amor, tímidamente comienzan a aludir al deseo y a la excitación sexual. Nos parece que este discurso (el del amor) está adherido a lo que socialmente es más “aceptado o “correcto”, al menos en presencia de nosotros como representantes del mundo adulto. Y es que pareciera que, en concordancia con lo encontrado por Diorio y Munro (2003) hace ya más de una década, en el ámbito educativo hablar explícitamente del placer sexual estaría vetado. En este contexto se reproduce el discurso social predominante en una cultura que, como afirma Cartolano (2006), “se despliega como sofocación de las pulsiones” (p. 184), particularmente en relación con la adolescencia en Occidente.

Para los hombres parece un tema más accesible, aunque comienzan definiendo la sexualidad como aquello que “se habla entre hombres”, con los amigos o, en algunos casos, con el padre, pero de lo cual la madre queda excluida. Se refieren a sus primeras aproximaciones hacia las chicas y lo que ahora les empieza a resultar atractivo de los cuerpos femeninos. Notamos que en la reunión no les es fácil nombrar esos atributos físicos que les excitan de las mujeres, como los pechos y las caderas. Pensamos que tiene que ver con lo que ellos anunciaron desde el comienzo: “con las mamás no se habla de sexualidad ni de mujeres”, y la coordinadora del grupo (en su condición de mujer) podría estar representando a la figura materna, ante la que

hay que callar. En este sentido, dejan entrever que en la relación con sus madres hay algo de la sexualidad que deben “contener”, tal como lo señalan en estos relatos:

“Con mi mamá sí es tratar de contenerlo [lo relacionado con la sexualidad], de no decir groserías y sí, con mi papá ya es... ya es otra cosa, como que crecemos y como que hay más confianza entre nosotros y, como dice, nosotros hablamos de las mujeres, si tengo novia y así”.

“No sé, porque cuando hablamos con ella [mamá] se nos puede salir otra cosa... Y como que se puede molestar”.

Tal vez el temor es a que se les “salga” lo relacionado con la pasión y el deseo, como si quisieran y/o necesitaran seguir siendo niños ante los ojos de mamá. Esto respondería a una manera de defenderse ante las ansiedades que despierta la reedición del Complejo de Edipo con las nuevas potencialidades que brindan las metamorfosis puberales (Freud, 1905/1984; Gutton 1993), tal como se mencionó con anterioridad.

La incomodidad que genera abordar más directamente el tema de la sexualidad se hace evidente en los grupos de jóvenes, en tanto aumentan los silencios y también las carcajadas. Es en este momentos cuando utilizan aún más la comunicación no verbal para dar cuenta de aquello que no quieren (o no pueden) nombrar. Así por ejemplo, uno de los chicos comenta, en relación con lo que puede o no hablar con su madre:

“Pues no sé, tal vez si le digo ‘tal me gusta y tiene *esto* o *aquello*’, mi mamá ponga cara de... [Gesticula, poniendo cara de sorprendido]”.

Ahora bien, *esto* o *aquello* se refiere a los pechos y las caderas de una chica (o bubis y pompas, como dicen ellos), palabras que no salen de sus bocas, sino hasta que nosotros se las proponemos. El valor simbolizante de la palabra pareciera que una vez más se pone en juego,

pero no interrumpe el entusiasmo por transmitir aquello que están viviendo e intentando pensar. Lo no dicho es motivo de análisis para nosotros, como también lo es aquello que percibimos puede estar obstaculizando la comunicación. Por eso, entre risas y en un esfuerzo por explicitar la sensación de incomodidad que se percibe en uno de los grupos de hombres, la coordinadora comenta: “¡Ah verdad que yo soy mujer y con las mamás no se habla de esto!, ¡Lo había olvidado!”. Esta intervención da pie para que se rompa la tensión y en un clima de complicidad, comiencen a hablar con mayor fluidez y espontaneidad. Nos explican que hay temas que les da mucho pudor exponer, tales como lo que les sucede con la excitación y las erecciones involuntarias. Sólo el hecho de nombrar la palabra excitación los activa e incrementa las carcajadas, principalmente en los hombres.

En primer lugar, pensamos que las experiencias y sensaciones que comienzan a experimentar con las metamorfosis puberales son difíciles de precisar, porque están en un nivel muy sensorial que aún no accede al lenguaje (Ayrán, 2008). Es por esto que sus silencios no los vemos sólo como muestras de pudor, sino que también serían ausencia de palabras que les permitan dar cuenta de sus vivencias. En este sentido, la conversación grupal les entregó un espacio donde poco a poco depositaron sus preocupaciones y ansiedades, abriendo camino a la simbolización, fundamental para el trabajo elaborativo y de integración, que demandan las metamorfosis puberales. Lo que en un comienzo parecía innombrable se fue verbalizando y se transformó en comunicable, tal como ocurrió al hablar de excitación sexual. Habiéndolo puesto en palabras se abre la posibilidad de pensar en aquello y, al compartirlo con otros, vemos como en el grupo comienza a construir una red de significados compartidos (Laplanche, 1988).

Por otro lado, las risas que llenan los momentos de silencio, tienen una función de descarga angustiosa ante lo que se les moviliza con estos temas. Junto con esto, las explosiones

de carcajadas colectivas son un momento de encuentro y complicidad, en el que las y los participantes se identifican a partir de un sentimiento común: la vergüenza o pudor, que no es más que el temor de verse expuesto. Si tuviéramos que poner en palabras lo que se transmiten con sus miradas, movimientos y con todo el repertorio de información no verbal que nos brindan, sería algo como: “estamos en igualdad de condiciones, podemos bajar la guardia y hablar libremente”.

Esto es mucho más evidente en los hombres quienes, habiendo pasado la inhibición inicial, se lanzan a hablar con soltura de sexualidad. Los primeros en hacerlo son los chicos que han tenido novia, tomando cierto liderazgo al tratar con más propiedad el tema. Se tornan más participativos y hablan más entre ellos, lo que nos hace pensar que todo esto los inquieta y les despierta mucha curiosidad. Suele predominar un tono emocional jocoso, en el que abundan las risas, a ratos pudorosas, otras angustiosas y también más gozosas. Diríamos que es un ambiente de *relajo* que, citando al filósofo mexicano Jorge Portilla (1984), entendemos como una “forma de burla colectiva, reiterada y a veces estruendosa que surge esporádicamente en la vida de nuestro país” (p. 13). Para este autor, el *relajo* pretende suspender la seriedad, desplazando la atención de lo ansiógeno a lo humorístico. De esta manera, estos jóvenes logran la libertad para hablar con liviandad de lo que, en otro nivel está en el plano de lo enigmático y amenazante. El uso del humor podemos verlo acá no sólo como defensa contra la angustia, sino también como un recurso que permite poner en palabras sus experiencias y sensaciones.

Junto con esto, la energía y efervescencia que se desborda en los grupos para hablar de lo que les proponemos, nos da cuenta de que existe una necesidad importante en ellas y ellos de intercambiar sus experiencias y compartir la incertidumbre que despierta la emergencia de una sexualidad desconocida. Entre las nuevas potencialidades que surgen con las metamorfosis

puberales está el “acto del sexo”, término que utilizan para referirse al coito y que les genera inquietud y curiosidad. Así nos lo hacen saber, por ejemplo, cuando les preguntamos sobre cómo han vivido los cambios en su sexualidad y uno de los chicos responde:

“Pues.... no sabría decirte porque.... no he tenido relaciones [risa grupal]. No sabría explicarte... o ¿qué sentimos del tema de la sexualidad?, como que en la escuela nos enseñan a que...las partes del cuerpo femenino, masculino, a usar condón, pero no te podría explicar así qué es la sexualidad mía pues...no he tenido relaciones ni nada por el estilo”.

Los demás participantes asienten, manifestando estar de acuerdo con él. A simple vista, es como si la sexualidad quedara para ellos reducida al “acto sexual”, pero no estamos tan seguros de que este sea el caso. Más bien, la pregunta que les proponemos con relación a la vivencia subjetiva de la sexualidad no es fácil de responder en estos momentos de sus vidas y, por lo tanto, la respuesta es defensiva, haciendo uso de lo que han aprendido. Tal como lo señalamos con anterioridad, tanto la escuela como los padres y los adultos que los rodean, suelen poner el foco al hablar de la sexualidad en el coito y sus riesgos. Por lo tanto, sus respuestas se apegan a lo que tienen más a mano.

Al respecto, vemos también un desfase importante en lo que los adultos quieren enseñarles y lo que las y los jóvenes necesitan escuchar. Muchas veces la información que reciben de sus padres y/o maestros, responde en mayor medida a las preocupaciones del mundo adulto respecto a la sexualidad adolescente, tal como lo inferimos de este relato:

“A mí nadie me explicó qué era un condón, porque mi mamá me dijo: ‘si tienes relaciones usa condón’, pero yo no sabía qué era un condón [risa grupal] y pues ya,

cuando iba en primero, [tuve] una maestra de sexualidad y ahí me enseñaron a ponerme un condón” [más risas].

En este caso, el discurso con relación a protegerse de las infecciones de transmisión sexual y de un embarazo no planificado, antecede a la experiencia subjetiva de este joven en torno a su sexualidad. Como si hubiese un desfase temporal entre la información que quiere transmitir la madre y los requerimientos de su hijo. Por eso pensamos que la queja: “A mí nadie me explicó qué era un condón...”, se está refiriendo también a que los jóvenes cuentan con pocos espacios para hablar y escuchar acerca de lo que ellos consideran importante, en lo que se refiere a la sexualidad. Entonces, muchas de sus inquietudes y ansiedades no logran ser lo suficientemente acogidas.

Vamos corroborando lo anterior cuando exploramos un poco más la información que han recibido hasta ahora. Nos cuentan:

“Vamos conforme al temario. Por ejemplo, en 1° [de secundaria] a nosotros nos llevaron imágenes de enfermedades de transmisión sexual. Nos llevaron imágenes de la sífilis, de la gonorrea. ¡Imagínese pues!!! [Con expresión de espanto]. O sea, con descripción bien precisa de qué aparecía en los órganos sexuales con esas enfermedades. De cómo eran, cómo se trataban, qué tenías que hacer para prevenirlas, en qué consistía todo el proceso. También en 2° en los exámenes nos preguntaron sobre el condón, el condón femenino, las pastillas anticonceptivas y un RIO, RIU, DIU, no sé... la vasectomía”.

El temario al que hacen mención forma parte del programa de materias de la escuela. En lo que escuchamos de estos jóvenes vemos que el discurso de los maestros transmite una visión de la sexualidad reducida al coito y a la reproducción. El énfasis está puesto en los riesgos que implica el acto sexual, por lo que se les brinda información pertinente para protegerse. Entonces,



la sexualidad se les presenta como algo peligroso, con manifestaciones muy limitadas y desprovista de su dimensión placentera.

Por lo anterior, pensamos que les sorprende nuestra propuesta de abordar y hablar de las nuevas sensaciones que se pueden experimentar, a propósito del cambio cualitativo de la sexualidad en las metamorfosis puberales. Somos nosotros los que mencionamos inicialmente la idea de “excitación sexual”, ante la que ellos sueltan una larga carcajada, que denota algo de nerviosismo y también de complicidad. Luego de un breve silencio, hablan de que es incómodo no sólo hablar de lo que les pasa, sino que también vivir la excitación de manera repentina y sorpresiva, como algo incontrolable. Así nos lo cuentan:

“Pues es que es incómodo y si, a veces hay excitación porque, pues, no sé, en la calle hay periódicos o en el metro ...” [risa grupal].

“Y pues sí, es algo íntimo que nos pasa y que no podemos controlar: la erección, difícil de controlarla y que no sé. A veces también en lo íntimo, antes pues no sé, tus papás te bañaban y ahora no, y tú dices: ‘no, no quiero que me vean’. Entonces también está lo íntimo, en los sentimientos, en tu cuerpo que no lo puedas controlar, pues así”.

Todos los integrantes del grupo asienten y se ríen muchísimo cuando escuchan estos testimonios, como si reconocieran en el relato de sus compañeros una vivencia que comparten. A pesar del clima jocoso que predomina en el ambiente grupal, los jóvenes del grupo intentan dar cuenta de cierto displacer asociado a su sexualidad. Esto, principalmente por la sensación de que hay algo que su cuerpo experimenta y que no es 100% controlable por ellos. Además, está la idea de quedar en evidencia ante otros cuando viven una erección en un lugar público, situación que los avergüenza enormemente en tanto ven expuesta su intimidad. Es esta la intimidad que intentan proteger, lo que comienza a hacerse un imperativo a propósito de las transformaciones

de su sexualidad y de su cuerpo que los dotan de la posibilidad real de llevar a cabo el acto sexual. Por esta razón, Ayran (2003) plantea que el goce con que en la niñez se experimentaba el contacto físico con los padres, es reprimido en la pubertad, resultando desagradable y angustioso. El temor a las fantasías incestuosas (y el riesgo de concretarlas) hace que, como comenta este chico, ya no quieran que sus padres tengan acceso de sus cuerpos.

Ellos precisan que, aunque ahora bromean contando anécdotas respecto a lo disruptivo que pueden ser las primeras erecciones, en el momento “no es para la risa”. Sin embargo, rápidamente vemos una tendencia a minimizar lo perturbador, valiéndose del sufrimiento femenino. Es decir, intentan transmitirnos que lo que ellos viven como hombres, no se compara con lo que les ocurre a las mujeres:

“Yo ya me acostumbré [a las erecciones sorprendidas]. Así como que es más fácil [para los hombres que para las mujeres], porque a nosotros no nos dan dolores y esas cosas. Es más fácil sobrevivir a eso. Es diferente un ratito que, no sé, tres días con un dolor insoportable. Es más fácil”.

Nuevamente, sostener la premisa de que las mujeres tienen una pubertad más difícil podría estar mostrándonos una proyección de las ansiedades masculinas, para no tomar contacto con aquello que los impacta, moviliza y angustia. Lo vemos también cuando dan cuenta de las fantasías de haberse orinado como niño pequeño, ante la primera eyaculación. Rápidamente agregan que es peor pensar que se están desangrando, como les ocurre a las mujeres con la menstruación.

Con relación a lo anterior, nos llama la atención que, a pesar de que están hablando de lo que les incomoda de su sexualidad, la conversación se mantenga en un ambiente cada vez más lúdico. Tal como lo venimos anunciando, el uso del humor aquí es utilizado para bajarle la

“incomodidad” a su experiencia, con lo que ellos concuerdan. Sin embargo, también creemos que el goce que percibimos en el grupo, y del que nos sentimos parte, es una manifestación del aspecto placentero de la sexualidad que en el discurso de los jóvenes, hasta el momento, ha sido completamente relegado (o negado). Pensamos que para ellos, además de lo angustioso, hay algo muy gozoso en poder contar con un espacio para hablar y escuchar las vivencias de sus pares, respecto a los aspectos más íntimos de la sexualidad. De esta forma, en medio de bromas y risas, la excitación sexual, la masturbación y la eyaculación, pasan del terreno de lo innombrable al de lo comunicable y, por lo tanto, pensable.

Hablar de la sexualidad y las nuevas experiencias de la pubertad los lleva a abordar el tema de la masturbación. Comparten las distintas ideas que se han formado al respecto, ya sea por lo que les han dicho en la escuela o en su casa. Así lo comentan:

“No sé, tal vez [la masturbación] sea conocer tu cuerpo ... una forma de tu mismo darte placer para que cuando tengas relaciones, saber qué es lo que te gusta y qué es lo que no [Risas]”.

“Entonces sí, es relajante pero incómodo [risas] en muchos aspectos y pues si, a veces la gente te ve raro si dices ‘me masturbo una vez al mes o una vez al año’ te ven raro, te ven de una manera extraña (...). La masturbación es algo raro, relajante raro, no sé”.

Por un lado, aparece la idea de que masturbarse es algo natural y necesario para explorar el propio cuerpo y la sexualidad. Por otro, reconocen que existe cierta sanción social ante la masturbación, la que identifican a propósito de los mitos que se han construido en torno a ella (que salen pelos en las manos, que no van a crecer) y en la persecución que algunos padres ejercen hacia sus hijos con el tema. Por ejemplo, uno de los participantes comenta que si se tarda mucho en el baño su madre le pregunta en tono inquisidor: “¿te estabas masturbando?”, lo que le

causa mucha molestia. Vemos aquí parte de la complejidad vincular con la que se enfrentan también los púberes, aquello que Aberastury (1973/1997) advirtió como un rechazo de los padres hacia la sexualidad de sus hijos. Dicho rechazo, sería una reacción ante las dificultades para hacer el duelo por el hijo pequeño y aceptar el paso del tiempo, que no sólo transformará a sus pequeños en adultos, sino que también los hará envejecer a ellos.

De esta forma, lo “raro” de la masturbación podría tener que ver con que despierta sensaciones indescriptibles para ellos y, en cierto sentido, contradictorias. Tal como plantea Freud (1905/1984), con la pubertad la zona genital concentra la erogenización del cuerpo, despertando mayor curiosidad e invitando a la autoexploración, lo que les brinda un placer que conlleva también una cuota de displacer. Lo displacentero o incómodo vendría dado por la tensión control -descontrol que se pone en juego en el momento de la excitación sexual, que para ellos involucra, además, experimentar un cuerpo que no se deja manejar tan fácilmente. Junto con esto, cuando hablan de la masturbación aluden a algo oculto, secreto y/o prohibido que, por lo mismo, resulta muy atrayente.

Ahora bien, en concordancia con lo que encontró Tubert (2000) en su estudio, para estos jóvenes parece más fácil verbalizar aquello que pueden manejar, que sienten que controlan y que les genera goce. Así por ejemplo, hablan de la autoexploración de su cuerpo y el placer asociado a ello, pero dan cuenta con más dificultad de las erecciones sorprendidas y las poluciones nocturnas, situaciones que no están bajo su control y que generan angustia. Someramente, algunos comentan que los “sueños húmedos” son un momento de incomodidad, en el que suele aparecer la fantasía de haberse orinado en la cama, como un niño pequeño. Uno de los participantes agrega:

“Yo la primera vez, como que me dio así como miedo, porque pensaba: ‘yo no quiero crecer, quiero seguir siendo niño’” [risas del grupo].

Las risas del grupo, al igual que en otros momentos, tendrían una doble función: ser una descarga o expresión directa de la angustia y restarle intensidad. Es decir, a través de las risas pareciera que buscaran matizar la vivencia angustiosa que no todos verbalizan, aunque percibimos que comparten. En el discurso, apreciamos un esfuerzo por minimizar lo que ellos definen como “incómodo”, en tanto repiten en más de una ocasión la idea de que todo lo que les ocurre es algo “normal”, aunque entre risas hablen de lo que les atemoriza del crecer.

La dificultad que percatamos en los hombres para hablar de sus angustias, es similar a la que vemos en las mujeres para dar cuenta de lo placentero, en relación con la sexualidad. Ellas muestran interés y curiosidad por escuchar los relatos masculinos sobre la excitación, sin embargo se paralizan cuando les preguntamos cómo se vive desde el ser mujer. Una de las asistentes nos responde: “yo no sé cómo, este...es que se exciten las mujeres”. Toman distancia al hablar en tercera persona como si al referirse a “las mujeres” no estuvieran hablando de ellas mismas. Junto con esto, recurren a las explicaciones que tienen a mano con descripciones técnicas, tal como vemos:

“Porque cuando te pasa eso...dicen que...es que, es que no me sale! [La palabra excitación], porque no es lo mismo hablarlo en público. Que en una mujer, dicen, que cuando te ... excitas [titubea y dice la palabra rápidamente]...[risas] (...) los pezones se te ponen [risas] como...como bolitas [risas]...es lo que dicen”.

La palabra excitación no “sale” como representante simbólico de una sensación, sino que conecta directamente con algo que está en el terreno de lo enigmático y desconocido. Por lo mismo, el primer referente para hablar de ella es lo que los otros dicen en relación a lo que le

pasa al cuerpo, como un ente externo. Pareciera que se aferran a esta información, porque en estos momentos la excitación como experiencia resulta inaccesible y/o muy amenazante para ellas.

Los jóvenes coinciden con sus compañeras en que hay algunos aspectos de la sexualidad femenina de los que “no se sabe mucho” y por lo tanto tampoco se habla. En la escuela les platican sobre la excitación masculina, pero de la mujer únicamente mencionan la menstruación. Es decir, aquello relacionado con el ciclo reproductivo. Intentan dar una explicación a esta diferencia aludiendo a que aquello que es más evidente, es lo que se habla y como la excitación femenina puede pasar desapercibida, es suprimida o ignorada también desde el discurso social. Esto también ocurre con el tema de la masturbación femenina que aparece como un tema innombrable, que no sólo inhibe a las participantes, sino que también despierta cierta tensión en el ambiente.

Al igual que los hombres, las jóvenes se van introduciendo paulatinamente en el tema de la sexualidad cuando comienzan a hablar de cómo va cambiando la relación con los chicos, a propósito de los procesos puberales. Entre risas, hablan de lo que les ocurre cuando les gusta alguien y, quienes han tenido novio (la mayoría de las participantes), relatan sus experiencias. Aunque toda la plática se da en un tono muy gozoso, en repetidas ocasiones se quejan del comportamiento de los hombres cuando están en una relación. Plantean que al comienzo es bonito, pero que luego de un tiempo perciben que son muy celosos y que las coartan, tal como lo relata esta chica, respondiendo a la pregunta de cómo son las relaciones a esta edad:

“Al principio son bonitas, pero después.... No sé, es que mi primera relación fue como de manita sudada, ‘ui ¡qué lindo!’ [Como suspirando, el grupo ríe]. Pero después es así

como, te juntas con otras personas y es así de ‘¿¿quién es él, quién es él, quién es él, quién es él?!’ [Imita el tono molesto de su novio]”.

La expresión “manita sudada” en este relato nos hace pensar en el cúmulo de nuevas sensaciones que despierta el encuentro con otro, en un tipo de relación distinta a las hasta ahora experimentadas. Sin embargo, para las chicas no es fácil ponerle nombre a aquello que se mantienen en el plano de lo corporal y sin una traducción directa en palabras, tal como lo señalamos. Junto con esto, está la idea de que al pasar la expectativa inicial, la relación pierde su diversión y comienzan los problemas. Lo describen como un momento de desilusión que tiene que ver con que muchas veces se sienten defraudadas por los hombres. Así lo van platicando entre ellas:

Participante 1: “Primero son así bonitos, pero luego te das cuenta de ‘¿por qué anduve con él?, ¿por qué lo conocí?’”.

Participante 2: “O luego están contigo por lástima [ríe y las demás sueltan una carcajada] y te miran con cara de... ‘es que ya tenía novia y nada más hice eso como para...’ [No termina la frase, porque el grupo completo suelta una carcajada y asiente en señal de estar de acuerdo]. Así... luego tiene novia y no te dijo la verdad, ¡nada más te usó!”

Participante 3: “Nada más te lastiman. ¡Malditos hombres! [En tono de enojo, pero riendo]”

Participante 4: “Y luego: ‘vamos a darnos un tiempo’ [el grupo asientes en señal de aprobación y todas ríen]”

Participante 1: “Y se enojan si estás con alguien en ese tiempo”.

Participante 3: “Ajá. Ellos pueden hacer lo que quieran; pero tú, no [“pero tú, no”, se escucha que el grupo entero corea y se ríen].

Como podemos apreciar, predomina en ellas un discurso hipercrítico hacia los hombres, por quienes en ocasiones se sienten usadas y lastimadas. Se quejan de que las celan y de lo injusto que les parece que a ellas se les exija exclusividad, mientras ellos se sienten con el derecho de estar con más de una chica. Nos llama la atención que a pesar de sus reclamos, predomina un tono emocional bastante discordante con el contenido del relato. Tal vez, al igual que en otros momentos de la reunión, el uso del humor es una estrategia defensiva que les permite desviarse de la rabia y el dolor de sentirse controlada y utilizada, de la manera en que lo describen.

Otra forma de entender lo jocoso del ambiente grupal, que se complementa con la anterior, es que este ejercicio catártico de reunirse entre mujeres a hablar de lo que les molesta de los hombres, resulta muy placentero. Más aún si se cuenta con un representante de ellos en el grupo (el observador) que se transforma en una especie de *pushingball*, ante las agresiones femeninas. De hecho, hacen muchas bromas aludiendo a su presencia y las miradas se dirigen a él, en un comienzo como pidiéndole disculpas por lo que está escuchando. Sin embargo, luego arremeten en coro contra el sexo masculino, como si su presencia les facilitara la posibilidad de decir aquello que las irrita de la forma en que ellos exponen su sexualidad. Pensamos que lo placentero de todo esto, tiene que ver con la posibilidad de hacer una descarga de la rabia hacia el sexo opuesto, ya que perciben que para los hombres está permitido sentir y hacer aquello que ellas viven como prohibido. Tal vez estamos frente a una manifestación de lo que Tajer (2011) entendería como envidia ante la posición de privilegio masculina que es avalada por el discurso social predominante, y del que empiezan a ser cada vez más conscientes, a propósito de los cambios puberales (Arnett, 2008).



Por otra parte, si bien consideran injusta aquella idea que les atribuyen a los hombres de que ellos “pueden hacer lo que quieran”, da la impresión que ellas también se han apropiado de aquel discurso. Es decir, en cuanto a la manera de vivir la sexualidad y las relaciones de pareja reconocen que hay parámetros claramente establecidos que diferencian lo que es socialmente aceptado para hombres y mujeres. Aunque esbozan cierta intención crítica, finalmente adhieren a ellos:

“Es que igual, cuando los niños tiene muchas novias o muchas amigas con derechos, como le quieras decir, se ven bien ellos, porque entre amigos ‘eres un machote’ [se dicen]. Pero si una niña tiene varios novios y se besa con varios es como una zorra. Entonces los niños cuando tienen muchas novias ‘eres un campeón’ [le dicen]...”

Al escuchar el relato, pensamos que esta joven está repitiendo una idea que no necesariamente le pertenece, pero cuando les preguntamos a ellas si están de acuerdo con esa aseveración la respuesta es casi en coro: “pues sí, nosotras pensamos eso”. Aunque son enfáticas en afirmar que no les parece correcto que los niños puedan tener más de una novia, también lo son cuando se refieren a una niña que sale con más de un chico como “zorra”. En este sentido, ellas comparten ciertos estereotipos de género de la cultura en la que están inmersas sin cuestionarlos demasiado, puesto que con ellos han crecido y forman parte de lo que han aprendido en relación a cómo debe ser y actuar una mujer.

Hombres y mujeres están de acuerdo en que experimentan y significan lo relacionado con la sexualidad de una manera muy diferente. Tal como lo presenciamos, los hombres abordan el tema a través del humor. Nos comentan que otra estrategia con la que cuentan para expresarse es el albur, práctica frecuente en México para jugar con el doble sentido de las palabras (Real Academia Española, 2012) con una clara connotación sexual y que, según nos informan, es

privativa del género masculino. Las mujeres suelen ser más reservadas, no sólo en lo que comunican, sino también en cómo actúan. Esto es en parte, dicen, porque la sociedad ha instaurado ciertas prohibiciones que las y los jóvenes han incorporado. Así lo explica uno de los chicos:

“¿No has escuchado de que una llave que abre muchos candados es una llave maestra y un candado que se abre con cualquier llave es un candado que no sirve? [Risas]”.

Ante esta metáfora, que da cuenta de que hay una connotación positiva de que un hombre pueda tener más de una pareja sexual, al contrario de lo que ocurre con la mujer, el grupo adopta una postura crítica. Sin embargo, no les es fácil desprenderse completamente de estos supuestos, aunque intentan cuestionárselos sin llegar a una explicación convincente. Finalmente, es como si hombres y mujeres estuvieran atrapados en un discurso social sexista que es reproducido en los distintos contextos de los que forman parte.

Junto con esto, la metáfora del candado nos lleva a pensar en otras interpretaciones posibles, respecto a cómo van concibiendo las posiciones femeninas y masculinas en la sexualidad. Por un lado, un candado cerrado guarda y protege una posesión valiosa, que se cuida con reserva. Por otro, cargar con la “llave maestra” implica un gran peso y responsabilidad, con el que suele estar cargada la masculinidad en el contexto del que forman parte. Es decir, son los hombres los que deben dar el primer paso en la conquista y, por lo tanto, quedan también expuestos al rechazo. En cada éxito o fracaso obtenido en el proceso de seducción estaría en juego no sólo la autoestima personal (sentirse atractivos y/o interesantes), sino también la virilidad y la propia hombría. Bleichmar (2007) repara en lo medular de este punto en la construcción de la masculinidad, en tanto la hombría es algo que socialmente se debe demostrar a través de la potencia sexual y la virilidad, reto que no se les propone a las mujeres.

Por lo mismo, cuando les preguntamos qué significa ser hombre para ellos, responden con dificultad y, tal como suelen hacerlo en los temas que despiertan incertidumbre en ellos, comienzan bromeando al respecto:

Participante 1 [sonríe y en tono burlesco, como si la pregunta fuera una obviedad]: “Es el género del ser humano con genitales de cromosomas XY [risas] y tener genitales de hombre, pene y escroto. [Hace una pausa, habla un poco más serio] Pues, no sé... antes se pensaba que ser hombre era que solo te gustaban mujeres, ¡nada de mariconadas! [Bromea y el grupo ríe], y eres hombre... eres fuerte, no llores...”

Participante 2 [continúa la frase de su compañero]: “Y eres... bueno, mi papá tiene un poco de eso, de que eres el hombre de la casa y tienes que sustentarla y que el hombre... en pocas palabras... ser machista. Y yo creo que ahorita ser hombre o mujer es lo mismo. No hay de que el hombre es más fuerte o que la mujer es débil, sino que todos somos iguales y eso es todo”.

Escuchamos la idea de que se es hombre, porque se tienen genitales de hombre, como un esfuerzo por simplificar lo complejo de la pregunta que le estamos planteando. ¿Qué significa para ellos ser hombre? Es lo que irán definiendo en este proceso de transformación y que, muy probablemente, adquirirá distintas formas, a lo largo de sus vidas. En sus discursos nos damos cuenta de que ellos están constatando un cambio social importante, en relación a los roles tradicionalmente establecidos para hombres y mujeres.

Sin embargo, aunque con disgusto hablan del machismo y de lo que “antes” estaba asociado a ser hombre, estas ideas se constituyen como referentes a la hora de pensar en su propia masculinidad, ya que hasta ahora, son el único mensaje claro que han recibido al respecto. Es decir, tal como ellos lo explican, el machismo al que aluden plantea que los hombres deben

ser fuertes y no mostrar su debilidad, ser proveedores en el hogar y, obviamente, les deben gustar las mujeres. En este sentido, propone pautas muy específicas de lo que sería el comportamiento socialmente “aceptado” para un hombre que, aunque en la actualidad son cuestionadas por un sector de la sociedad, representan lo conocido y lo que está asentado, de alguno u otra forma, en las familias más tradicionales. Desligarse de este esquema abre en ellos un espacio que genera incertidumbre, en tanto parecen saber qué tipo de hombre no quieren ser, pero esa misma certeza no está a la hora de pensar en cómo quieren vivir su masculinidad.

Más allá de las reflexiones que plantean desde lo que han aprendido de las diferencias de género, nos llama la atención el énfasis en “que ahorita ser hombre o mujer es lo mismo”. Si bien en un nivel más consciente entendemos esta afirmación como una manera de acercarse al concepto de equidad de género, al que se alude con frecuencia en la actualidad, también le atribuimos un significado inconsciente que responde a las dinámicas predominantes en la adolescencia. La idea de que ser hombre y ser mujer es lo mismo, remite a un esfuerzo por borrar las diferencias entre hombres y mujeres que incluso son marcadas con mayor fuerza por las metamorfosis puberales. Podríamos pensar que se trata de una desmentida de la diferencia de los sexos que tiene un carácter defensivo, en tanto el encuentro con la diferencia resulta más amenazante y angustiante que el encuentro con un igual. Es decir, lo desconocido de la mujer atemoriza y transformarla en un símil de sí disminuye la amenaza.

Lo anterior se relaciona con que el adolescente debe realizar un trabajo para apropiarse de su cuerpo cambiante y deseante que ahora le brinda nuevas posibilidades, entre ellas el placer nuevo. Sin embargo, es también en este proceso en el que el sujeto descubre que aquel es un placer incompleto y que implica “la renuncia a la ilusión, al goce de un placer que proviene del cuerpo completo, autoerótico, que deberá perder (...)” (Torres de Aryan & Cosso, 2014, p. 95).

Es decir, reconocer la diferencia y la complementariedad de los sexos, en términos freudianos, implicaría renunciar a la omnipotencia de la completitud infantil. Si bien esta visión parece bastante heterosexista, una relectura actualizada nos permitiría afirmar que el acceso a la sexualidad genital conlleva el reconocimiento de que se necesita de un otro distinto a sí, de una alteridad que representa un complemento y que no necesariamente implica un encuentro entre distinto sexos.

Entre las mujeres, al momento de explicar por qué se dan las diferencias en la manera de vivir la sexualidad de ambos sexos, comentan que con la pubertad a los hombres se les “alborota la hormona”, lo que los hace estar muy “alterados” (refiriéndose más bien a excitados) y abiertamente centrados en temas como la masturbación y la búsqueda de chicas. Entre risas y burlas continúan refiriéndose a ellos con cierto desprecio, les llaman “morbosos”, “pervertidos” y “sexosos”, pues les parece que siempre están pensando en sexo, hecho que reprobaban enfáticamente. Hablan de ellos de esta forma:

“Que los niños son repugnantes [risa grupal] bueno para mí. Nunca me han atraído los niños, más como amigos pero así como novios son como...son morbosos, aunque sean pequeños ya son morbosos”.

“Sí, mi primito de 6 años agarra las barbies y les toca las bubies [risa grupal]”

A pesar de considerarlos “repugnantes” o “morbosos” por la forma en que exponen su sexualidad, apreciamos que se divierten muchísimo hablando de ellos y escuchándolos, en el caso del grupo mixto. Más que una expresión de asco que sería concordante con lo que relatan, se les ve muy motivadas contando anécdotas de sus compañeros de escuela y haciendo burlas en relación a la masturbación masculina, que llaman “Manuela”. En medio de tanto alboroto y agitación, nos parece que hay mucho goce cuando relatan lo que ellas denominan “cochinadas”

de sus compañeros. De hecho, en varias oportunidades hacen caso omiso a la invitación directa que les hacemos para hablar de cómo viven las mujeres la sexualidad y se remiten nuevamente a la sexualidad masculina. En este sentido, es como si se escudaran en los hombres, depositando en ellos aquello de lo cual ellas aún no se han podido apropiar: la sexualidad genital. Tubert (2000) plantea que esto responde a una necesidad de proyectar el propio deseo sexual, ya que éste entraría en conflicto con la exigencia de seguir siendo una niña a los ojos de los padres.

En un tono emocional más serio y solemne, finalmente, y luego de nuestra insistencia, comienzan a hablar de la sexualidad femenina. Algunas comentan que la sexualidad no es un tema del que les guste hablar con nadie. Para otras, es algo íntimo y personal que puede compartirse con las amigas cercanas y/o con la madre. Comparten con serenidad sus reflexiones, pero siempre manteniéndolo en un plano de lo pensado y aprendido en la escuela, más que de lo experimentado. Por ejemplo, una de las chicas responde de esta manera a la pregunta por lo que representa para ellas la sexualidad:

“Si eres consciente o piensas razonablemente, sabes que el tema de la sexualidad, o sea, sí, ya debes saber de qué se trata, o al menos tener por lo principal una idea de qué es. Pero también tener ehh mmm, no sé, ideas o principios que te hagan saber de que eso es todo a su debido tiempo. O sea, aunque se alborote la hormona y todo eso, pues es a su debido tiempo. Bueno, al menos así lo pienso”.

En este relato la sexualidad se mantiene en el ámbito de la razón. La reflexión se orienta a lo importante que es tener información al respecto y no dejarse llevar por el impulso inmediato. También es interesante que hablar de sexualidad femenina implícitamente las remiten a tener relaciones sexuales con otro y a la responsabilidad que ello implica. Rápidamente establecen la

asociación entre tener sexo y la consecuencia de un embarazo no deseado, lo que las atemoriza y las lleva a pensar que es mejor esperar a estar más grandes.

Junto con esto, la alusión recurrente a las hormonas “alborotadas” remite a que hay algo que se experimenta como desordenado en ellas, pero que irrumpe desde el exterior. Sus verbalizaciones están en tercera apersona, no son “nuestras” o “mis” hormonas, son “las” hormonas ubicadas como algo ajeno. Esta es la primera referencia indirecta que hacen a la excitación sexual femenina y, por lo tanto, a la emergencia del impulso sexual genital. Lo relatan de esta manera:

Participante 1: “porque cuando ves a alguien que te gusta y sientes que se te alborotan las hormonas, así como que te da...”

Participante 2: [completa frase de participante1] “Te pones nerviosa”.

Participante 3: “...ajá, te pones nerviosa y no sabes cómo pasa. Yo no me ubico, si me doy cuenta de que, cuando veo a alguien que me gusta y eso ‘¡ay!’, pero no creo que se alboroten las hormonas”.

Participante 4: “A las niñas, no. A los niños, si”.

Participante 1: “Yo cuando paso al lado de alguien que me gusta, no sé, pero, bueno, trato de caminar rápido porque como voy rápido, mi corazón empieza a latir [risas y comentarios simultáneos] me pongo bien roja y...¡se me quita el frío! [Risas]. Pero, no sé, siento que es normal”.

Participante 2: “Pero te dan ganas de ir a besarlo [risa grupal]”

Si bien en un comienzo hay dudas respecto a qué nombre ponerle a lo que les ocurre, luego de un rato de conversación están de acuerdo en que ellas también viven estas hormonas alborotadas. Eso sí, advierten que ellas son mucho más discretas que los hombres y que

experimentan este proceso de manera muy distinta. Pensamos que en este discurso se hace evidente la imperiosa necesidad de controlar el impulso sexual para lo que recurren a la racionalización, brindando explicaciones elaboradas respecto de la sexualidad, o también apropiándose de la prohibiciones que se imponen socialmente al placer femenino.

Aquello a lo que hacen mención indirectamente respecto a la excitación femenina, suele estar referido a sensaciones corporales que se despiertan a propósito de la interacción con otro, sin hacer alusión a la manera de experimentar dichas sensaciones en solitario. Al respecto, y ya que hablan con gran soltura de la masturbación masculina, intentamos acercarnos a este tema en la en la mujer. Desde un principio les es muy difícil hasta nombrar la palabra masturbación e incluso percibimos cierta tensión angustiosa cuando se disponen a hablar. Nos damos cuenta que además de la carga de prejuicios sociales que traen, hay una gran desinformación respecto a este tema que se encuentra en el ámbito de lo “innombrable”. Esto nos van comentando:

Participante 1: “No sé, es que para mí en una mujer sería raro [masturbarse] porque no es muy, no es muy muy normal en ese sentido, que una mujer se masturbe, porque es como que...porque es como más cosa de los hombres”.

Participante2: “Bueno, excepto para las que ya están acostumbradas, las...las...”

Participante3: [completa la oración anterior] “Prostitutas”.

Participante2: “...pero así como...¿nosotras?...”

Participante3: “las niñas normales pues no se masturban tanto, creo”.

Reconocen la masturbación como un tema del ámbito masculino que está vetado para las mujeres. ¿Por qué? No tienen una clara respuesta al respecto, pero así lo han aprendido. En la medida en que la masturbación es algo que hacen las prostitutas y no las niñas “normales”, se transforma en algo repulsivo para ellas. Sin embargo, la última intervención que alude a que las



niñas normales no se masturban “tanto”, deja la puerta entreabierta para comenzar a reflexionar el tema con ellas. De tal manera que comienzan a preguntarse si será bueno o malo masturbarse. Todas estas reflexiones dan en un escenario en el que el deseo femenino y la búsqueda de placer, especialmente si no es en una relación, son fuertemente sancionados por ellas mismas.

Los hombres también intentan dar respuestas a las diferencias que perciben con las mujeres respecto a estos temas, frente a lo cual aventuran algunas hipótesis. Plantean que el cuerpo de la mujer es más delicado por el hecho de que los genitales son internos, lo que podría ser una de las explicaciones para que las chicas se masturban con menor frecuencia. Sin embargo, también consideran que muchas de las diferencias con que hombres y mujeres viven su sexualidad se deben a enseñanzas que la sociedad transmite. Lo comentan de esta manera:

“Porque creo que México es un país sexista. Yo pienso que con las mujeres son: ‘tú no puedes andar de noviera, no puedes andar con tres hombres a la vez’. No es como los hombres: ‘¿Cuántas novias tienes?, ah, pues ten [dinero] para que las invites a todas al cine’”.

“Una amiga me dijo: ‘yo quisiera ser hombre, porque si yo ando con varios hombres, me dicen zorra y si un hombre anda con muchas mujeres, ‘ay eres macho’ [risas]”.

“Pues la misma sociedad crea esto, ¿no? Los estereotipos, no sé, por ejemplo si usted escucha y habla con muchas personas la palabra ninfómana es una mujer que es adicta al sexo. Pero a los hombres no les dicen ninfómanos [risas] (...) se les dice hombres. Siento que es parte de la educación que se nos da, de que las mujeres deben ser más reservadas, más calmadas. Aunque también tenemos algunas amigas algo aventadas y nos cuentan sus historias [risas]”.

De esta manera, los jóvenes del grupo nos van mostrando una visión crítica de las enseñanzas “sexistas” que han recibido en la sociedad de la que forman parte. Les resultan incomprensibles los estereotipos de género entre los que han crecido, pero a su vez no pueden desvincularse completamente de lo que transgeneracionalmente (e históricamente) se les ha transmitido, respecto al comportamiento esperable para los hombres y las mujeres. Por lo mismo, también nos hablan de cómo se sorprenden cuando una chica aparece más “aventada”. Es algo que tienden a sancionar, a pesar de que lo disfrutan, ya que según comentan, una chica más aventada es aquella que los dejará avanzar más en el contacto físico. Aunque ese hecho resulte placentero para ellos y despierte risas de complicidad en el grupo, en sus mentes esa chica queda devaluada y pierde valor para tener una relación. Esta devaluación pone en evidencia la dificultad de integrar la corriente amorosa y la corriente sensual, que se mantienen claramente escindidas.

En síntesis, la manera en que hombres y mujeres experimentan los cambios en su sexualidad está fuertemente influida por la socialización de género, independientemente de las particularidades de cada sexo. Para Simon y Gagnon (1998) con la pubertad el cuerpo está equipado para el placer sexual, pero las mujeres no suelen experimentarlo tempranamente como tal, por el hecho de que, a diferencia de los hombres, no son socialmente favorecidas por mostrarse “sexuales”. La presión en los hombres se ejerce al contrario, ellos deben demostrar éxito en la sexualidad, a partir de lo cual la sociedad confirma y valora su masculinidad. Pareciera entonces que, tal como afirma Moreno (1998), “La sexualidad emerge de la interacción del cuerpo con la reglamentación social de turno. O sea, no es el deseo y después la ley; sino que la ley y el deseo se entranan inseparablemente” (como se citó en Ungar, 2006, p. 91).

### **7.3. Menarquia y espermaquia: un cuerpo potencialmente fértil**

Tal como hemos mencionado, en estos grupos de jóvenes la sexualidad aparece casi inseparable de su función reproductiva. La posibilidad de embarazarse o de embarazarse a una chica está muy presente, al menos en el discurso, como algo que amenaza el libre ejercicio de su vida sexual. Sin embargo, eso no implica que podamos apreciar con claridad lo que significa para ellas y ellos habitar un cuerpo que, a propósito de las transformaciones que han vivido recientemente, les brinde la potencialidad de procrear. Es un tema que no surge de manera espontánea, ni en el que se explayan con fluidez, especialmente los hombres para quienes el nexo entre la espermaquia y la fecundidad no resulta tan inmediato, como suele ocurrirles a las niñas con la menarquia.

Por lo mismo, no nos parece tan evidente el impacto que esta nueva función esté teniendo en la noción de sí y en la reorganización de la identidad, lo que para Knobel (1973) resultaba medular. En este sentido, pensamos que lo que verdaderamente genera un movimiento identitario es la posibilidad de transformarse en padres y madres, que no necesariamente es equivalente a contar con la capacidad engendrante, como afirman Torres de Aryan y Cossu (2014). Estos autores plantean que la adquisición de la función simbólica de la paternidad y la maternidad es un logro posterior, que requiere en primer lugar, la renuncia narcisística de tomar conciencia que sólo se es un eslabón más en la cadena genealógica. Es parte de un trabajo psíquico que no están en condiciones de hacer en estos momentos, ya que sus energías se concentran en metabolizar otras de las novedades que comprometen su identidad. Por ejemplo, en las mujeres vemos como la menarquia se transforma en un tema central, al que dedican gran parte del tiempo en la conversación sostenida.

La primera menstruación representa un hito fundamental para el desarrollo puberal femenino “que marca para siempre la vida de una mujer”, comentan las jóvenes. Al igual que las transformaciones corporales, reciben la menarquia con sorpresa, como algo “muy raro”, por más que cuenten con la información pertinente al respecto. Aparece también el temor como una de las emociones que constatan, tal como lo señalan:

“Antes de darte cuenta [de que están menstruando], dices: ‘¡no!, pues me lastimé con algo’, porque mi cama está al lado de un escritorio y me golpeé. Yo me tocaba en todas partes para ver si tenía una herida”.

“Sí, sabía que iba a menstruar, pero yo dije ‘¡no!, pero más grande’ y pero desperté y, era noche, y me desperté y dije ‘¿qué es esto? ¡Ahhh!’ y dije ‘¡mamá, me estoy muriendo!’”.

Ambos testimonios son acompañados de una carcajada lo que contrasta con lo dramático de sus contenidos. Es muy probable que esto responda a una defensa maniaca ante un hecho inevitable y que podría resultar tan angustioso como la misma idea de muerte. Tal como ha sido recurrente en los grupos, el humor sale al rescate de aquellas fantasías terroríficas. Bajar la tensión también permite que las demás asistentes se animen a compartir sus experiencias, generándose una especial complicidad para abordar un tema que es exclusivamente femenino.

Nos llama la atención que todas las jóvenes comentaron que tanto sus madres como sus maestras les habían hablado con anterioridad del ciclo reproductivo femenino, de la función de la menstruación y de los aspectos prácticos, como el uso de las toallas femeninas. Es más, la mayoría comentan que a partir de cierta edad estaban expectantes de cuándo les ocurriría a ellas. Sin embargo, tal como lo evidencian sus testimonios, pareciera que todo ello no impide que sea vivido como algo intempestivo. Es decir, el conocimiento que les han transmitido no impide el impacto inicial de constatar que comienzan a menstruar. En ese momento, es como si lo

vivencial arrasara con lo que cognoscitivamente se sabe, para dar paso a angustiosas fantasías de enfermedad, daño y muerte. Junto con esto, podríamos pensar que parte de este conocimiento previo es negado o desmentido, así como el hecho de que están creciendo y están cada día más cerca de ser mujeres adultas.

El terror al que hacen mención tiene que ver con la sangre que sale de sus cuerpos, pero también mencionan que le temen al dolor físico que acompaña el evento. En sus relatos nos van entregando elementos que nos hacen pensar que el dolor no es sólo físico y que tal vez, como afirma Tubert (2000), éste sería un correlato de algún tipo de sufrimiento emocional. Lo vemos en aquel llanto incomprensible al que refieren con frecuencia ante la primera menstruación:

“Estaba haciendo educación física y me dijeron que estaba manchada, entonces el profesor me mandó con un coordinador que tenía toallas y ya, y me puse a llorar...Y me dijeron que me podía ir a mi casa y me llevaron a mi casa y me puse a llorar y ya”.

“No sé...me fui al baño y empecé a llorar así y ya me dijeron que no me iba a pasar nada. Ya había hablado del tema con mi mamá pero no sé, lloré mucho y no quería que nadie se enterara”.

Este llanto, asociado a las ideas de los otros relatos de haberse hecho daño y de morirse desangrada, lo interpretamos como un aspecto melancólico que acompaña la menarquia. Pareciera que lo que emocionalmente duele es sentirse despojadas de algo, constatar una pérdida, frente a la que no hay vuelta atrás y que implica dejar ir una parte de la infancia. Tubert (2005) nos habla de la menstruación como “la prueba sangrante de la castración”, aludiendo a que es la evidencia de aquello que se pierde al pasar de la posición de niña a mujer. Es decir, la realidad se impone de tal manera que resalta los límites de la condición monosexuada, rompiendo la ilusión infantil de poseer los dos sexos a la vez. Esto sería a lo que Aberastury (1973) se refiere con

abandonar la fantasía omnipotente de la bisexualidad<sup>10</sup>, renuncia a la que hombres y mujeres se enfrentan con la pubertad. Entonces, siguiendo a Tubert, el énfasis en el dolor del cuerpo no sería más que un representante del dolor psíquico ante todos estos duelos. Duelos que son imposibles de negar ante la llegada mensual del periodo menstrual.

Asociado a lo anterior, consideran que menstruar todos los meses es algo que limita enormemente sus vidas y altera su rutina diaria, ya que sienten que no pueden hacer las mismas actividades de antes, como por ejemplo natación o educación física. Suelen hablar por largo rato de lo incómodo del uso de toallas femeninas, de los dolorosos cólicos y de cuán incapacitadas se sienten por esto en lo cotidiano. Tanto así que llegan a afirmar que la menstruación es algo “terrible” y es “lo peor de ser mujer”. En sus palabras:

“(…) yo veía que era horrible [la menstruación]. Yo ya estoy harta, yo ahorita ya estoy harta ¡y todavía los años que me faltan! Porque ya habrá una etapa en que se va a terminar. ¡Es insoportable! hasta tú no te aguantas de tan mal humor que tienes. Te empiezas a pelear con tus familiares, amigos, todo, que hasta por eso puedes perder a alguien [risas]”

“Yo de hecho, también lo veo así porque ahorita también yo ya estoy harta pero es que es normal y nada más pienso en que es algo que se pasa y digo ¡ya! ni modo. Pero como que si es un poquito así. Y sí, en ese sentido, sí te espantas y a veces sí, como ellos [los compañeros de grupo] dijeron ¿Qué me pasó? [Ante la menarquia]”.

En sus testimonios escuchamos que la menstruación es un evento que padecen, las cansa y fastidia. Ante la intensidad de sus lamentos nos preguntamos si hay algo, más allá de lo manifiesto, que nos ayude a entender este agobio. ¿Qué representa para ellas la menstruación? Se

---

<sup>10</sup> Es importante precisar que el término bisexualidad no se está utilizando en el sentido de la elección de objeto amoroso como una alternativa más a la homosexualidad o heterosexualidad, sino que como *dualidad sexual*.

nos ocurre, en concordancia con lo planteado más arriba, que la menarquia rompe la continuidad de la experiencia infantil y la transforma, marcando, al menos en un aspecto, el paso hacia la adultez. Para Fernández (2012), algo de lo complejo de esta experiencia se refiere a que, en un comienzo, difícilmente la pueden comprender como parte de un proceso y más bien la vivencian como un hecho repentino que además, provoca un quiebre en la imagen corporal.

En el mismo sentido, algunas de ellas afirman que la menstruación es un evento que las transforma en “mujeres grandes”, lo que las llena de ambivalencias, tal como lo mencionamos en el apartado anterior. Así verbalizan este temor a crecer:

“Es que no quieres crecer. Si te llega [la menarquia] a los 9 o 10 u 11 años, no quieres todavía crecer, quieres seguir siendo niña. Todos te hablan que la menstruación es el cambio, el cambio, el cambio para empezar la pubertad, la adolescencia, para empezar a ser adulto. Pero estás: ‘yo no quiero crecer, yo no quiero crecer, quiero ser Peter Pan por siempre’ [risas]”.

Probablemente, no es casual que la palabra cambio esté repetida tres veces en esta cita. Sugerimos que se está enfatizando aquello que perturba, que tiene que ver con enfrentar algo nuevo y desconocido, tan desconocido como el cuerpo o el mundo adulto. Vemos implícita la idea de tener que crecer a la fuerza, como si la llegada de la menarquia les robara repentinamente lo que les queda de niñez, tal como se esboza en el siguiente relato:

“Es que muchas lo consideran como el cambio de niña a, que vas a crecer y a dejar de ser una niña, entonces es el paso de...cuando te pasa es de ‘ya no voy a ser niña, tengo que madurar’ y no quieres...”

A pesar de la sensación de apremio que se transmite en este cita, la transformación hacia la adultez no es algo repentino ni mágico, sino más bien un proceso paulatino. Entonces, habría

un desfase entre lo que la sociedad transmite que representa la primera menstruación en la vida de una mujer y la vivencia que impera en ellas. Es decir, la menarquia no las transforma automáticamente en mujeres adultas y por eso les es muy difícil identificarse con esa posición. Muy por el contrario, se sienten niñas menstruantes y presionadas a hacer un giro hacia la aceptación de un cuerpo adulto.

También, para ellas la menstruación es algo cuyo rastro se debe ocultar, tal como lo demuestran en la continua preocupación por manchar la ropa y/o por mantener las toallas femeninas encubiertas. Fernández (2012) llama tabúes de la menarquia a esta imperiosa necesidad de cubrir cualquier evidencia y que la sitúa como un tema prohibido y secreto. Incluso han inventado nombres alternativos para disfrazar la palabra menstruación, como por ejemplo la llaman “Andrés, porque llega una vez por mes”. Suelen utilizar distintas estrategias para esconder las toallas femeninas y usan ropa oscura o de colores fuertes cuando están con su periodo, para disimular en caso de que se manchen con sangre. Vemos como la sola posibilidad de que eso ocurra las aterroriza:

“...tienes que usar ropa más oscura, porque te da miedo mancharte o luego traer ropa roja o negra o traer playeras [risas] que te cubran todo, porque sí te da pena que te puedas manchar”.

“Por ejemplo, yo ‘¡ay! ¿y si ya me manché?, ¿y si todos se dan cuenta?’. Es un temor ¿no? Entonces eso es lo que, a veces, da pena que los demás vean que estás en tus días”.

“Yo, cuando ando en esos días, siento que me ven. Todos se me quedan viendo, ¿qué tendré? [risas]...Y no tienes nada. Porque pasan y ya, luego pasan y siento que me están viendo otra vez [risas]...Sientes que traes un cartel acá que dice ‘estoy en mis días’ [carcajada grupal]”.



Además de la vergüenza y la preocupación por la posible burla de sus compañeros, el temor a mancharse tiene que ver con “evidenciarnos”, dicen ellas. Sin embargo, la pregunta que nos surge es qué es lo que se estaría dejando en evidencia con la menstruación y por qué debería ocultarse con tanta fuerza. “Porque todavía parecemos niñas”, responde una de las participantes, lo que leemos como “porque aún nos sentimos como niñas”. Tal como lo señalábamos, socialmente la menarquia está connotada como el paso a tener un cuerpo de mujer, una sexualidad adulta y fértil, lo que viene cargado de responsabilidades, pero sin una clara definición de los derechos y beneficios de ser mujer adulta (Simon & Gagnon, 1998). Ocultar la menstruación podría, en parte, estar representando la necesidad de mantenerse como niñas, escondiendo aquello que las vincula con el crecimiento y lo sexual genital.

Tomando la propuesta de Fernández (2012), los tabúes que rondan la menarquia se instalarían como una manera de brindar cierto orden y control ante lo que se percibe como la irrupción de la naturaleza, en palabras de Jeammet (2002). Es decir, el tabú ofrece una normatividad que permite organizar y sobrellevar la tensión que emerge ante lo desconocido de las metamorfosis puberales. En medio de aquello que se vive como incontrolable, ellas adoptan una actitud vigilante para constatar que están en condiciones de manejar lo que quieren o no exponer. Por ejemplo, una de estas normativas es que nadie, que no sea la madre o las amigas cercanas, puede saber que están en su periodo. Con los hombres no se habla de la menstruación, afirman, porque como no lo viven, no lo entienden ni les interesa. Así, van construyendo un límite entre lo que es parte de lo privado y de lo público; lo que identifica a las mujeres y excluye a los hombres.

La llegada de la menstruación también la viven como un evento que impone un límite, coarta ciertas libertades e implica mayor responsabilidad, comentario que es reiterativo en los distintos grupos. Una de las jóvenes comparte su experiencia:

“Pues no sé, eso [la menstruación] me ayudó como a ser más responsable y también, este, pues a pensar un poco diferente de mis demás compañeras, porque yo ya tenía otra responsabilidad y sí, por una parte fue como feo porque había ocasiones en las que a mí me limitaba hacer cosas y a los demás no. Entonces sí fue como lo raro”.

Vemos en la viñeta la idea de que con la menarquia hay un cambio en la manera de pensar y se favorece un mayor sentido de responsabilidad. Se deja entrever la idea de que comienzan a ocupar una posición distinta entre sus compañera que no menstrúan, más grandes, más “maduras”. Intentamos explorar cuáles son las grandes responsabilidades a las que aluden, pero únicamente mencionan aspectos respecto a su higiene personal, como por ejemplo prever la necesidad de toallas femeninas, antes de que les llegue su periodo. Tal vez se apegan a lo concreto, porque es lo que resulta más abordable para ellas, ya que en una dimensión simbólica se juegan las nuevas potencialidades de las metamorfosis puberales: la posibilidad de realizar el coito, embarazarse y ser madres. Lo que se relaciona con la necesidad de asumir una conducta responsable. Vemos que la asociación entre menstruación y fertilidad es bastante espontánea para gran parte de las niñas, lo que se ve favorecido por los mensajes recibidos, tal como nos lo hace saber esta joven:

“No, no, no sé, la verdad yo decía, me decía mi mamá: ‘te llega la menstruación, vas a tener hijos’. Y yo decía que no quiero tener hijos, entonces, ¿qué puedo hacer?, no puedo hacer otra cosa, no puedes decir: ‘no, no bajas’ o algo así [risas], porque ya te llegó, ya qué, ya ni modo”.

En este relato vemos una aceptación con resignación de la nueva condición que les ha sido impuesta y ante la cual perciben que no hay muchas alternativas de acción. La menstruación, conectada automáticamente con la posibilidad de tener un hijo, perturba aún más, por lo que el riesgo de embarazo se constituya por ahora, en una fuente de angustia. Tanto así, que algunas chicas comentan que la fantasía de haberse embarazado es recurrente cada vez que se retrasa su periodo, independientemente de que ninguna de ellas haya iniciado de manera activa su vida sexual genital. Por otro lado, la posibilidad de ser madres en un futuro y como parte de un proyecto de vida más a largo plazo es lo que, para algunas jóvenes, compensa todo lo terrible de la menstruación. Lo cierto es que, tal como lo han aprendido, el embarazo y la maternidad en este momento de sus vidas representan algo riesgoso que deben evitar, tal como lo señalan:

“Es que de hecho piensas, porque antes estaba considerado que desde que llegaba la menstruación ya era para tener hijos y te casabas. Pero ahora es muy distinto, pero si te quedas [embarazada], tienes que ser más responsable y aunque me enamore, puede ser pero no [tener relaciones sexuales], estas consciente de que puedes ser mamá”.

Encontramos en este fragmento una alusión a un cambio generacional, en tanto menciona un “antes” en que había una clara asociación entre menstruación – hijos, que parecía acorde con las expectativas sociales. En el “ahora”, la sexualidad trae consigo el riesgo de una maternidad precoz y, por lo tanto, de truncar los planes personales. Para ellas, la maternidad se sitúa como el final de un camino de logros académicos y profesionales. Algunas manifestaron que ser madres no forma parte de sus proyectos y otras, que únicamente lo serían a través de la adopción. Los motivos que verbalizaron estas últimas fueron temor al embarazo, a engordar y al dolor del parto. Resultan significativos estos argumentos en un momento en el que el foco está puesto en

sus cuerpos cambiantes y sufrientes (a propósito de la menstruación). Junto con esto, un bebé adoptado no sólo es concebido sin el compromiso del propio cuerpo, sino también al margen de la sexualidad personal. Esto nos hace pensar, una vez más, en lo difícil que está siendo para estas jóvenes apropiarse de su sexualidad y de todo lo que ello implica en sus vidas.

A diferencia de las mujeres, para los hombres la potencial fertilidad o fecundidad no es un tema que aparece ligado espontáneamente a la hora de hablar de las metamorfosis puberales. A pesar de que desde una perspectiva madurativa biológica se ha intentado homologar la primera polución o emisión de semen en el varón con la menarquia, como experiencias no hay equivalencia posible. Apegándonos a lo que vemos en las y los jóvenes de nuestro estudio, la primera gran diferencia surge en el lugar que estos fenómenos ocupan en el discurso de los grupos. De la menstruación no sólo las mujeres hablan, siendo el tema protagónico de al menos la mitad del material emergente en los grupos, sino que los hombres especulan y le dan un buen espacio para reflexionar en torno a cómo ellos creen que las mujeres la viven, sobre todo la primera vez.

Por su parte, la primera eyaculación es un tema menos recurrente. Los hombres hacen relatos muy escuetos de esta experiencia, la mayoría de las veces refieren no recordar la primera vez que les ocurrió y tampoco suelen reportarla, tal como lo mencionó Tubert (2000) en su estudio. Así nos habla de su experiencia uno de los jóvenes:

“Pues, yo no recuerdo mi primera eyaculación, o sea el 14 de febrero de 2008 eyaculé felizmente [bromea y todos ríen]. Entonces, no sé, yo creo que ... el cuerpo te pide. A veces cuando estás consciente y cuando estás inconsciente, que son los sueños húmedos que sueñas algo que te excita y solito eyaculas y te levantas mojado y tienes que limpiar [risas]... a las 3 de la mañana o la hora que sea, entonces te incomoda. No sé, en mi caso

fue más por curiosidad que por sueño húmedo y pues sí, no sé, pero no recuerdo mi primera eyaculación.”

En el tono burlesco de este relato, aquello que puede ser vivido como sorprendente, incómodo y angustiante queda en segundo plano. Es el cuerpo el que “pide” e impone una necesidad y, tal como ya lo hemos señalado, se experimenta en tercera persona, como un fenómeno ajeno. Para Tubert (2000), esto correspondería a una instrumentalización del cuerpo, en la que se vive defensivamente como un objeto, en un esfuerzo por hacerlo más manejable y calmar la incertidumbre. Por lo mismo, la alusión a la “curiosidad” pasa por el acto voluntario de masturbarse, donde la eyaculación no sería algo sorprendente; sino en cierto sentido, controlable.

Los comentarios de los chicos despiertan gran curiosidad en las mujeres de los grupos mixtos, quienes manifestaron su interés por conocer algunos aspectos de la sexualidad masculina que desconocían completamente. Por ejemplo, muy pocas sabían que significaba la palabra polución y de la espermaquia revelan que les han hablado casi nada. Pensamos que lo que ocurre en estos grupos de jóvenes es, en parte, una muestra de los contenidos que están presentes en el discurso social. Independientemente de los tabúes que rodean la menstruación, ésta tiene un lugar en el discurso, al menos como tema prohibido o secreto en ciertos contextos. La espermaquia y la eyaculación no se nombran, tanto así que algunos de los jóvenes participantes dijeron que nadie en su casa les había hablado de lo que les iba a ocurrir, hasta que les sucedió.

Si bien, la mayoría de ellos saben que producto del desarrollo puberal adquirirán la posibilidad de procrear, este no es un conocimiento que esté fácilmente vinculado a la espermaquia, tal como mencionamos. Por lo mismo sus reflexiones sobre la fertilidad comienzan a partir de nuestras preguntas y propuestas. Entonces, lo primero a lo que hacen referencia es a la necesidad de vivir responsablemente la sexualidad y evitar una paternidad prematura. Todos

coinciden en que ser padres forma parte de su proyecto futuro, pero que les falta mucho por vivir antes de eso. Así lo verbalizan:

“Tal vez el pensar en tener hijos, pero ya en un futuro, no en esta etapa porque, como dice [otro compañero del grupo], te tendrías que salir de la escuela y... perder tu vida, porque ahorita estamos muy jóvenes y necesitas un título ¡hasta para ser barrendero! (...) yo creo que hay que esperarnos a acabar la carrera para tener una vida, y ya tener un trabajo fijo para que si quieres tener una familia, poder mantenerla”

De esta forma, la paternidad para ellos lleva implícita la idea de responsabilidad, ligada principalmente a brindar el sustento económico a la familia. Sin embargo, nos surge la duda en relación a cuán apropiados están de ese discurso y cuánto de lo que dicen tiene que ver con repetir lo que los adultos les intentan transmitir, sin un mayor cuestionamiento al respecto. Lo cierto es que al hablar de este tema, el tono humorístico que predomina la mayor parte de la reunión, cede terreno a la calma y seriedad para hablar del futuro, como si nos quisieran enfatizar que con la paternidad no se juega.

En la misma línea de la responsabilidad, el ejercicio de la sexualidad, tal como en las mujeres, aparece directamente ligado con la posibilidad de tener un hijo. Por lo mismo, refieren estar muy conscientes de la necesidad de utilizar métodos anticonceptivos, en caso de que decidan tener relaciones sexuales. Nos comentan:

“Pues sí, yo pienso que tengo que calmarme, porque si tengo relaciones y no uso condón pues tendría que trabajar y dejar de estudiar y dejar de tener estas pláticas graciosas”.

“Yo siento que todos quieren tener relaciones, pero con seguridad para que, no sé, dentro de 10 o 15 años ya tener una familia próspera. Yo creo que todos piensan en tener una

familia a futuro pero no sé, luego pasan cosas y... el calor, la calenturiedad, pueden ocurrir accidentes, cosas que no esperabas”.

Vemos aquí un reconocimiento del deseo y de la excitación sexual como vivencia impulsiva, que irrumpe y que se debe “calmar” para evitar un “accidente”. En el discurso evidente, la alusión a un accidente se refiere a algún evento que altere los planes de manera inesperada, como lo sería tener un hijo. Sin embargo, nos preguntamos si lo accidental no puede estar también representando el temor de que lo que irrumpe cause algún tipo de daño y que su impulso sexual pudiera estar siendo experimentado como muy destructivo. Esta interpretación cobra sentido cuando los escuchamos a ellos mismos autodenominarse “pervertidos”, como si tuviesen la sensación de que hay algo maligno en su sexualidad. Ante este escenario, aquel discurso de la responsabilidad asociada a la paternidad, podría estar al servicio de las defensas necesarias para controlar esta vivencia. Más evidente vemos el aspecto defensivo, cuando el exceso de racionalización nos hace perdernos y finalmente, no sabemos si escuchamos las voces de estos muchachos o de los adultos que los rodean.

Todo esto nos va mostrando una de las encrucijadas de la sexualidad adolescente, en tanto hay un cuerpo que potencialmente puede concretar el acto sexual y engendrar un hijo, pero debe restringirse. Es decir, no sólo el riesgo de un embarazo a temprana edad, sino también el temor de contraer una infección de transmisión sexual, tal como se les ha enseñado, condicionan el libre ejercicio de su sexualidad (Cartolano, 2006). Se entiende entonces, tal como lo recuerda Knobel (1973), que las y los adolescentes no pasan directamente de la sexualidad infantil a la genitalidad procreativa, sino que transitan por una *moratoria psicosexual* (Erikson como se citó en Knobel, 1973), entendida como un periodo de experimentación en el que les es posible transitar por distintas identificaciones, antes de reorganizar su identidad.

Hombres y mujeres parecen estar muy conscientes de la necesidad de “cuidarse”, como les han transmitido los adultos, y de utilizar métodos anticonceptivos si deciden comenzar su vida sexual genital. Sin embargo, vemos una manera de implicarse distinta al momento de pensar las consecuencias de un embarazo precoz. Los jóvenes hablan de la paternidad con un discurso muy racional y pensado para el largo plazo, parece ser algo más lejano a su experiencia inmediata que lo que sucede con las mujeres. Además de que ellas hacen muchas más alusiones al tema, comienzan a pensarlo desde lo que representaría el impacto del embarazo para sus propios cuerpos. Tal vez es esto lo que las lleva a estar algo más conectadas que los hombres con la idea de la maternidad. Ya dijimos que para ambos sexos, en estos momentos de su vida, el potencial engendrante está más ligado a embarazarse o embarazar, que a lo que representa para la identidad poder ser madres o padres; sin embargo, el discurso masculino parece estar aún más lejos de eso.

En un intento por comprender estas diferencias entre hombres y mujeres, Córdova (2010) plantea que en los hombres existe una marcada escisión entre el ser padres y el ser progenitor, la que estaría favorecida por el hecho de que ellos no cuentan con la experiencia corporal del embarazo. Dicha experiencia, según este autor “da lugar a las primeras inscripciones pictogramáticas resultantes del contacto con el vástago” (p. 76). Es decir, apoyándose en el concepto de pictograma de Aulagnier, intenta dar cuenta de un encuentro que se sella en el registro sensorial de la experiencia, ligado a lo corpóreo y que se hace posible por la capacidad de la mujer de llevar a un hijo en su vientre. Al no contar el hombre con esta potencialidad, la representación hijo sería más precaria y débil. Si bien es cierto en nuestros jóvenes participantes no hay un embarazo en curso que nos pueda dar cuenta de dichos procesos, vemos que los procesos puberales van marcando y haciendo patentes esas diferencias en el cuerpo masculino y



femenino. Por lo tanto, podríamos pensar que desde ahí se establecería una diferencia en la posición que adoptan los chicos versus las chicas en relación con la paternidad y la maternidad.

Por otro lado, nos parece que las mujeres no están completamente exentas de experimentar esta escisión y, desde ahí podríamos pensar que este fenómeno forma parte también de la adolescencia. En este sentido, que a las y los jóvenes no les haya motivado explayarse en el tema de la potencial fecundidad, no significa que sea un tema que no les preocupe. Socialmente, preocupa demasiado y eso se les transmite frecuentemente, por lo que es probable que incluso estén algo cansados de escucharlo. También pensamos, tomando algunas ideas de Córdova (2010), que la escisión progenitor(a) padre o madre sería una manifestación defensiva para no aceptar la propia finitud, los límites y, finalmente, la muerte. Algo debe morir para dejar que nazca el padre o la madre en ellos y ellas, y es eso lo que no están en condiciones de aceptar.

## 8. Discusión

En nuestras sociedades, la adolescencia es el tiempo necesario para la adaptación de un cuerpo que cambia, un pensamiento renovado sobre el mundo, una apertura al otro, un aprendizaje de los datos esenciales al hecho de ser un hombre o una mujer, una anatomía de movimiento creciente, un descubrimiento de la sexualidad.

(Le Breton, 2014, p. 62)

Abrimos la discusión con una cita en la que Le Breton nos recuerda todo aquello que se transforma, se renueva, se descubre y se integra, agregamos nosotros, en el tiempo adolescente. Es el tiempo que comienza con las metamorfosis puberales que, siendo el objeto de estudio del presente trabajo, se constituyen en el foco de nuestras reflexiones. Nos proponemos, en este apartado, repensar algunos aspectos de dicha experiencia transformadora, a partir del material que nos ofrecen los grupos focales que realizamos con jóvenes. Lo haremos apoyándonos en los autores revisados, pero también prestando atención a los elementos que permitan enriquecer el debate y la comprensión de los procesos psíquicos e intersubjetivos de la adolescencia.

Primeramente, nos preguntamos por las sensaciones que despierta este nuevo cuerpo y encontramos que tanto en hombres como en mujeres, aparece un gran asombro y extrañamiento ante un evento que viven como intempestivo. Aunque sabemos que el crecimiento de los órganos sexuales primarios y secundarios ocurre de manera paulatina en el desarrollo, en sus relatos predomina la idea de que el cuerpo se transforma repentinamente. Tal como lo señala una de las participantes del taller de devolución: “No te das cuenta hasta que ya pasó”. Es decir, de un momento a otro, se encuentran con una nueva fisonomía que rompe la continuidad de su experiencia, como si en la prepubertad no hubiesen tenido noticia de algo que estaba transformándose.

Pensamos, así como Tubert (2000) y Gutton (1993), que dicho desconocimiento responde a un intento de autopreservarse, a través de un esfuerzo defensivo por negar lo novedoso de aquello que les impide sostener el cuerpo y la identidad infantil. Desde esta perspectiva, dicha estrategia permitiría postergar la dolorosa vivencia de pérdida y duelo, aludida por Aberastury (1973) y resistirse al estado de confusión y angustia provocada por la incertidumbre de las metamorfosis puberales (Gutton, 1993).

Ahora bien, lo que sienten que pierden, no es algo que tengan tan claro en estos momentos. Parece ser que más que el cuerpo infantil, extrañan lo que llaman “un tiempo distinto”, en el que se relacionaban con los padres y la sociedad desde una posición de niños, sin las exigencias y responsabilidades que el mundo adulto demanda en la adolescencia. Sin embargo, no es viable afirmarse eternamente en la negación, ya que la evidencia se impone de tal manera que los cambios “sacan de onda”, dicen en los grupos. Es decir, se impulsa un desplazamiento desde el carril conocido de la sexualidad infantil, hacia la novedad de la sexualidad genital. Dicha transformación, aunque a futuro podrá aceptarse, en un comienzo sobrepasa, evidenciando el carácter traumático de lo puberal (Gutton, 1993), tema que profundizaremos más adelante.

Las y los participantes del estudio nos van mostrando la necesidad de tomar distancia ante hechos irrefutables, relatando sus vivencias como si fueran espectadores de este momento de sus vidas. Las nuevas sensaciones parecen no pertenecerles, fenómeno que comprendemos como una desvinculación entre el cuerpo y el yo (Gutton, 1993) y que plantea un quiebre de la continuidad de la experiencia corporal. Esto último es lo que estaría en la base de la crisis adolescente, tal como plantea Erikson (1980/1968), en tanto el cuerpo es el aspecto fundante del yo que, no siendo el mismo de antes, cuestiona la propia identidad. Es decir, utilizando las palabras de

Tubert (2000), si el cuerpo en el espejo es otro, la pregunta obligada es: ¿quién soy yo ahora? La construcción de dicha respuesta es parte de un proceso que, entre otras cosas, exige la capacidad de tolerar la incertidumbre inicial y de sobreponerse a la angustia que despierta.

Con base en lo anterior, pensamos que el distanciamiento al que hacemos mención, no es únicamente defensivo o resistencial, sino que representa un paso necesario para lo que llamaremos trabajo elaborativo adolescente. Si bien el concepto de trabajo elaborativo se utiliza en psicoanálisis, principalmente para dar cuenta de un fenómeno propio de la cura analítica (Laplanche & Pontalis, 1996), nosotros lo proponemos como un desarrollo fundamental propulsado por las metamorfosis puberales. Esto quiere decir que, luego de la irrupción de lo puberal, se pone en marcha el proceso que Gutton (1993) llama *adolescens*. En él, las y los jóvenes realizan un trabajo psíquico que les permite ir poco a poco, aceptando e integrando tanto los nuevos aspectos de sí, como aquellas vivencias impulsivas reprimidas. Para hacerlo, necesitan una especie de pausa o tregua en la que tengan la posibilidad de contemplar lo que, en un primer momento, es desbordante. Entonces, la desconexión con la propia experiencia que describimos, es lo que les estaría permitiendo generar un espacio para significar, comprender y, posteriormente, integrar lo que les ocurre.

En este contexto, sugerimos que el hecho de visualizar el propio cuerpo temporalmente como un agente extraño, contribuye a verlo en perspectiva y a hacer un esfuerzo por descifrarlo. Al mismo tiempo, les brinda la posibilidad de ir reapropiándose de él, paulatinamente. Pudimos pesquisar algunas claves incipientes de este fenómeno en la evolución de los grupos focales. Es así como, inicialmente, predominó un discurso extremadamente descriptivo, intelectualizado y lejano a la experiencia personal. Luego, de forma intermitente, fuimos percibiendo momentos de mayor conexión emocional en los relatos. Entonces, hubo una alternancia entre implicarse y

distanciarse, lo que pareciera representar un esfuerzo por constatar la experiencia, a través de estrategias cognoscitivas y racionales, y para ordenar la sensación de caos que se presenta en instantes. Tal vez, esto sea parte del interjuego constante que propone Gutton (1993) entre lo puberal y lo adolescens. Es decir, la pubertad no desaparece para dar paso a la adolescencia, sino que ocupa el centro de la misma, siendo objeto de un trabajo continuo (Waserman, 2014).

Entre aquellos eventos caóticos o traumáticos para los chicos encontramos, por ejemplo, las primeras erecciones sorprendidas, que experimentan con incomodidad y cierta perplejidad. Dicha perplejidad ante una experiencia nueva se relaciona, de acuerdo con Aryan (2014), con que hay un lapso temporoespacial en el que el peso de lo somático se impone, restringiendo la posibilidad de utilizar la fantasía para dar sentido a lo que se experimenta. Es decir, hay un momento en el que lo que pasa con el cuerpo se torna incomprensible para ellos.

Retomando a Gutton (1993), el carácter traumático está en la manera en que lo real biológico introduce una fractura en la tranquilidad de la latencia, reactivando un movimiento pulsional que se torna enigmático y desconocido. En la misma línea, Jeammet (2002) lo explica como una intromisión violenta de la naturaleza frente a la cual no hay más que permanecer expectantes, al menos en un principio, ante la imposibilidad de tener dominio y control. Dichas teorizaciones se hacen evidentes en las vivencias de las y los participantes de nuestro estudio, cuando aluden a lo que les ocurre en el cuerpo como un fenómeno ajeno; como una guerra de hormonas, que sucede e impacta, pero que parecieran no pertenecerles.

No obstante, sin desconocer la potencia de la naturaleza en las metamorfosis puberales, pensamos que, desde un comienzo, estos procesos están interceptados por los significados atribuidos y contruidos a partir del encuentro social. Siguiendo lo planteado por Flaak (2005), en todo momento de la vida existe una compleja y continua interacción entre las fantasías, deseos

y temores que se experimentan en relación con el cuerpo y los mensajes que se reciben del contexto relacional, los que van otorgando sentido a la corporalidad. Es decir, en la pubertad no sólo es la irrupción de la biología y lo pulsional, sino también la fuerza de la mirada del otro lo que hace imposible sostener la ilusión de que todo sigue igual. De esta manera, y tal como lo constatamos al escuchar a nuestros sujetos de estudio, es el reconocimiento que el entorno cercano hace de sus propios cambios, lo que igualmente representa un hecho violento, de ruptura y que perfora la identidad construida hasta ahora.

Resulta entonces paradójico que el mismo cuerpo que se transforma a su antojo, en el ámbito privado e íntimo, sea el que exhibe y expone en el dominio público. Lo vemos en las reuniones grupales cuando, en un comienzo, con cierto pudor van nombrando y dando cuenta de lo que está sucediendo en su nueva corporalidad. Seguido de una reflexión con relación a cómo se incrementa el “sentido del ridículo” en este momento vital, en el que están mucho más pendientes de las percepciones y juicios externos. Aquello que se experimenta como algo íntimo, involuntariamente revela, como menciona Jeammet (1992), las emociones ocultas y las fallas secretas; de tal forma que los límites del yo dejan de ser protegidos, temporalmente, por el cuerpo. Por lo mismo, se cuenta ahora con testigos, que potencialmente acompañan, apuntalan, interfieren y/o facilitan los procesos personales. Esto cobra especial relevancia si pensamos que la mirada que los otros devuelven es uno de los elementos que posibilita la integración de la autoimagen y de la identidad personal (Winnicott, 1979), y que finalmente, permite la subjetivación del propio cuerpo (Waserman, 2014).

En concordancia con lo anterior, los testimonios que escuchamos nos dejan claro que la significación de la experiencia puberal no se da en solitario, sino que resulta de un proceso intersubjetivo, en el cual quienes cumplen las funciones parentales tienen una influencia

importantísima (Faake, 2005). Es así como la ambivalencia ante el hecho de crecer y asumir una posición en el mundo adulto, no está sólo presente en nuestros jóvenes, sino que se ve retroalimentada por los mensajes contradictorios que reciben también de sus cuidadores. En un comienzo, principalmente en lo reportado por hombres, parecen ser las madres y los padres, quienes dan noticia de que algo nuevo está sucediendo en sus cuerpos, haciendo la primera invitación a la autoobservación. Más tarde, son las miradas de los pares las que tienen primacía en la significación de las transformaciones puberales y en la reconstrucción de la propia autoimagen. Es en estos momentos que, de acuerdo con Le Breton (2014), la cultura de los padres es reemplazada por la del grupo de pares, quienes juzgarán de acuerdo con el apego a los modelos validados por ellos.

Surge entonces, una imperiosa necesidad de ser reconocido como individuo, al mismo tiempo que se busca ser semejante a los miembros del grupo para sentirse perteneciente y refugiarse en él. En este sentido, vemos que las y los compañeros son un referente fundamental, ya que así como pueden ser quienes señalan, critican y se burlan, también son aquellos que acompañan y contienen en este proceso. Frente al grupo, se habla con más libertad y menos pudor de las inquietudes que las transformaciones puberales generan, constituyéndose en una fuente de información y cuidado. Este hecho nos va confirmando que, en contraposición con lo que señala Le Breton (2014) y a pesar de estar inmersos en un contexto de creciente individualismo, las y los adolescentes de nuestro estudio no se están tan solos en su tránsito hacia la adultez. Más bien, con sus pares forman una comunidad que les brinda el apoyo necesario para ir dando sentido a sus nuevas experiencias<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Tal vez, en el contexto del que forman parte nuestros sujetos de estudio, el individualismo no ha llegado al nivel que describe Le Breton para la sociedad francesa. Esto nos permitiría entender que en México (al menos, en algunos sectores de la sociedad mexicana) podamos encontrarnos con jóvenes que están algo más acompañados en sus procesos.

No obstante, a diferencia de lo que ocurre con los varones, las niñas reconocen que en un comienzo, viven en solitario sus metamorfosis. Esto, porque son ellas mismas quienes constatan, en primera instancia, lo que experimentan como hitos transformadores de su corporalidad: la menarquia y el crecimiento de los pechos. Sin embargo, en el momento que viran hacia el grupo y se dan cuenta que no son las únicas que están sufriendo cambios, sienten alivio y tranquilidad. Por lo mismo, suelen compartir sus vivencias entre mujeres, identificándose a partir de aquello que tienen en común y que las diferencia de los hombres.

También, vemos en las y los jóvenes de los grupos una atención especial a sus cambios corporales, que los impulsan reconstruir su autoimagen. En este proceso, el foco está en su apariencia, en el valor que otros dan a su imagen, como una de las fuentes importantes de estima personal. Le Breton (2014) lo entiende como un tiempo en el que “existir es ser observado, vale decir, marcado y distinguido” (p. 77). Los otros señalan, clasifican, aprueban o desaprueban, lo que les va entregando una retroalimentación necesaria para construir su propia individualidad. En este exceso de atención a la apariencia, la dimensión estética del cuerpo adquiere un inmenso valor, principalmente para las chicas. Tal como ellas comentan, poseer pechos las hace sentir atractivas y, a su vez, orgullosas de estar más cerca de ser “mujeres grandes”, aunque más adelante veremos que este hecho no está exento de ambivalencias.

En cuanto a los varones, si bien les preocupa verse bien, su atención está más focalizada en adquirir musculatura y fortaleza. De esta manera, en nuestros hallazgos se repite lo que Tubert (2000) documentó a partir de su estudio: los chicos parecen estar centrados en cómo el cuerpo crece y obtiene destrezas y habilidades, mientras las chicas ponen su atención en las nuevas formas que adquiere. Se nos ocurre que en la base de este hecho, existe un mandato social que, de forma más o menos implícita, dice que las niñas deben ser “lindas” y los hombres, “fuertes”.



Siguiendo a Le Breton (2014), constatamos que la mirada tiránica del otro impacta de distinta manera a hombres y mujeres, pero lo cierto es que se constituye en una imposición para ambos.

Como hemos señalado, la sociedad ejerce una fuerte presión hacia la mujer para ser bella y tener ahora un cuerpo delgado y armónico, ofreciendo a través de los medios de comunicación, un ideal de belleza difícil de alcanzar (De Llanos Serra, 1994; Le Breton, 2014; Tubert, 2010). La presión de dichos ideales, contribuye a cierto grado de insatisfacción que nuestras participantes explicitan al hablar de su desarrollo puberal. En sus relatos, logramos percibir aquello que Tubert (2010) denomina un “malestar femenino en la cultura”, cuya fuente y consecuencia sería la relación de cada mujer con su cuerpo y la valoración de su autoimagen. Para esta psicoanalista, el cuerpo representa una metáfora de las exigencias pulsionales, aspectos que nuestra cultura se esfuerza, intensamente, por controlar, específicamente en la mujer. Entonces, este hecho tiene una importante repercusión en la significación que cada joven construye de su cuerpo, tal como lo reconocemos cuando, por ejemplo, escuchamos a una de ellas decir: “... bueno, yo me siento mal porque me gustaría ser, no me gustaría ser como soy, me gustaría ser diferente... Delgada [ríe]”.

Por consiguiente, vemos en las participantes de nuestro estudio que la preocupación excesiva por el peso y la imagen, más que a un esfuerzo por seducir para ser vistas, como plantea Le Breton (2014), responde a una exigencia de autocontrol; cuyas manifestaciones las encontramos en el cuidado minucioso de lo que comen (y de las calorías que ingieren) y en sus esfuerzos por aplacar las nuevas sensaciones. Así mismo, no percibimos en ellas la intención activa de seducir, sino por el contrario, adoptan una posición pasiva al esperar ser objeto de las miradas de otros, tema que profundizaremos más adelante. Es ahí donde, de acuerdo con Le

Breton, dichas miradas se tornan tiránicas, ya que imponen una presión para cumplir con los estándares de belleza vigentes.

A los hombres, por su parte, se les exige demostrar la fortaleza adquirida como prueba de virilidad, lo que también encierra dificultades. Si bien, los cambios puberales los dotan de un cuerpo adulto, que es valorado por ellos, en tanto les brinda un nuevo status como seres sociales; también es cierto, y nos lo señalan los mismos jóvenes, que eso viene cargado del peso de la responsabilidad, para el que no se sienten del todo preparados. En un momento en el que aún no han abandonado la niñez, están presionados para asumir una posición de hombre adulto, lo que además, representa una prueba de virilidad.

Junto con lo antes expuesto pensamos, al igual que Tubert (2000), que el énfasis de los chicos puesto en sus logros físicos, puede ser una forma de compensar la vulnerabilidad emocional que experimentan al enfrentarse a las transformaciones puberales. Esto, por la dificultad que muestran para dar cuenta de lo que puede ser angustioso en ellos. Recordemos que son los varones los que comienzan a hablar de la guerra de hormonas, como algo caótico que altera sus vidas; sensación que terminan minimizando y proyectando en las mujeres, atribuyéndoles a ellas una pubertad más difícil. Sin embargo, independientemente de las ambivalencias y la diversidad de sensaciones que estos fenómenos producen, no queremos dejar de reconocer el goce y placer que despierta en ellos el hecho de crecer, como una de las claras ganancias de la pubertad.

Por otro lado, a pesar de que hay bastante evidencia que concluye que los cambios corporales generan más insatisfacción para las mujeres que para los hombres (Archibard, Graber & Brooks-Gun, 1999; Benjet & Hernández-Guzmán, 2001, 2002; Slater, Guthrie & Boyd, 2001), lo que incluso se constituye en un hecho casi irrefutable entre los participantes del estudio;

creemos pertinente detenernos a discutir esta idea. En primer lugar, y tal como lo planteamos con anterioridad, esta conclusión parece estar sesgada por el hecho de que la pubertad (y la sexualidad) masculina ha recibido menos atención por parte de los investigadores, que la femenina. Entonces, poco sabemos de aquello que dificulta la integración del cuerpo en los varones.

En segundo lugar, la misma valoración social de la fortaleza masculina actúa como una especie de trampa, en tanto no brinda espacio para que ellos puedan exponer sus vulnerabilidades. Es por esto que pensamos que cuando adhieren al discurso de que la pubertad para las mujeres es más sufrida y tormentosa, están poniendo en ellas las propias angustias y fragilidades. Aquéllas de las cuales no han podido hacerse cargo, principalmente porque su socialización no les ha brindado ni el espacio, ni las herramientas para hacerlo.

En tercer lugar, y tal como lo desarrollamos anteriormente<sup>12</sup>, estamos de acuerdo con que la sobrexposición que el marketing hace del cuerpo femenino lo posiciona como un objeto de dominio público, lugar desde donde el deseo de los otros irrumpe, incomoda y dificulta la integración de la imagen corporal en las niñas. No obstante, también consideramos que las expectativas que la sociedad deposita en los varones no les facilita el camino a la integración de su nueva autoimagen y el logro de su masculinidad, especialmente para aquellos que no han sido dotados de un cuerpo fornido. De modo que la complejidad de la vivencia está atravesada por lo que la sociedad le imprime al cuerpo femenino y al masculino. Es decir, estamos hablando de experiencias que son cualitativamente distintas para hombres y mujeres, razón por la cual imponer un criterio cuantitativo para medir si es más o menos difícil para ellas o para ellos pierde todo sentido y, finalmente, no se traduce en un verdadero aporte a su comprensión.

---

<sup>12</sup> En el capítulo de resultados reflexionamos cómo aquellas miradas que las chicas llamaron “morbosas” se constituyen en un obstáculo para la apropiación de su cuerpo, en tanto conllevan la imposición del deseo de otro (habitualmente de un hombre mayor) sobre el propio.

Entre estas diferencias cualitativas, por ejemplo, la manera en que hombres y mujeres experimentan y significan sus cambios corporales, puede relacionarse con que dichas transformaciones los sitúan quizás en una posición distinta, respecto de los cánones de belleza predominantes en Occidente. Como señalamos anteriormente, el movimiento hormonal hace que el cuerpo de las mujeres aumente su proporción de grasa, alejándolas del ideal de delgadez que se impone en nuestra cultura (De Llanos Serra, 1994; Le Breton, 2014). En el caso de los hombres, con la pubertad se incrementa su constitución muscular esquelética, lo que junto con aumentar su fortaleza física, los acerca al ideal de cuerpo masculino y viril, promovido en Occidente, contrariamente a lo que ocurre con las jóvenes (Ahmadi et al., 2009). Este hecho nos da otro elemento para comprender que el nivel de satisfacción con la imagen corporal sea menor en las mujeres que en los hombres.

Aparte de ello, encontramos que en las chicas, desde pequeñas está el anhelo de usar brasier, tal como ven que lo hacen sus madres, para conseguir asemejarse a un cuerpo adulto. Aún así, cuando constatan que sus pechos han crecido, producto de la pubertad, aparece una sensación de extrañeza, que concuerda con lo señalado por Aberastury (1973), mostrándonos la vigencia de algunos de sus postulados. Para esta autora, dicha incomodidad inicial se entiende por la dificultad para integrar las nuevas características, cuando aún no se ha resuelto el duelo por el cuerpo infantil. Es en este punto donde discrepamos con sus planteamientos, ya que nos parece que están teñidos de una excesiva nostalgia por la infancia, que no logramos pesquisar en el discurso de nuestras participantes.

A diferencia de lo anterior, pensamos que los sentimientos contradictorios que despierta el desarrollo del busto, se relacionan con la articulación entre los significados que se le atribuyen socialmente y la experiencia subjetiva del propio cuerpo. Así, de acuerdo con Notman (2003),

los pechos son motivo de orgullo y se constituyen en un recurso para la seducción y atracción de las miradas de los otros. Sin embargo, pareciera que la seducción es por ahora un juego para ellas, que no tiene una connotación claramente erótica y que, como mencionamos recientemente, está lejos de ser algo que asuman activamente. Entonces, vemos como el cuerpo se modifica en un momento en el que aún no se encuentran en condiciones de asumir una sexualidad genital (adulta) (Jeammet, 1992), siendo esa discordancia la que incomoda y perturba.

Con todo, queremos resaltar que, si bien el encuentro con el nuevo cuerpo puberal impacta, sorprende y puede despertar ansiedad en las y los jóvenes, es también un motivo de orgullo y goce, aspecto que Aberastury (1973) dejó en segundo plano, al focalizarse en el duelo por el cuerpo infantil. En los grupos pudimos darnos cuenta que no todo es pérdida, aparecen nuevos atributos, capacidades y sensaciones que brindan placer y les permiten valorar su condición. Destacamos esto último, porque pensamos que es un aspecto que no ha sido del todo contemplado entre los autores que estudian dichos fenómenos y constituye un importante hallazgo de nuestro estudio.

Junto con esto, es importante mencionar que aquello que nosotros, apoyados en la teoría, interpretamos como manifestaciones angustiosas, fue el único tema en el que disintieron quienes asistieron al grupo de retroalimentación. Tal como mencionamos, esta reunión se realizó dos años después de que recopilamos el material analizado para este estudio. En ella manifestaron que lo sorpresivo de las vivencias puberales no necesariamente las transforma en angustiosas y lo explicitaron así:

“A mí no me angustiaron los cambios, porque mi mamá siempre me mantuvo informada. Era algo que sabía que iba a pasar” (Mujer).

“En mi caso no fue angustioso, sino sólo ¡Ah! (grita) Me salió un pelo” (Hombre).

Pensamos que, luego de dos años, nuestros participantes no son los mismos, ya que han atravesado gran parte del trabajo elaborativo necesario para ir digiriendo e integrando sus transformaciones. Desde esta nueva posición, están más conectados con el goce y las ganancias que las metamorfosis puberales les han producido, dejando en el olvido la angustia inicial. Tal vez, podríamos hablar de una especie de *amnesia puberal*, que de manera similar a la amnesia infantil<sup>13</sup>, sería la manifestación de la represión de aquello que es necesario alejar de la conciencia. Es decir, lo incómodo y/o displacentero ya no forma parte de sus recuerdos y por lo mismo, en sus relatos vemos que ahora no les hace sentido hablar de lo angustiante que pudo haber despertado en sus comienzos el nuevo cuerpo.

Muy ligado a lo recién expuesto, está lo concerniente a nuestro segundo objetivo, que persigue conocer la manera en que se experimentan los cambios en la sexualidad, a partir de la pubertad. En primera instancia, no hay claridad en relación a las sensaciones que suscitan dichos cambios y por lo mismo, no les es fácil hablar directamente de su sexualidad. Tal como precisamos, prefieren introducir el tema hablando del amor; de los primeros encuentros y desencuentros amorosos, los que hombres y mujeres parecen sufrir por igual. Aquí vemos que tiene lugar un espacio de búsqueda de aquel objeto de amor exogámico, que les permite, junto con tomar la distancia suficiente de las figuras parentales, conocer y experimentar un nuevo aspecto de sí (Freud, 1905/1984). Este hecho necesariamente nos remite al proceso de construcción, reconocimiento y aceptación de la propia identidad sexual. En dicho proceso, se van manifestando las particularidades de las experiencias de los hombres y de las mujeres.

Un ejemplo de lo anterior se relaciona con el lugar que ocupa la homosexualidad en los relatos de las y los jóvenes de los grupos. A diferencia de lo que ocurrió con las chicas, donde el

---

<sup>13</sup> Freud (1984/1905), asombrado por la casi ausencia de recuerdos sobre la primera infancia en muchos adultos, abordó el tema de la amnesia infantil. Para él, el acceso a dichos recuerdos se dificulta por la acción de la represión de la sexualidad infantil, que se extiende a otros acontecimientos de ese tiempo.

tema prácticamente no aparece, los varones hablan espontáneamente de la homosexualidad, como un fenómeno conocido y aceptado, al menos a nivel discursivo. Si bien para hacerlo necesitan sentirse confirmados en su heterosexualidad ante el grupo, entre bromas y juegos, logran pensar en las orientaciones sexuales posibles. Y es que, por más que sea deseable para ellos mostrarse con una mayor apertura hacia la diversidad sexual, siguen inmersos en una lógica heterosexista. Como afirma Connell (2005), dicha lógica se sostiene, entre otras cosas, porque en la construcción de las masculinidades, aún en la actualidad, parece no haber un referente homosexual. Más bien, da la impresión que en el contexto sociohistórico de nuestros participantes, el único escenario aceptable para sentirse viril y masculino son las relaciones con personas del otro sexo. De esta manera, confirmando lo planteado por Cornell, vemos que las masculinidades son construidas en el encuentro de los jóvenes con los sistemas de relaciones de género hegemónicos.

Por otro lado, el hecho de que el tema de la homosexualidad no aparezca en el discurso de las chicas, tal vez se relacione con lo escindidas que las percibimos en la vivencia de su sexualidad. En sus relatos, la excesiva adherencia a lo socialmente “esperable” para el comportamiento femenino, no da espacio a las manifestaciones del movimiento pulsional que están atravesando, a propósito de la pubertad. Como si el apego a la imagen social del cuerpo femenino y las prohibiciones en torno a la sexualidad que, desde temprana edad les han transmitido, se constituyeran en estrategias defensivas para estabilizar el torbellino de emociones de este período (Flaake, 2005; Tubert, 2010). Entonces, la corriente tierna de la sexualidad se hace predominante y acapara sus discursos, pudiendo dar cuenta únicamente de sus relaciones amorosas y románticas, siempre con varones. Así, vemos en ellas una sanción a la

experimentación del placer, y en mayor intensidad, al placer autoerótico, tal como lo profundizaremos más adelante.

Es en este tema donde las diferencias se intensifican en los relatos de hombres y de mujeres, ya que asumen posiciones divergentes al hablar del deseo y del placer. Nos damos cuenta de que el lugar que cada uno ocupa está fuertemente influido por los estereotipos tradicionales de género, que establecen conductas permitidas y reprobadas para cada sexo. Es así como mientras los chicos reconocen abiertamente el despertar de su deseo erótico y de la excitación sexual, para las jóvenes estos temas parecen ser desconocidos y ajenos a su experiencia. En un esfuerzo por racionalizar dichas diferencias, ellas plantean que en el desarrollo femenino, la excitación aparece temporalmente más tarde (que en los hombres) y sería por eso que aún no se transforma en foco de su interés.

Aunque la hipótesis de las chicas resulta interesante, no disponemos de evidencia que la avale, ya que sabemos que a partir de la pubertad, tanto el cuerpo masculino como el femenino cuenta con la capacidad de experimentar nuevas sensaciones en el ámbito del erotismo, la sexualidad y la sensualidad (Simon & Gagnon, 1998). Entonces, más que un criterio temporal en el desarrollo, pensamos que hay otros elementos a considerar para este desfase. Uno de ellos podría relacionarse con la manera en que las chicas y los varones del grupo describen las vivencias asociadas a aquello que marca el inicio de la pubertad: la espermaquia y la menarquia.

Los relatos de las mujeres aluden a la menarquia como un evento físicamente muy doloroso e incómodo. En contraposición a ello, la espermaquia en los varones está algo más vinculada con lo erótico. Si bien la primera eyaculación puede aparecer como un evento angustiante, descubrir esta capacidad es al menos potencialmente placentero para ellos, según refieren. Entonces, pensamos que tal vez, este primer encuentro con lo que los y las acerca a un



cuerpo y una sexualidad adulta, tenga cierta injerencia en la posición divergente que ocupa el placer sexual en sus discursos. Es decir, el acceso al placer y la posibilidad de hablar del mismo estaría interferido para las chicas, entre otras cosas, por el momento que atraviesan, en el cual el foco de atención es aquello que han significado como un hecho doloroso<sup>14</sup> e incómodo.

Por su parte, Benjamin (1996) nos propone otro elemento para reflexionar en torno al lugar que ocupa el placer sexual en las jóvenes, al llamar la atención sobre lo que reconoce como una verdadera dificultad femenina para constituirse como sujetos deseantes. A partir de esta premisa, afirma la autora, pareciera que la única posibilidad que tienen algunas mujeres para acceder al deseo es ocupando la posición de objeto deseado, lo que no contribuye a que se desempeñen como agentes activas de su sexualidad, algo que vemos en las chicas del grupo. Principalmente cuando, por un lado, se muestran como si estuvieran desexualizadas, desprovistas de erotismo y de la capacidad de experimentar placer, negando y proyectando su impulso sexual. Entonces los otros, en quienes se ha proyectado lo que es inaceptable para ellas, son llamados peyorativamente “sexosos”, en el caso de los varones y “zorras”, si son chicas que viven de manera más abierta su sexualidad. Por otro lado, estas mismas jóvenes también hacen algunos esfuerzos por desplegar su sensualidad; se maquillan y se arreglan con la idea de verse sexys y resultar atractivas ante los varones. Sin embargo, en ninguno de estos lugares logran ser activas en la apropiación de su deseo.

Una de las principales problemáticas que sostiene estas divergencias en las vivencias de hombres y mujeres radica, según la psicoanalista antes citada, en que aún la diferencia sexual sigue siendo interpretada como una desigualdad en la posición social. Es decir, a pesar de las

---

<sup>14</sup> Esta manera de significar la menstruación es consistente con la influencia de la tradición judeocristiana en nuestras sociedades y nos remite a aquella cita bíblica en la que Dios condena a la mujer por su desobediencia y le dice: “Multiplicaré tus sufrimientos en los embarazos y darás a luz a tus hijos con dolor” (Gen 3:16; Antiguo Testamento), lo que se hace extensivo culturalmente a la menstruación como parte de la fecundidad.

nuevas reflexiones que nos ofrecen las perspectivas de género, la masculinidad mantiene su supremacía, siendo portadora de la voluntad y la agencia. Entonces, en palabras de Benjamin (1996), ser mujer es “vivir para otro”, razón por la cual permitirse la pasión, el descontrol sexual y la satisfacción personal, perturba. En este escenario, la imagen de mujer hipersexualizada y sexy, promovida por el marketing y los medios de comunicación, más que un giro hacia el reconocimiento y aceptación de su sexualidad, respondería a posicionarla como objeto de deseo para otros (y no como sujeto deseante).

Si bien el trabajo de Benjamin surge en Estados Unidos hace más de 20 años, nos parece todavía vigente y útil para interpretar los fenómenos que estamos observando en nuestros grupos. Y es que, a pesar de que en ciertos sectores de la sociedad predomina un discurso que busca la igualdad entre hombres y mujeres, y del cual las y los participantes del estudio intentan formar parte; resulta tremendamente sorpresivo e inesperado para nosotros, ver que siguen atrapados en los estereotipos más tradicionales de género. Al respecto, llama la atención que aunque racionalmente adopten una mirada crítica y cuestionadora de lo que les han enseñado, esto no les impide seguir rotulando a las chicas que manifiestan su deseo de manera más explícita, despectivamente, como “fáciles”. Podríamos decir que en un contexto en el que las mujeres se clasifican entre vírgenes o zorras, nuestras jóvenes parecieran no tener más opción que rehuir a su propio deseo. Tal como plantea Tubert (2010), estos fenómenos parecen ser “efecto y causa de las desigualdades de género que persiste en estos ‘tiempos de igualdad’” (p.173).

Otro de los aspectos en el que se manifiestan las diferencias que venimos señalando es el tema del autoerotismo. Gran parte de los participantes hombres hablan de la masturbación como una experiencia, que si bien despierta cierto pudor, viven como algo lúdico y gozan. En cambio, las chicas no tienen mucho que decir al respecto y más bien, tienden a adoptar una actitud

sancionadora hacia la autoexploración y las caricias del cuerpo. Esto nos hace pensar que hay en ellas una especie de rechazo al placer como fin último (placer por placer), principalmente si está desvinculado de otro. De alguna manera, vemos como si la dimensión pulsional de la sexualidad estuviera completamente escindida de su posibilidad vinculante y de relación de objeto, polarizándose a tal nivel que hombres y mujeres se ubican en extremos opuestos del continuo.

Los sociólogos Simon y Gagnon (1998) ofrecen una alternativa para comprender las diferencias encontradas, proponiendo que la organización sexual femenina posee una orientación predominantemente social. Uno de sus fundamentos sería que, de acuerdo con sus hallazgos, las mujeres buscan el placer del autoerotismo, posteriormente a haberlo experimentado con otra persona. En contraposición a ello, el hombre se movería desde el ámbito íntimo y privado hacia lo sociosexual. A nivel descriptivo, podemos ver esta tendencia en el material analizado para este trabajo; no obstante, aún nos falta para entender cómo es que se construye tal divergencia a partir de las metamorfosis puberales. Principalmente, porque sabemos que tanto hombres como mujeres, descubren espontáneamente sus genitales en la infancia y no parece haber evidencia que avale una diferencia significativa en los niveles de autoexploración entre niñas y niños pequeños (Ramos Brieva, 2011).

Es interesante reflexionar sobre esta última idea, dado que tal como lo hemos enunciado, en el desarrollo evolutivo la noción de género precede a la constatación de las diferencias anatómicas de los sexos (Benjamin, 1996; Bleichmar, 2006). Ello implica que en la infancia, el conocimiento del género convive con la sexualidad autoerótica y no es sino hasta la pubertad que el autoerotismo tomaría un camino divergente para ambos sexos. Entonces, vamos constatando que las metamorfosis puberales, con el advenimiento de la genitalidad, ofrecen un escenario distinto para participar y reflexionar sobre el ordenamiento de género y la posición en relación

con la alteridad y con la diferencia entre los sexos. De alguna manera, en nuestros grupos somos testigos de cómo dicha participación atraviesa las experiencias de las y los jóvenes respecto a su sexualidad, pautando los comportamientos “permitidos” y “sancionados” para hombres y mujeres.

Un dato relevante es que, así como sucedió entre las participantes de esta investigación, el hecho de que las mujeres refieran una menor actividad masturbatoria que los hombres es bastante recurrente en los estudios que exploran el tema (Bardil, Leyton & Martínez, 2003; Simon & Gagnon 1998); dato que puede recibir al menos dos lecturas. Tal vez, la más evidente sería la confirmación de las diferencias existentes en la conducta sexual autoerótica entre los sexos; es decir, que por diversas razones, las mujeres se masturbarían menos. Una segunda interpretación es la propuesta por Ramos Brieva (2011), quien afirma que tal diferencia no es real y que el problema es que las mujeres temen revelar lo que realmente hacen, en términos de su comportamiento sexual.

Entre las hipótesis que intentan explicar qué contribuiría a una mayor incidencia de masturbación masculina en la pubertad, Simon y Gagnon (1998) argumentan, basándose en evidencia biológica, que los cambios hormonales de la pubertad incrementan el impulso sexual masculino, lo que también se asocia con un aumento de la sensibilidad genital. Ejemplo de ello serían las erecciones involuntarias que, tal como nos comentaron algunos de los asistentes a los grupos, en ocasiones surgen desvinculadas de un estímulo sexual directo. Sin embargo, siguiendo a estos autores, aunque las niñas no tengan el mismo nivel de reactividad hormonal, tampoco se dispone de pruebas que avalen una inhibición fisiológica de la conducta sexual en la pubertad femenina, en las que se puedan apoyar las diferencias encontradas.

En consecuencia, si bien Simon y Gagnon (1998) reconocen la existencia de una mayor sensibilidad biológica que aumenta la probabilidad de masturbación masculina en la pubertad, insisten en que el significado, la organización y la continuidad de esta práctica se subordina, necesariamente, a factores psicológicos y sociales. Es decir, al igual que estos autores y apoyándonos en las reflexiones que desprendemos de nuestro estudio, pensamos que lo que subyace a los distintos modos de experimentar la sexualidad se juegan en el orden de lo psicológico, lo social y lo cultural, más que en las diferencias biológicas y anatómicas.

Por otra parte, Ramos Brieva (2011), luego de revisar diversas investigaciones sobre el comportamiento sexual (desde el informe Kinsey hasta estudios algo más actuales), concluye que tanto hombres como mujeres mienten al momento de relatar sus prácticas sexuales. Los hombres lo harían mostrándose más sexualizados y las mujeres, evitando hablar de lo que realmente han experimentado. Esto, porque en nuestras sociedades hay una prohibición instalada ante la sexualidad femenina, a diferencia de lo que ocurre con los varones, a quienes se les promueve y refuerza que sean activos en su sexualidad para confirmar su “virilidad” (Simon & Gagnon, 1998).

Ahora bien, a través del material analizado en nuestro estudio, más allá de determinar si la inhibición femenina está en la posibilidad de revelar a otros lo que hacen con su sexualidad o efectivamente en sus conductas, pudimos constatar que las jóvenes muestran una actitud más cohibida frente al tema. Por consiguiente, vamos viendo que existen diferencias en la experiencia sexual subjetiva de hombres y mujeres, respondiendo así a una de las preguntas que nos formulamos en este trabajo. Es decir, la manera en como hablan del fenómeno, lo que revelan y enorgullece versus lo que ocultan y avergüenza, nos está transmitiendo información importante de lo que representa para ellas y ellos.

Al respecto, resulta significativo que, así como nos cuentan las y los participantes, sus maestros les hablan y se esfuerzan por derribar mitos respecto de la masturbación masculina, dejando la femenina completamente fuera de sus discursos. En consecuencia, como no se platica del tema, poco es lo que se sabe y, por lo tanto se construyen mitos que alimentan y fortalecen estereotipos alejados de la realidad. Por ejemplo, la idea que repiten nuestras jóvenes respecto de que la masturbación no es un tema de interés para las niñas de su edad. El referente social de esta divergencia lo constatamos también a través del lenguaje que utilizan, donde por ejemplo, la masturbación tiene un nombre para los jóvenes: Manuela<sup>15</sup>. En el lenguaje coloquial la masturbación femenina no tiene un equivalente, manteniéndose en el plano de lo innombrable.

Todos estos antecedentes nos llevan a preguntarnos: ¿qué es lo que hay tras la inhibición del autoerotismo puberal femenino? Diferimos de Freud (1925/1984) en que la “naturaleza femenina” está más alejada de masturbación y pensamos que hay algo que tiene que ver con una mayor conciencia del ordenamiento de género, de sus mandatos y sanciones, que se adquiere en la pubertad. En este sentido, la “oleada represiva” (1905/1984) a la que alude, para explicar lo que él considera un abandono de la masturbación clitoridiana infantil a partir de la pubertad, sería para nosotros, parte de la represión impuesta por la cultura, a la sexualidad femenina. Asimismo, nos parece pertinente lo planteado por Laqueur (1994), quien afirma que las teorizaciones freudianas se desarrollan en una época en la que, la madurez del cuerpo femenino era concebida por su aptitud para el coito y la procreación. Desde esa perspectiva, la idea del cambio de zona erógena desde el clítoris a la vagina responde, más que a un tránsito predefinido por lo anatómico, a una necesidad social: la reproducción.

---

<sup>15</sup> Entre algunos jóvenes de Chile, por ejemplo, tiene nombre y apellido; le llaman con humor: Manuela Palma Callosa.

A pesar de que las sociedades han cambiado bastante desde la época freudiana, para Ramos Brieva (2011), en la actualidad persiste un rechazo a la idea de “que las mujeres tienen una sexualidad que les es propia, que es autónoma e independiente” (p.12); y que va más allá de la procreación. Entonces, la masturbación femenina podría ser vista, ante los hombres y ante la sociedad en general, como una amenaza a la motivación de la mujer para participar de encuentros sexuales y reproducirse. Esta idea estaría en la base de la connotación negativa que se promueve, en algunos sectores, respecto del autoerotismo femenino y que constatamos en nuestros participantes. Por esta razón, cuando las chicas descubren la masturbación, lo hacen en solitario y silenciosas, sin compartir dicha experiencia con sus pares, lo que contribuye a hacerlas sentir únicas y, en ocasiones, “raras”. Así es como lo íntimo se convierte en un secreto, quedando en el terreno de lo prohibido, dice este autor.

En contraposición a lo que ocurre con las chicas, para los jóvenes hablar de sus experiencias eróticas (hasta ahora sólo autoeróticas), si bien despierta pudor, es también motivo de orgullo. Ellos no sólo platican de la masturbación en el grupo, sino que cuentan que es algo que pueden hablar en serio o en broma, con amigos cercanos y maestros. Y es que, de manera similar a lo reportado por Tubert (2000), vemos que ante lo impredecible de los cambios puberales y a la angustia asociada, hablar de la masturbación les permite posicionarse desde un lugar en el cual hay algo que pueden manejar y controlar: la posibilidad de brindarse placer.

Junto con esto, como mencionamos con anterioridad, los varones tienden a ser socialmente favorecidos por mostrarse más sexuales; por lo tanto, explicitar su interés y deseo contribuye a reafirmar su identidad sexual, lo que no deja de tener complejidades. Principalmente, porque dichas expectativas suelen vivirse como una presión para confirmar su virilidad, a través del “éxito sexual”. Retomando la metáfora del candado a la que ellos mismos

aluden, ser portador de la llave maestra implica una gran responsabilidad y un desafío: no basta con portarla, deben animarse a usarlas y demostrar que saben cómo.

A partir de lo expuesto, vamos confirmando que las experiencias de las y los jóvenes en relación con sus cambios puberales, están fuertemente influidas por las definiciones sociales de lo que es la feminidad y la masculinidad (Flaake, 2005). Al respecto, Bleichmar (2006) y Le Breton (2014) afirman que en nuestras sociedades, la masculinidad es una conquista que se adquiere y se sostiene ante otros hombres. Esta premisa nos permite comprender el afán de los chicos por exhibir sus logros ante el grupo, haciendo alarde del tamaño de su espalda, de la fuerza física alcanzada y de sus nuevas competencias. En cambio, para las chicas, su femineidad no suele cuestionarse por su comportamiento sexual; más bien responde a un atributo asignado que se va delineando y moldeando en función de los valores culturales vigentes (Bleichmar, 2006).

Como vemos, resulta insostenible pensar en la manera en que chicas y chicos experimentan sus cambios puberales, sin remitirnos a aspectos vinculados con la socialización de género. Y es que, recordando lo propuesto por Ungar (2006), la sexualidad humana emerge de la interacción del cuerpo con la reglamentación social vigente. Entonces, sería ilusorio intentar explicar estos fenómenos separando lo relativo a las diferencias biológico anatómicas de lo sociocultural, puesto que forman una trama indisoluble.

Esto significa que las complejidades de la sexualidad adolescente no vienen dadas únicamente por el movimiento pulsional, sino también por todo lo que es depositada en ella a través del contexto relacional. Por ejemplo, nos llama la atención que, al preguntarles sobre su sexualidad, responden aludiendo al “acto sexual”, porque lo que han podido experimentar hasta



ahora no es el coito<sup>16</sup>, sino que otros aspectos de su sexualidad. Tubert (2000) interpretó que esta tendencia a focalizar la sexualidad en lo genital, que también encontró en su estudio, responde al tipo de organización libidinal predominante durante la adolescencia; la genital. No obstante, para nosotros es una manifestación de cómo sus discursos están atravesados por los temores y las aprehensiones que despierta en los adultos, la sexualidad adolescente. Junto con esto, pensamos que se sirven de lo conocido, es decir, de lo que les han querido enseñar, para no conectarse con aquello que despierta incertidumbre y que están recién descubriendo de su propia sexualidad.

Asociado a los temores que puede despertar lo novedoso, vemos que también hay algo gozoso y placentero que forma parte de la manera en que están significando su sexualidad. Presenciamos un juego discursivo que divierte, especialmente a los chicos, pero también a las chicas y, desde nuestra perspectiva, no es únicamente defensivo. El espacio grupal les ofrece un encuentro lúdico, en el que emerge lo satisfactorio de las transformaciones que están viviendo. Esto nos invita a reflexionar sobre el borroso lugar que ha ocupado el placer en las teorizaciones y en el abordaje de la sexualidad adolescente. Tal como afirma Klein (2012), no todo es doliente y sería necesario dejar de idealizar la infancia (donde no todo es gozoso) para poder descubrir y valorar lo que la adolescencia aporta.

Entre las nuevas posibilidades que se abren a partir de las metamorfosis puberales, está a la que alude nuestro tercer objetivo de investigación; es decir, el potencial para procrear. Llama la atención que es un tema que no aparece espontáneamente en sus discursos, ligado a los cambios puberales, sino que se hace presente cuando hablan de los riesgos de mantener relaciones sexuales. Esto nos lleva a pensar en al menos dos posibles fuentes de influencia para construcción de sus significados. La primera tiene que ver con el discurso de los adultos que se empeñan en mantener la sexualidad y la reproducción como una unidad inseparable, focalizando

---

<sup>16</sup> Sólo uno de los asistentes reportó haber tenido una relación sexual coital.

sus mensajes en los riesgos de embarazarse o de embarazarse. Desde aquí, la fecundidad no es percibida como una nueva adquisición, sino más bien como una amenaza y, lo que es principalmente explicitado por los varones, como una limitante para su vida sexual. Se hace patente, entonces, aquello que afirma Moguillansky (2014), respecto a que el saber del sexo que se adquiere en la pubertad plantea un conflicto en relación con la libertad de quien decide, porque convive la certeza de que cuentan con nuevas posibilidades, con la prohibición de que aún no es el momento para ejercerlas. De ahí los recursos de los que se valen los adultos, para controlar la sexualidad adolescente, como también se pone en evidencia en sus relatos.

En este escenario, constatar lo que va sucediendo en el cuerpo a través de la menarquia y la espermaquia, se constituye en un segundo incentivo para reflexionar en torno al significado de habitar un cuerpo potencialmente equipado para procrear. Vemos cómo este movimiento adquiere ciertas características diferenciales entre chicas y chicos, ya que, como muestra el material analizado, la espermaquia aparece mucho más desvinculada de la conciencia de tener un cuerpo fértil que la menarquia. Para las chicas, comenzar a menstruar representa un hito que, siguiendo a Le Breton (2014), marca su feminidad, las convierte en mujeres adultas ante la sociedad, e inevitablemente las lleva a cuestionarse sobre su potencial para procrear. Ellas lo van demostrando en el grupo, en la medida que dedican gran parte de la conversación a hablar de estos temas, a diferencia de lo que ocurre con los varones.

Por consiguiente, nos parece pertinente detenernos a reflexionar sobre aquellas diferencias. Si bien reconocemos la menarquia como un evento corporal de la pubertad femenina que no tiene un equivalente en la experiencia masculina, podríamos también decir algo similar de la espermaquia. No obstante, la menstruación es un tema que forma parte del discurso público y del cual las jóvenes hablan, al menos entre mujeres. Los chicos conocen el ciclo reproductor

femenino y se muestran informados sobre lo que les ocurre a sus compañeras cuando tienen su periodo. Sin embargo, su primera eyaculación no es algo que se permitan hablar, ni siquiera con sus padres. Junto con esto, para muchas de las chicas, lo que ocurre en el cuerpo masculino es un verdadero misterio. Esto es bastante concordante con la educación sexual que reciben, la cual parece llevar implícita la idea de que la reproducción es un tema que compete casi únicamente al cuerpo femenino.

Además, tal como lo mencionamos, nuestras participantes proponen el tema de la menstruación como algo muy relevante para ellas y, aunque dicen que es “lo peor de ser mujer”, la visualizan también como lo que les entrega la capacidad de procrear. Obviamente que esta idea las llena de temores y ambivalencias, además de representar para la mayoría, un claro beneficio de ser mujeres menstruantes. Desde esta perspectiva, muestran conciencia de que su cuerpo cambiante está brindándoles una nueva posibilidad: la fecundidad. Esto es parte de lo que plantea Notman (2003) al afirmar que, independientemente de si la mujer elija o no ser madre, el potencial de embarazarse forma parte de su identidad de género, de su autoconcepto y de su imagen corporal. En los chicos, esto no aparece de manera tan explícita.

Pensamos que lo anterior se relaciona con que la posibilidad de engendrar en la mujer tiene una implicación corporal, que en el hombre no existe, al menos no de la misma manera. De hecho, las chicas para quienes la maternidad no formaba parte de su proyecto futuro, fundamentaron su decisión en el cuerpo; aludiendo al embarazo, el dolor del parto y al cambio de la imagen que conlleva. Para Cordova (2010), en ello radica la diferencia entre hombres y mujeres respecto a este tema, ya que la experiencia corpórea de la maternidad y de la paternidad es completamente distinta.

No obstante, también es cierto que lo corpóreo se articula en un sistema de significados construido socialmente, del cual participan las y los jóvenes, y atraviesa sus vivencias. Por ejemplo, Córdova (2010) plantea que la representación de hijo es más débil en el hombre, lo que logramos visualizar en nuestros participantes; pero que entendemos como una manifestación de la influencia cultural y del aprendizaje de los roles de género, al que están expuestos desde temprana edad. Es decir, la idea de tener un hijo puede ser más cercana para las mujeres, entre otras cosas, porque la socialización se encarga de que desde pequeñas ellas arrullen muñecas, mientras ellos juegan con carros.

Otro aspecto que nos llama la atención es que así como en las niñas la asociación menarquia - embarazo es casi inmediata, en los varones hay un estrecho vínculo entre el acto sexual y el embarazo. Ya vimos el gran espacio mental que ocupa la menstruación y cómo se liga con la fecundidad. Para los varones, conectarse con lo más pulsional de su sexualidad se transforma también en algo peligroso, no solamente por aquello que se vive como incontrolable, sino también por las consecuencias que podría tener un embarazo no deseado. Aquí es donde el discurso adulto parece entrometerse a tal nivel en sus palabras, que a ratos no nos queda tan claro si estamos escuchando sus voces o las de sus padres. Del mismo modo, hablan de la paternidad como una opción a futuro, poniendo el foco en la responsabilidad sobre los hijos; no sólo con respecto a su educación, sino también a brindar el sustento económico. Nos da la impresión que asumir el rol de padre proveedor, representa para ellos, un paso importante en el camino de la conquista de su masculinidad y, junto a ello, de la adultez.

Ahora bien, pensamos que es fundamental retomar la distinción entre la capacidad engendrante y la función simbólica de la parentalidad, propuesta por Ayran y Cossu (2014), porque para nosotros, a diferencia de lo que plantea Knobel (1973), no es la sola capacidad de

procrear lo que impacta la identidad. Tal como venimos proponiendo, el discurso que los adultos transmiten a las y los adolescentes, probablemente desde antes que comiencen los cambios puberales, va imprimiendo la conciencia de la fertilidad y el nuevo riesgo asociado a ella: embarazar o embarazarse. Hasta aquí estamos hablando de una nueva capacidad que se adquiere, algo que se puede hacer, pero que no está del todo conectado con lo que se puede llegar a ser. Esto último, sería lo propio de la función simbólica de la parentalidad, que obedece a un logro posterior y que sería lo que implica un compromiso identitario, en tanto ofrece una nueva posibilidad de ser. A nuestros jóvenes, pensarse como potenciales madres o padres aún les queda grande, porque sus ambivalencias ante el crecimiento, los mantienen aún aferrados en su posición de hijos pequeños.

En suma, pareciera que el hecho de habitar un cuerpo equipado para potencialmente procrear está aún muy cargado de los significados que otros han atribuido, en función de la educación sexual recibida. Por lo mismo, no parece tan claro el impacto que tiene para nuestros jóvenes, como parte de las metamorfosis puberales. Curiosamente, es el tema sobre el cuál más información han recibido, pero del que menos se motivan a platicar en el grupo; no creemos que sea porque no les interese, sino más bien porque dada la edad y el momento vital que atraviesan, les resulta prioritario utilizar el espacio que les ofrecemos para compartir otras inquietudes respecto a su sexualidad.

En relación con lo anterior, y aunque no formó parte de nuestros objetivos, queremos destacar un gran hallazgo del trabajo realizado: la enorme potencia del dispositivo grupal, como facilitador de la comunicación y para el abordaje de la sexualidad adolescente. Si bien conformamos estos grupos únicamente con fines investigativos, nos es imposible desconocer todo lo que fue emergiendo y se fue movilizand o a lo largo de cada reunión. Cada uno de los

encuentros fue conformándose como una instancia de contención, donde se alentó la escucha y el diálogo entre sus miembros, de tal manera que se mostraron fuertemente interesados en intercambiar ideas y experiencias personales.

Sabemos de la relevancia del grupo de pares para los adolescentes, en tanto brinda un sentido de pertenencia y referencia, constituyéndose como un elemento estructurante en un momento de grandes transformaciones (Pavlovsky, 1973; Torres de Aryan & Cossu, 2014). Es así como el espacio que les ofrecimos, sin ser un grupo estable en el tiempo, abrió la posibilidad para que, acompañados de otras personas de su edad, pudieran hablar de aquello que les sorprende, impacta, angustia y que también disfrutan de la pubertad. El tipo de interacciones de las que fuimos testigos nos hace pensar que, siguiendo a Winnicott (1979), el juego y la creatividad están al servicio de la comunicación grupal, contribuyendo a metabolizar lo angustioso, en una zona transicional entre la subjetividad individual y aquello del mundo compartido. Lo que se comparte es también lo que les permite sentirse comprendidos y comprendidas, y genera cierto alivio, asociado a la posibilidad de “normalizar” sus propias vivencias, constatando que son similares a las de los otros asistentes.

El grupo, en palabras de Yalom (1986), es también una instancia privilegiada para el aprendizaje, tal como pudimos presenciar en nuestro trabajo. Para las y los participantes del estudio, es habitual asistir a talleres de educación sexual, en los que los maestros se presentan como expertos y les enseñan aquello que, desde su posición adulta, han definido que deben aprender en la adolescencia. Nosotros promovimos un tipo de aprendizaje distinto, transformando a las y los asistentes simultáneamente en expertos y aprendices. Es decir, la identificación al interior del grupo, les ofreció una gran oportunidad para comprender, aprender de la experiencia de los pares y compartir sus inquietudes. Además, particularmente en los

encuentros mixtos, el intercambio entre hombres y mujeres hizo posible que se conocieran más de cerca y desarrollaran una actitud empática hacia las personas del sexo opuesto.

Como coordinadores de la reunión, servimos de continente inicial y lo hicimos desde la posibilidad que nos da la escucha analítica de acceder a sus discursos, dejando al margen nuestras preconcepciones respecto de la sexualidad adolescente. Junto con esto, pudimos ocupar el lugar de continente, porque llevamos tiempo transitando por la genitalidad, no es una experiencia nueva para nosotros y no nos atemoriza conocer la manera en que ellos y ellas la viven y la piensan. Este último punto resulta muy importante, ya que como hemos señalado, la mayoría de los acercamientos que han hecho otros adultos al tema, son casi exclusivamente enfocados a los riesgos de contagio de infecciones de transmisión sexual o de embarazo no planificado, excluyendo la dimensión placentera de la sexualidad. A diferencia de ello, nosotros no fuimos a hacer una plática, ni a dictar una clase, sino que les ofrecimos un espacio en el que fueron protagonistas, compartieron sus vivencias y pudieron reflexionar acompañados.

## Conclusiones

A lo largo de este trabajo, nos hemos esforzado por responder la pregunta que motiva nuestro estudio, es decir: ¿cómo experimentan y significan sus metamorfosis puberales un grupo de jóvenes de Ciudad de México? No fue tarea fácil, dada la complejidad que resulta explorar un fenómeno humano que está en proceso y en continuo movimiento. Sin embargo, logramos construir una propuesta, rescatando las voces de quienes están implicados en dichos procesos y dándoles una lectura comprensiva, a partir de nuestro marco conceptual.

En primer lugar, constatamos el compromiso de la corporalidad en las metamorfosis puberales, en tanto la preocupación por el cuerpo y sus cambios es el primer tema que aparece en los relatos que escuchamos. Si bien es cierto, hay algo que impacta y sorprende de las transformaciones, también se sienten gratificados por sus nuevos atributos físicos, que ya pueden lucir ante otros. En este sentido, la preocupación por la apariencia tiene un lugar protagónico en el momento que están atravesando.

En segundo lugar, vemos que van significando, modulando y otorgándole sentido al movimiento pulsional de la pubertad, a partir del contexto relacional, evidenciando el vínculo inseparable entre sexualidad y cultura. Es así como por ejemplo, en sus discursos se hace evidente la intromisión de la visión que los adultos les transmiten de la sexualidad adolescente, enfocada generalmente como algo problemático y riesgoso. No obstante, y tal vez asociado a que nosotros les proponemos un acercamiento diferente al tema, percibimos en la efervescencia de sus relatos, una actitud lúdica y gozosa ante su sexualidad. Es decir, lo nuevo no sólo atemoriza, también despierta curiosidad y motivación para explorar.



Entonces, tenemos que, a pesar de la desorganización, los duelos y las pérdidas de la adolescencia que cobran gran protagonismo en las teorizaciones psicoanalíticas; las metamorfosis puberales traen consigo importantes ganancias. Entre ellas, la adquisición de nuevas capacidades, el hecho de experimentar nuevas sensaciones y comenzar a disfrutar de algunos de los privilegios del mundo adulto (mayor autonomía e independencia). Enriquecer la comprensión teórica de la adolescencia integrando esta evidencia nos parece que es de gran utilidad. Nuestro estudio nos permitió constatar cómo dichos beneficios constituyen un motor fundamental en la reorganización del psiquismo adolescente, en tanto tienen el potencial de modificar positivamente la noción de sí y ampliar la identidad, integrando las funciones recientemente conquistadas.

En tercer lugar, así como encontramos experiencias puberales comunes en nuestros participantes, independientemente de su sexo (por ejemplo, lo desbordante que resultan las transformaciones corporales en el inicio); advertimos que las vivencias de las y los chicos difieren en algunos aspectos. En este sentido, hay algo que tiene que ver con una corporalidad distinta en hombres y en mujeres, que reconocemos en la manera como el cuerpo de cada uno se implica en los procesos puberales. Junto con esto, nos damos cuenta que la significación de la experiencia subjetiva está atravesada tanto por aspectos individuales, de la propia historia, como por aquello inscrito en el discurso social relativo al ordenamiento de género. Este hecho está en la base de que niñas y varones asuman posiciones divergentes en cuanto al deseo sexual, a la seducción, al erotismo (y autoerotismo) y a la fecundidad.

Es decir, el trabajo de aceptación de la diferencia sexual que se ve impulsado por la pubertad, no se refiere únicamente a la anatomía y a lo pulsional, sino a tomar conciencia de cómo esas diferencias se van significando y articulando en un contexto sociocultural dado. De

esta manera, el entorno relacional está fuertemente involucrado en la reorganización del psiquismo adolescente, en tanto, por ejemplo, ofrece figuras de identificación de lo que se considera masculino o femenino. En parte, es esto lo que nos hace pensar que las y los jóvenes estarían parcialmente aprisionados por los estereotipos de género, ya que aunque toman conciencia y muestran una actitud cuestionadora ante ellos, no logran desprenderse completamente de estas premisas. Y es que, tal como hemos insistido a lo largo de nuestra presentación, no es posible lograr una comprensión de las metamorfosis puberales sin considerar la interdependencia de lo fisiológico, lo social y lo psíquico.

Para finalizar, nos parece fundamental resaltar un aporte inesperado de este trabajo que, aunque no formó parte de los objetivos propuestos, nos entrega nuevos elementos para el abordaje de la sexualidad adolescente. Nos referimos a todas las posibilidades que brinda la utilización del dispositivo grupal, en un contexto de escucha analítica (semi directiva), no sólo como método de investigación, sino también como estrategia de trabajo con los jóvenes. Tal como vimos, cada grupo se convirtió en un espacio de reflexión, contención y aprendizaje, en el que pudieron escucharse entre pares y constatar que no están solos. Junto con esto, y a pesar de nuestra aprensión inicial, en relación con que en estas edades sería difícil hablar de sexualidad con personas del otro sexo, confirmamos las bondades de trabajar con grupos mixtos, cuya interacción se dio de manera fluida y dinámica. El hecho de que chicas y chicos se escuchen, se confronten y se pregunten, contribuye a desmitificar al otro, logrando un acercamiento más genuino a la diferencia.

## Referencias

- Aberastury, A. (1973). El adolescente y la libertad. En A. Aberastury & M. Knobel, M. (Eds). *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico* (pp.14-34). México D.F, México: Paidós.
- Aberastury, A., Dornbusch, A., Goldstein, N., Knobel, M., Rosenthal G. & Salas, E. (1973). Adolescencia y psicopatología. En A. Aberastury & M. Knobel, M. (Eds). *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico* (pp.110-126). México D.F, México: Paidós.
- Ahmadi F., Anoosheh M., Vaismoradi M. & Safdari M.-T. (2009) The experience of puberty in adolescent boys: an Iranian perspective. *International Nursing Review* 56, 257–263.
- Álvarez-Gayou, J. L. (2004). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. México: Paidós Educador.
- Archibard, A. B., Graber, J. A. & Brooks-Gun, J. (1999). Association among parent-adolescent relationships, pubertal growth, dieting, and body image in young adolescent girl: A short-term longitudinal study. *Journal of Research on adolescence*, 9(4), 395-415.
- Aréchiga, J., Mejía, M. R., Marrodán, M. D., Mesa, M. S. (1999). Análisis comparativo de la edad media de menarquia en población mexicana. *Anales del Museo de América*, 7, 259-267.
- Aryan, A. (2008). Clínica y práctica psicoanalítica con púberes y adolescentes. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 2, 32-50.
- Aryan, A. (2014). Aportes a la comprensión la experiencia puberal. Su clínica y práctica psicoanalítica. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 15, 5-31.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor: psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjet, C. & Hernández-Guzmán, L. (2001). Gender differences in psychological well-being of mexican early adolescents. *Adolescence*, 36(141), 47-65.

- Benjet, C. & Hernández-Guzmán, L. (December, 2002). A short-term longitudinal study of puberal change, gender, and psychological well-being of Mexican early adolescents. *Journal of youth and adolescence*, 31(6), 429-442. doi: 0047-2891/02/1200-0429/0
- Birraux, A. (2005) Malestar adolescente en la cultura. (Trad. A. Guarnerio). En *Adolescentes hoy: en la frontera entre lo psíquico y lo social* (pp. 51-73). Montevideo: Ediciones Trilce.
- Bleichmar, S. (2007). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Lanús
- Blos, P. (1981). *La transición adolescente* (Trad. L. Wolfson). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1970).
- Brooks-Gunn, J. & Petersen, A. (Abril, 1984). Problems in studying and defining pubertal. *Journal of Youth and Adolescence*, 13(3), 181-196.
- Cartolano, E. (2006). Adolescencia y subjetividad: tiempo de tomar la palabra. En M. C. Rother (comp.) *Adolescencias: Trayectorias turbulentas* (pp. 175-196). Buenos Aires. Paidós.
- Córdova, N. (2010). Laberintos de la paternidad. En A. Grassi & N. Córdova (eds.). *Entre niños, adolescentes y funciones parentales* (pp. 75-82). Buenos Aires: Editorial Entreideas.
- Cousineau, T. M., Franko, D. L., Trant, M., Rancourt, D., Ainscough, J., Chaudhuri, A. & Brevard, J. (2010). Teaching adolescents about changing bodies: Randomized controlled trial of an Internet puberty education and body dissatisfaction prevention program. *Body Image*, 7, 296-300. doi:10.1016/j.bodyim.2010.06.003
- D'Augelli, A. (2000). Sexual orientation. En A. Kazdin (Ed). *Encyclopedia of psychology*, Vol. 7. (pp. 260-263). Washington, DC, US: American Psychological Association; Oxford University Press.
- De Lauretis, T. (1987). *Technologies of gender: Essays on theory, film and fiction*. Bloomington: Indiana University Press.

- De Llanos Serra, E. La corporalidad adolescente. En A. Aguirre Baztán (Ed.), *Psicología de la adolescencia* (pp. 65-74). Barcelona: Marcombo.
- Diorio, J. A. & Munro, J. (2003). What does puberty mean to adolescents?: Teaching and learning about bodily development. *Sex Education: Sexuality, Society and Learning*, 3(2), 119-131.
- Dolto, F. (2000). *Lo femenino*. Barcelona: Paidós.
- Dolto, F. (2004). *La causa de los adolescentes*. México: Paidós.
- Dunkley, T. L., Wertheim, H., & Paxton, S. J. (2001). Examination of a model of multiple sociocultural influences on adolescent girls' body dissatisfaction and dietary restraint. *Adolescence*, 36(142), 265-279.
- Erikson, E. (1980). *Identidad, juventud y crisis* (A. Guéra Trad.). Madrid, España: Taurus. (Trabajo original publicado en 1968).
- Erikson, E. (1985). *Infancia y Sociedad* (N. Rosenblatt Trad.). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Hormé. (Trabajo original publicado en 1950).
- Fernández, D. (2012). Los tabúes de la menarquia: un acercamiento a la vivencia de jóvenes escolares chilenas. *Revista de Psicología* 21 (1), 7-29.
- Fischbein, J. (2010). Las súplicas del cuerpo. *Psicoanálisis*, 31 (1), pp.19-35.
- Flick, U. (2014). *An introduction to qualitative research*. 5 ed. London: Sage.
- Freud, S. (1984). Tres ensayos de teoría sexual (Trad. J. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 109-223). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

- Freud, S. (1984). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina (Trad. J. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 18, pp. 137-164). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1984). El yo y el ello (Trad. J. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 3-65). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1984). Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos (Trad. J. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Friedman, R. C. & Downey, J. I. (2008) Sexual differentiation of behavior: The foundation of a developmental model of psychosexuality. *J Am Psychoanal* 56 (1), 147-175. doi: 10.1177/0003065108315690
- González, J. (2001). El paradigma interpretativo en la investigación social y educativa: nuevas respuestas para viejas interrogantes. *Cuestiones pedagógicas: Revistas de ciencias de la educación*, 227-246.
- Grassi, A. (2010). Adolescencia: reorganización y nuevos modelos de subjetividad. En A. Grassi & N. Córdova (eds.). *Entre niños, adolescentes y funciones parentales* (pp. 29-37). Buenos Aires: Editorial Entreideas.
- Grassi, A. (2013). Dos corrientes de la Pulsión. En A. Grassi (Ed.) *Guía que acompaña la lectura de Tres ensayos sobre una teoría sexual de Sigmund Freud* (pp. 10-14). Recuperado de [http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios\\_catedras/obligatorias/056\\_adolescencia2/material/fichas/ficha\\_1act.pdf](http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/056_adolescencia2/material/fichas/ficha_1act.pdf)

- Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.
- Gutton, P. (1994). *Nuevas aportaciones a los procesos puberales y de la adolescencia*. Asociación mexicana para el estudio del retardo mental y la psicosis infantil (AMEPRI). Volumen especial.
- Hamel, P. (2006). Sexualidad y género en la adolescencia. En M. Valdivia & I. Condeza (Eds.). *Psiquiatría del adolescente* (pp.57-73). Santiago, Chile: Editorial Mediterráneo.
- James, W. (1890). The consciousness of self. En W. James. *The Principles of Psychology*. Classics in the history of psychology. Recuperado de <http://psychclassics.yorku.ca/James/Principles/prin10.htm>
- Jeammet, P. (1992). Lo que se pone en juego las identificaciones en la adolescencia. *Revista de Psicoanálisis con Niños y Adolescentes* 2, 41-57.
- Jeammet, P. (2002). La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de la identidad. *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del niño y del Adolescente* 33(34), 59-91.
- Kancyper, L. (2005). Adolescencia: Resignificación y cambio psíquico (Trad. A. Guarnerio). En *Adolescentes hoy: en la frontera entre lo psíquico y lo social* (pp. 43-50). Montevideo: Ediciones Trilce.
- Klein, A. (2012). Imágenes psicoanalíticas y sociales de la adolescencia. Un complejo entrecruce de ambigüedades. *Interdisciplinaria*, 29(2), 235-251.
- Knobel, M. (1973). El síndrome de la adolescencia normal. En A. Aberastury & M. Knobel, M. (Eds). *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico* (pp.35-104). México D.F, México: Paidós.

- Kirkpatrick, M. (2003). The nature and nurture of gender. *Psychoanalytic Inquiry*, 23(4), 558-571.
- Kvale, S. (2011). *Las entrevistas en investigación cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata
- Laplanche, J. (1988). *La angustia: Problemáticas I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. & Pontalis, J. B. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Laqueur, T (1994). *La construcción del sexo: cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Laufer, E. (1997). Interferences in the move from adolescence to adulthood: the development of the female. En M. Laufer (Ed.), *Adolescent breakdown and beyond* (pp. 27-38). London: Karnac.
- Laufer, E. & Laufer, M. (2002). *Adolescence and Developmental Breakdown: A Psychoanalytic View*. London: Karnac
- Laufer, M. (1997). Developmental breakdown in adolescence: problems of understanding and helping. En M. Laufer (Ed.), *Adolescent breakdown and beyond* (pp. 3-16). London: Karnac.
- Le Breton, D. (2014). *Una breve historia de la adolescencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lester, E. P. & Notman, M. T. (2001). The complexity and plasticity of female sexual choice. *Canadian Journal of Psychoanalysis*, 9 (2), pp. 125-136.
- López, M. I. (2008). *La encrucijada de la adolescencia: psicología de la adolescencia normal*. México: Fontamara.
- Marty, F. (2005). Hacia una tercera anamorfosis en la teoría de la sexualidad. En Ana Guarnerio (Trad.) *Adolescentes hoy: en la frontera entre lo psíquico y lo social* (pp. 14-21). Montevideo: Ediciones Trilce.



- Mehra, K. (1997). Interferences in the move from adolescence to adulthood: the development of the male (pp. 17-26). En M. Laufer (Ed.), *Adolescent breakdown and beyond* (pp. 3-16). London: Karnac.
- Mellor, D., McCabe, M., Ricciardelli, L., Yeow, J. Daliza, N., Fizlee, N. & Hapidzal, M. (2009). Sociocultural influences on body dissatisfaction and body change behaviors among Malaysian adolescents. *Body Image* 6, 121–128. doi:10.1016/j.bodyim.2008.11.003
- Moguillansky, C. (2014). El mundo puberal. Tópica y ética de la pubertad. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 15, 41-51.
- Montero, M. (2009). *Grupos focales*. Caracas: AVESPO (Psicoprísima)
- Moore & Rosenthal (2006). *Sexuality in Adolescence: Current trends*. 2nd ed. London: Routledge.
- Mussen, P., Conger, J. & Kagan, J. (1991). *Desarrollo de la personalidad en el niño*. México D. F., México: Editorial Trillas.
- Notman, M. (2003). The female body and its meanings. *Psychoanalytic Inquiry*, 23 (4), pp. 572-592.
- Pavlovsky, E. (1973). *Psicoterapia de grupo en niños y adolescentes*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Portilla, J. (1984). *Fenomenología del relajo*. México: Fondo de cultura económica.
- Ramos, J. (2011). Los mitos encubridores de la masturbación femenina. *Revista Psiquiatría.com*, 15 (21).
- Real Academia Española (2012). Albur. En *Diccionario de la lengua española* (22a ed.). Recuperado de <http://lema.rae.es/drae/?val=albur>

Real Academia Española (2012). Pubertad. En *Diccionario de la lengua española* (22a ed.).

Recuperado de <http://lema.rae.es/drae/?val=pubertad>

Rodríguez, S., Glas, I. & Castro, J. (2008). *Jóvenes, Sexualidad, Cuerpo y salud: Aproximaciones para mejorar la atención en salud sexual y reproductiva, con énfasis en masculinidades*. CEPAL (Centro Ecuatoriano para la Promoción y Acción de la Mujer): Guayaquil.

Rodríguez de la Sierra, L. & Schachter, J. (2013). *The late teenager years: From seventeen to adulthood*. London: Karnac books.

Scalozub, L. T. (2007). El protagonismo del cuerpo en la adolescencia. *Psicoanálisis*, 29 (2), 377-391.

Simon, W. & Gagnon, J. (1998) Psychosexual development. *Society*, 61-67.

Slater, J.M., Guthrie, B. J. & Boyd (2001). A feminist theoretical approach understanding health of adolescent females. *Journal of Adolescent Health*, 28, 443-449.

Smetana, J., Campione-Barr, N. & Metzger, A. (2006). Adolescent development in interpersonal and societal contexts. *Annual Review of Psychology*, 57, 255-284.

Steinberg, L. (1999). *Adolescence* (5a ed.). New York, NY: McGraw-Hill.

Steinberg, L. & Morris, A. (2001). Adolescent Development. *Annual Review of Psychology*, 52, 83-110.

Sternbach, S. (2006). Adolescencias: Tiempo y cuerpo en la cultura actual. En M. C Rother (comp.) *Adolescencias: Trayectorias turbulentas* (pp. 51-80). Buenos Aires. Paidós.

Tajer, D. (2011). *Sexo, identidad de género y sexuación. Desafíos para la clínica en la actualidad*. Recuperado el 20 de Noviembre de 2011 de

<http://www.topia.com.ar/articulos/sexo-identidad-g%C3%A9nero-y-sexuaci%C3%B3n-desaf%C3%ADos-cl%C3%ADnica-actualidad>

Torres de Aryan, D. & Cossu, M. (2014). Los grupos en la construcción subjetiva adolescente: Consideraciones sobre un dibujo de un niño de 12 años y sus comentarios 50 años después. *Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes* 15, 83-98. Recuperado de <http://www.controversiasonline.org.ar/PDF/anio2014-n15/7.TORRES.pdf>

Tubert, S. (2000). *Un extraño en el espejo: la crisis adolescente*. Madrid: Editorial Ludus.

Tubert, S. (2001). *Deseo y representación: convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Madrid: Editorial Síntesis.

Tubert, S. (Octubre, 2005). *La experiencia del cuerpo en la adolescencia*. Seminario impartido en la escuela de psicoanálisis con niños y adolescentes. Recuperado de [http://www.escuelapsicoanalitica.com/wp-content/uploads/2014/06/AECPNA\\_00\\_SilviaTubert.pdf](http://www.escuelapsicoanalitica.com/wp-content/uploads/2014/06/AECPNA_00_SilviaTubert.pdf)

Tubert, S. (2010). Los ideales culturales de la feminidad y sus efectos sobre el cuerpo de las mujeres. *Quaderns de Psicologia*, 12 (2), 191-174.

Ungar, V. (2006). La tarea clínica con adolescentes hoy. En M. C Rother (comp.) *Adolescencias: Trayectorias turbulentas* (pp. 81-98). Buenos Aires. Paidós.

Uribe de los Ríos, M. (2013) *Psicoanálisis vs. Feminismo una escucha difícil*. Ediciones Kindle.

Walvoord, E. C. (may, 2010). The timing of puberty: Is it changing? Does it matter? *Journal of Adolescent Health*, 47, 433–439. doi:10.1016/j.jadohealth.2010.05.018

Waserman, M. (2014). Aporte de Philippe Gutton al tema de la pubertad. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes* 15, 53-65.

Wichstrøm, L. (1999). The Emergence of Gender Difference in Depressed Mood During Adolescence: The Role of Intensified Gender Socialization. *Developmental Psychology* 35 (1), 232-245.

Winnicott, D. (1995). *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Ediciones Hormé. (Trabajo original de 1960)

Winnicott, D. (1979). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.

Yalom, I. D. (1986). *Teoría y práctica de la psicoterapia de grupo*. México: Fondo de cultura económica.

## **APÉNDICES**

## A) Carta de Consentimiento Informado para Padres

Estimados padres de familia:

A través de esta carta queremos solicitar autorización para que su hijo(a) participe en un estudio que se realizará en la escuela y que forma parte de un proyecto de tesis de doctorado en psicología de la UNAM. El objetivo del proyecto es ampliar la comprensión sobre los cambios de la pubertad y lo que ellos significan para las chicas y los chicos. Para esto, se realizarán grupos de conversación de una hora y media de duración, con los jóvenes que voluntariamente quieran participar y cuenten con el permiso de sus padres o tutores. El diálogo será dirigido por una psicóloga que propondrá los temas a discutir por el grupo y guiará la conversación.

Toda la información que surja de los grupos es estrictamente confidencial y se manejará de forma anónima, es decir sin asociarla al nombre del estudiante. Así también, la información recopilada se utilizará únicamente con fines investigativos, y se cuenta con todos los resguardos necesarios para velar porque así sea. Al finalizar el proyecto, los participantes podrán conocer las principales conclusiones del estudio a través de un taller que se ofrecerá para ello.

Agradezco su atención y estoy a su disposición por cualquier inquietud que se le presente.

Carolina Alonso Imperatore

Estudiante de Doctorado en Psicología UNAM

calonso@uc.cl - carolinaalonsoimperatore@hotmail.com

---

### Talón a devolver firmado

He leído la carta de consentimiento y acepto que mi hijo(a) participe en el este estudio, si él (o ella) decide voluntariamente hacerlo.

Firma y fecha

## **B) Carta de Asentimiento para Participantes**

Hola, a través de esta carta estoy invitando a participar a jóvenes de tu edad en un estudio que busca ampliar la comprensión sobre los cambios de la pubertad y lo que ellos significan para las chicas y los chicos.

La participación en este estudio es voluntaria e implica formar parte de un grupo de conversación con jóvenes de tu edad, durante aproximadamente una hora y media. El diálogo será dirigido por una psicóloga que propondrá los temas a discutir por el grupo y guiará la conversación. Si decides participar, eres libre de hablar de lo que tú quieras, así como también de omitir hablar de temas que te incomoden. Todos los asistentes al grupo resguardaremos la confidencialidad, es decir nos comprometemos a no comentar fuera del grupo, aquello que otros(as) han compartido. También nos comprometemos a mantener un clima de respeto, escuchando sin juzgar las opiniones de los(as) demás, aunque no necesariamente estemos de acuerdo.

Toda la información que proporcionas es estrictamente confidencial y se manejará de forma anónima, es decir sin asociarla a tu nombre. Las ideas que conversemos en el grupo únicamente se utilizarán con fines investigativos, como parte de un proyecto de tesis del Doctorado en Psicología de la UNAM, y se cuenta con todos los resguardos necesarios para velar porque así sea. Además, tu información será integrada a la de las otras personas que participen en el estudio, de tal manera que en el reporte del estudio **no** se podrá reconocer tu identidad. Al finalizar el proyecto, si tienes interés, podrás conocer los resultados de esta tesis a través de un taller que se ofrecerá para ello.

Agradezco tu atención y si tienes interés en participar, tu colaboración será muy valiosa para mi trabajo.

Carolina Alonso Imperatore  
Estudiante de Doctorado en Psicología UNAM  
calonso@uc.cl - carolinaalonsoimperatore@hotmail.com

---

### **Talón a devolver firmado**

He leído la carta de Asentimiento y acepto voluntariamente participar en este estudio.

Firma y fecha

**C) Guía de Conversación**

<b>Objetivo</b>	<b>Preguntas guía</b>
1. Explorar las sensaciones que despierta la nueva corporalidad en un grupo de jóvenes.	¿Qué es lo primero que se les viene a la mente con la palabra “pubertad”? ¿Cómo ha sido para ustedes la pubertad?, ¿Cómo ha cambiado su cuerpo?, ¿Cómo se sienten respecto a estos cambios?, ¿Cómo ha sido este proceso?, ¿Les gusta su cuerpo hoy?, ¿Extrañan algo del cuerpo de antes?, ¿Modifican los cambios corporales la relación con quienes los rodean?, ¿De qué manera?
2. Conocer la manera en que experimentan los cambios en su sexualidad.	Transformaciones del cuerpo → nuevas sensaciones ¿Cómo experimentan estos cambios en la sexualidad?, ¿Qué pasa con la excitación y el deseo sexual?
3. Indagar los significados que atribuyen al hecho de habitar un cuerpo equipado para, potencialmente, procrear	¿Qué sensaciones acompañaron la primera menstruación / primera polución?, ¿Qué les significó?, ¿Cuáles son las nuevas posibilidades que aparecen con estos cambios?, ¿Está presente la idea de embarazo/ maternidad/ paternidad?, En los proyectos de vida ¿está la idea de ser padres/ madres?
4. Identificar las diferencias en los significados atribuidos a dichas experiencias por hombres y mujeres	¿Cómo creen que viven estos procesos los chavos(as)?, ¿Será muy distinto a como lo viven ustedes?



## D) Guía para Taller de Devolución a Participantes

### Presentación y apertura

Comenzamos presentándonos y recogiendo los recuerdos e impresiones que los asistentes traían en relación a lo que había sido el grupo en el que participaron hace aproximadamente dos años atrás.

### Exposición del método

- Nuestra pregunta: ¿Cómo experimentan y significan sus metamorfosis puberales un grupo de jóvenes de Ciudad de México?
- Estrategia de recolección de información: grupos de conversación a los que asistieron 45 jóvenes (hombres y mujeres)
- Organización de las temáticas abordadas: 1) Mi cuerpo, 2) Mi sexualidad y 3) Mi menarquia/espermaquia

### Resultados

Para exponer los resultados de una manera amena y dinámica, introducimos cada una de las temáticas con viñetas de un participante hombre y de una mujer. Luego de recoger las impresiones y reflexiones que los relatos suscitaron, fuimos proponiendo nuestras inferencias, a partir del material. La tabla siguiente resume los resultados presentados para cada eje temático.

<b>Eje Temático</b>	<b>Ejemplos</b>	<b>Inferencias</b>
<b>Mi cuerpo me saca de onda: la nueva corporalidad</b>	Hombre: “De un día para otro, por ejemplo en el caso de los hombres, que te vaya cambiando la voz es... vas hablando y de repente [imita sonido de gallito] y en ese momento es muy vergonzoso, en algunas ocasiones [risas]” Mujer: “Un día estás bien y otro día, no sé, ya tienes, por ejemplo, en el caso de la mujeres, tienes que traer corpiño y, bueno [ríe]... eso es lo que opino, ¡pues ya! Entonces son cambios muy raros”	-Transformaciones repentinas que perturban. Un extraño en el espejo (Tubert, 2000). -“Guerra de hormonas”/ irrupción de impulsos -“Tal vez locura y rebeldía”, no hay control sobre las modificaciones del cuerpo – sensación de caos – angustia -Quiebre en continuidad de la identidad, proceso de reconstrucción de nueva imagen corporal -Mirada materna/paterna integradora (Winnicot, 1972) -Pudor o pena v/s deseo de que los demás reconozcan los cambios -Metamorfosis vincular. Ambivalencias

<b>Eje temático</b>	<b>Ejemplos</b>	<b>Inferencias</b>
<b>Candados versus llaves maestras: el camino a la sexualidad adulta</b>	<p>Hombre: “¿No has escuchado de que una llave que abre muchos candados es una llave maestra y un candado que se abre con cualquier llave es un candado que no sirve? [Risas]”.</p> <p>Mujer: “Es que igual, cuando los niños tienen muchas novias o muchas amigas con derechos, como le quieras decir, se ven bien ellos, porque entre amigos ‘eres un machote’ [se dicen]. Pero si una niña tiene varios novios y se besa con varios es como una zorra. Entonces los niños cuando tienen muchas novias ‘eres un campeón’ [le dicen]...”</p>	<p>-Búsqueda de pareja →Noviazgo: amor y desamor</p> <p>-Curiosidad frente a la sexualidad como tema. Goce</p> <p>-Información recibida tiende a homologar sexualidad= “acto del sexo” =riesgo</p> <p>-Poco espacio para hablar de lo grato y placentero de la sexualidad</p> <p>-Conciencia de posición masculina y femenina</p> <p>-Diferencia en vivencia y expresión de la sexualidad de hombres y mujeres</p>
<b>Menarquia y espermaquia: un cuerpo potencialmente fértil</b>	<p>Hombre: “Yo siento que todos quieren tener relaciones, pero con seguridad para que, no sé, dentro de 10 o 15 años ya tener una familia próspera. Yo creo que todos piensan en tener una familia a futuro pero no sé, luego pasan cosas y... el calor, la calenturiedad, pueden ocurrir accidentes, cosas que no esperabas”</p> <p>Mujer: “Es que de hecho piensas, porque antes estaba considerado que desde que llegaba la menstruación ya era para tener hijos y te casabas. Pero ahora es muy distinto, pero si te quedas [embarazada], tienes que ser más responsable y aunque me enamore, puede ser pero no! [tener relaciones sexuales], estas consciente de que puedes ser mamá”</p>	<p>-Potencial fertilidad no aparece espontáneamente en el discurso, por lo que no es tan evidente cómo impacta.</p> <p>-Ser fértiles (embarazar y embarazarse) vs. potencialidad de ser padres y madres (posterior)</p> <p>-Energía concentrada en otros cambios por eso no hay espacio para trabajo psíquico que requiere asumir función simbólica de la paternidad y la maternidad</p> <p>-Encrucijada de la sexualidad adolescente: cuerpo que potencialmente puede concretar el acto sexual y engendrar un hijo, pero debe esperar el momento adecuado</p>

**Propuestas de discusión y cierre**

Para finalizar este taller planteamos nuestra propuesta de devolución y, junto con los asistentes, fuimos enriqueciendo las ideas iniciales, concluyendo lo siguiente:

- La conversación grupal favorece el abordaje del tema de la sexualidad: se comparten inquietudes e información. Es divertido y enriquece
- Desvinculación yo-cuerpo (Gutton): extrañeza ante cambios corporales
- Subjetividad de hombres y mujeres está atravesada por socialización de género. Si bien existen diferencias en la manera en que cada uno vive la sexualidad, esas diferencias no son inamovibles y pueden ser cuestionadas (desnaturalizadas)
- Metamorfosis puberales tienen también aspectos satisfactorios